

Pnin

Vladimir Nabokov

CAPITULO PRIMERO

I

El pasajero de edad madura sentado junto a la ventana del costado norte de ese tren inexorable, al lado de un asiento vacío y frente a otros dos, también vacíos, era nada menos que el profesor Timofey Pnin. Increíblemente calvo, tostado por el sol y bien afeitado, Pnin comenzaba en forma bastante imponente con esa cúpula marrón que era su cabeza, las gafas de carey (que ocultaban una infantil ausencia de cejas), el labio superior simiesco, el grueso cuello y aquel torso de hombre fuerte embutido en una ceñida chaqueta de *twed*; lo que no le impedía terminar, de manera harto decepcionante, en un par de piernas ahusadas (medidas ahora en pantalones de franela y puesta una sobre otra), y en unos pies de aspecto frágil, casi femeninos.

Los desaliñados calcetines eran de lana escarlata con rombos violáceos. Sus severos zapatos negros le habían costado casi tanto como el resto de su atavío (incluyendo la llameante corbata pajarita). Antes de la década de 194..., en el tranquilo período europeo de su vida, había usado siempre ropa interior larga, con los extremos metidos en primorosos calcetines de seda con flechas bordadas, sobrios de tono y bien estirados por medio de ligas forradas en algodón. Por aquella época, a Pnin le habría parecido tan indecente exhibir una punta de esa ropa interior blanca al recoger más de la cuenta el pantalón, como presentarse ante señoras sin cuello ni corbata; porque, aunque hubiera sido la ruinosa madame Roux, la portera de aquel escuálido edificio de departamentos del decimosexto distrito de París (donde Pnin había vivido quince años después de escapar de la Rusia leninizada y de haber completado su educación universitaria en Praga), aunque hubiera sido ella quien hubiese entrado a cobrar el alquiler mientras éste se hallaba sin su *faux col*, el relamido Pnin habría escondido su cuello tras una casta mano. Todo lo cual sufrió un cambio en la turbulenta atmósfera del Nuevo Mundo. Hoy día, a los cincuenta y dos años, era un entusiasta de los baños de sol, usaba camisas y pantalones deportivos y, cuando se cruzaba de piernas, cuidadosa, deliberadamente y con todo descaro, mostraba una enorme extensión de canilla desnuda. Así lo habría podido ver en ese momento cualquier otro viajero, pero, salvo un soldado que dormía en un extremo y dos mujeres absortas ante un nene en el otro, Pnin era dueño del vagón.

Pero ahora es preciso revelar un secreto. El profesor Pnin se había equivocado de tren. El lo ignoraba; al igual que el inspector, que ya enhebraba su camino a través del convoy hacia el vagón del Pnin. En realidad, Pnin se sentía en estos momentos muy satisfecho de sí mismo. Cuando la vicepresidenta del Club Femenino de Cremona, una tal miss Judith Clyde, lo invitó a pronunciar una conferencia para unos de los Viernes Vespertinos de Cremona — ciudad situada a unas doscientas verstas al oeste de Waindell, refugio académico de Pnin desde 1945—, ella había advertido a nuestro amigo que el tren más conveniente salía de Waindell a las 1,52 P. M.; llegaba a Cremona a las 4,17; pero Pnin, que, como tantos rusos, era un apasionado de todo lo que tuviera relación con horarios, mapas y catálogos —los coleccionaba, los cogía a montones sólo por darse el vigorizante placer de obtener algo a cambio de nada y experimentaba un orgullo especial en descifrar itinerarios por sí mismo—, había descubierto, después de un examen, un avisillo que señalaba un tren aún más conveniente (salida de Waindell, 2,19 P. M.; llegada a Cremona, 4,32 P. M.); el aviso indicaba, además, que los viernes, y sólo los viernes, se detenía en Cremona aquel tren de las 2,19, en su recorrido hacia una ciudad mucho más grande y distante, agraciada también con un meloso nombre italiano. Desgraciadamente para Pnin, su itinerario tenía cinco años y estaba parcialmente fuera de uso.

Pnin enseñaba ruso en Waindell College, una institución algo provinciana, caracterizada por una laguna artificial inserta en medio de bien diseñados jardines, galerías revestidas de hiedra que conectaban los diversos pabellones, murales que representaban a miembros identificables de la Facultad en el instante de pasar la antorcha del saber, de manos de Aristóteles, Shakespeare y Pasteur, a un grupo de descomunales muchachas y muchachos campesinos, y por un colosal Departamento de Alemán,

bullente de actividad y vivazmente próspero, al que su Director, el doctor Hagen, llamaba (pronunciando con efectación cada sílaba) «una universidad dentro de la universidad».

En el semestre de otoño del año en cuestión (1950), se hallaban matriculados en los cursos de lengua rusa una estudiante del Grupo de Transición, la tesonera y rolliza Betty Bliss; un estudiante, un mero nombre (Ivan Dub, que nunca se materializó) del Grupo Avanzado, y tres del floreciente curso Elemental; Josephine Malkin, cuyos abuelos habían nacido en Minsk; Charles McBeth, cuya prodigiosa memoria había despachado ya diez idiomas y se preparaba a engullir otros diez; y la lánguida Eileen Lane, a quien alguien había dicho que cuando se dominaba el alfabeto ruso se podía, prácticamente, leer *Ana Karamazov* en el original. Como maestro, Pnin distaba mucho de ser capaz de competir con esas estupendas damas rusas, diseminadas por toda la América académica, que, sin haber tenido preparación seria alguna, conseguían, de todos modos, a fuerza de intuición, locuacidad y una especie de bravata maternal, infundir un conocimiento mágico de su bella y difícil lengua a un grupo de estudiantes de ojos ingenuos, en medio de una atmósfera de cantos al padre Volga, caviar rojo y té. Tampoco Pnin, como maestro, no pretendió jamás aproximarse a las excelsas aulas de la lingüística científica moderna, esa ascética fraternidad de fonemas, ese templo donde se enseña a los jóvenes diligentes, no el idioma mismo, sino el método de enseñar a otros a enseñar ese método; método que, cual una cascada que rebota de roca en roca, cesa de ser un medio racional de navegación, pero, acaso en un futuro fabuloso, pueda llegar a ser un instrumento para desarrollar dialectos esotéricos —vascuence básico y otros análogos— hablados sólo por ciertas máquinas complejas. No cabe duda de que la relación de Pnin con su trabajo era la de un aficionado de espíritu festivo; se basaba en una gramática editada por el director de un Departamento de Lenguas Eslavas en una universidad mucho más grande que Waindell —un venerable farsante cuyo ruso era una patraña, pero que prestaba generosamente su digno nombre a los productos del trabajo anónimo—. Pnin, a pesar de sus muchas deficiencias, tenía un encanto anticuado y apaciguador que —según insistía el doctor Hagen, su decidido protector ante directores hoscos—, era un delicado artículo de importación que merecía pagarse con moneda nacional contante y sonante. Si bien el grado en Sociología y Economía Política que Pnin había obtenido en la Universidad de Praga en 1925 se había convertido a mediados de siglo en un doctorado en desuso, él no estaba del todo mal como profesor de ruso. Lo estimaban no por alguna cualidad esencial, sino por sus inolvidables digresiones, las que hacía cuando se quitaba las gafas para contemplar el pasado mientras frotaba las lentes del presente. Nostálgicas excursiones en inglés chapurreado. Trozos autobiográficos escogidos. Como llegó Pnin a los *Soedinyonnie Shtati* (los Estados Unidos). «Control antes de desembarcar. —¡Muy Bien; —¿Nada que declarar? —Nada. —¡Muy bien! Entonces preguntas políticas. El pregunta:

—¿Es usted anarquista? Contesto (Pnin se da tiempo para un ataque de regocijo mudo e íntimo):

—Primero, ¿qué entendemos por Anarquismo? ¿Anarquismo práctico, metafísico, teórico, místico, abstracto, individual, social? Cuando era joven — le digo — todo esto tenía para mí significación. —Así tuvimos una interesante discusión, a consecuencia de la cual pasé dos semanas completas en Ellis Island. (El abdomen comienza a inflársele, el narrador se convulsiona.)

Pero había sesiones aún mejores desde el punto de vista humorístico. Con un aire a la vez tímido y secreto, el benévolo Pnin preparaba a los jóvenes para el placer maravilloso que una vez él había disfrutado; y revelando de antemano, con una sonrisa incontrolable, un equipo incompleto pero formidable de dientes amarillos, abría un manoseado libro ruso en el sitio cuidadosamente señalado por el elegante marcador de cabritilla. En ese instante, las más de las veces, aparecía una expresión de suma desolación en sus facciones; entonces, con la boca abierta, febrilmente, volvía hojas a derecha e izquierda y podían transcurrir minutos antes de que encontrara la página deseada, o antes de convencerse de que, después de todo, la había marcado correctamente. El pasaje elegido provenía, casi siempre, de alguna ingenua y antigua comedia de costumbres de la clase media, comerciante, adaptada por Ostrovski cerca de cien años atrás; o de una pieza igualmente antigua, pero aún más pasada de moda, llena de jovialidad leskoviana y trivial, basada en distorsiones verbales. Pnin entregaba esta mercadería rancia más con el placer rotundo del clásico Alexandrinka (un teatro de San Petersburgo) que con la frágil sencillez de los actores de Moscú; pero, como para apreciar la gracia que aún podían conservar esos pasajes no sólo hacía falta conocer profundamente el lenguaje local, sino tener, además, bastante perspicacia literaria, cosas, ambas, de las que carecía su pobre clasicista, él era el único que gozaba de las sutiles asociaciones del texto. Las convulsiones que anotamos respecto a otros momentos en que Pnin recordaba su pasado, en este caso se convertían en un verdadero terremoto. Rememorando los días de su juventud férvida y receptiva (un cosmos brillante, que parecía aún más fresco por haber

sido abolido por un solo golpe de la Historia), Pnin se embriagaba con sus vinos privados mientras exponía una y otra muestra de lo que su auditorio suponía cortésmente que fuera humorismo ruso. Hasta que el alborozo le resultaba excesivo y lágrimas periformes rodaban por sus mejillas curtidas. Y no eran sólo sus detestables dientes los que en tales momentos solían adelantársele como si se hubiera abierto una caja de sorpresas, sino que hasta su misma encía superior revelaba una sorprendente porción de tejido rosáceo. Entonces la mano de Pnin volaba a su boca, mientras sus amplios hombros se sacudían y revolvían. Y aunque el discurso que trataba de ahogar tras su mano danzante ya era doblemente ininteligible para los oyentes, su total rendición al propio jolgorio resultaba irresistible. Repuesto él, contagiábanse sus alumnos; Charles emitía abruptos ladridos de hilaridad con la precisión de un reloj; un deslumbrante acceso de risa adorable e insospechada transfiguraba a Josephine, que no era bonita, mientras Eileen, que lo era, se disolvía en una gelatina de risitas contenidas que la afeaban.

Todo lo cual no altera el hecho de que Pnin se hallaba en un tren que no le correspondía.

¿Cómo podríamos diagnosticar su triste caso? Debe insistirse especialmente en que Pnin tenía cualquier cosa menos aquella candida jovialidad alemana común al siglo pasado, el *zerstreute Professor*. Por el contrario, siempre estaba en guardia —quizás con excesiva desconfianza, con demasiada persistencia— contra añagazas diabólicas, una guardia demasiado penosa para que el ambiente caótico que lo rodeaba (la impredecible América) no lo llevara a cometer alguna absurda distracción. Era el mundo el que andaba distraído, y Pnin se proponía volverlo al buen camino. Su vida consistía en una guerra continua contra objetos insensatos que se desintegraban, lo atacaban, rehusaban funcionar, o maliciosamente se extraviaban apenas ingresaban a la esfera de su existencia. Sus manos eran de una torpeza increíble; pero como podía fabricar en un abrir y cerrar de ojos un pito con una vaina de arvejas, hacer rebotar diez veces un guijarro plano en la superficie de una pileta, proyectar la sombra de un conejo con los nudillos (de un conejo completo, con ojos parpadeantes), y realizar muchas otras pruebas insubstanciales que los rusos siempre tienen listas, Pnin se creía dotado de considerable destreza manual y mecánica. Las máquinas le enloquecían y le producían un supersticioso deleite. Los dispositivos eléctricos le encantaban. Los plásticos le hacían trastabillar. Sentía una admiración profunda por el cierre de cremallera. Pero el reloj, devotamente enchufado, le trastornaba las mañanas cuando una tempestad paralizaba en medio de la noche la central eléctrica local. La montura de sus gafas solía quebrarse en mitad del puente, dejándolo con dos piezas idénticas que trataba de unir vanamente acaso con la esperanza de que algún milagro de restauración orgánica; acudiera a salvarlo. El cierre de cremallera de que más depende un caballero se desengranaba en su desconcertada mano en cualquier instante de pesadilla y desesperada prisa.

Pero aún no sabía que se hallaba en un tren equivocado.

Una zona especialmente peligrosa para Pnin era el idioma inglés. Exceptuando retazos que no le servían de mucho, como «el resto es silencio», «nunca más», «fin de semana», «quién es quien», y unas pocas palabras corrientes como «calle», «comer», «estilográfica», «gángster», «charleston» o «utilidad marginal», no poseía más conocimientos de inglés al irse de Francia para viajar a Estados Unidos. Porfiadamente se puso a la tarea de aprender la lengua de Fenimore Cooper, Edgar Poe, Edison y treinta y un Presidentes. En 1941, al cabo de un año de estudio, tenía la pericia suficiente como para usar con soltura términos tales como «esperanzas vanas» y «*okey-dokey*». En 1942 ya era capaz de interrumpir su narración con la frase: «Para abreviar el cuento». En la época en que Truman inició su segundo período, Pnin podía manejar casi cualquier tema; pero en otros sentidos su progreso parecía haberse detenido pese a todos sus esfuerzos, y en 1950 su inglés seguía lleno de imperfecciones. Ese otoño agregó a sus cursos de ruso una charla semanal en un llamado *symposium* («Europa pierde sus alas: Reseña de la Cultura Europea Contemporánea») dirigida por el doctor Hagen. Todas las conferencias de nuestro amigo, incluso varias que dictó fuera de la ciudad, eran corregidas por uno de los miembros más jóvenes del Departamento de Alemán. El procedimiento era un tanto complicado. El profesor Pnin traducía laboriosamente su propio flujo verbal ruso, rebosante de proverbios intraducibles, a un inglés deshilvanado. Esto era revisado por el joven Miller. Luego la secretaria del doctor Hagen, una miss Eisenbohr, lo pasaba a máquina. En seguida, Pnin eliminaba los pasajes que no podía comprender. Y por último lo leía a su auditorio semanal. Sin el texto preparado quedaba totalmente desvalido, y tampoco podía usar el antiguo sistema de disimular su impotencia moviendo los ojos hacia arriba y abajo, cortando entretanto un montón de palabras y alargando el final de la frase antes de lanzarse a la próxima sin ser notado. Los preocupados ojos de Pnin corrían entonces el riesgo de perder la hilación. Prefería, en consecuencia, leer sus charlas, con la mirada pegada al texto, con su voz lenta y monótona

de barítono que parecía ir subiendo esas escaleras interminables que usa la gente por miedo a los ascensores.

El inspector, una persona de aspecto paternal y cabeza gris, con gafas de acero bastante caídas sobre su nariz simple y funcional, y con un trocito de sucia cinta adhesiva en el pulgar, tenía que recorrer sólo tres vagones para llegar al último, donde viajaba Pnin.

Este, entretanto, había cedido a la satisfacción de un especial anhelo pniniano. Se debatía en una perplejidad pniniana. Entre otros artículos indispensables para una pniniana estadía nocturna en una ciudad extraña, tales como hormas de zapato, manzanas, diccionarios, etc., su valija Gladstone contenía un terno negro relativamente nuevo, que pensaba usar esa noche para la charla («¿Es Comunista el Pueblo Ruso?») ante las damas de Cremona. También contenía la conferencia del *symposium* del lunes siguiente («Don Quijote y Fausto»), la que planeaba estudiar al otro día en su viaje de regreso a Waindell, y un ensayo escrito por la estudiante graduada Betty Bliss («Dostoievsky y la Psicología del Gestalt»), el que debía revisar para el doctor Hagen, principal director de la celebración de la muchacha. Su incertidumbre era la siguiente: Si guardaba consigo, al abrigo de su calor corporal un manuscrito de Cremona —un fajo de papel tamaño carta, cuidadosamente doblado por la mitad— era teóricamente probable que olvidaría trasladarlo de la chaqueta que llevaba puesta a la que iba a ponerse. Por otra parte, si ahora colocaba la conferencia en el bolsillo del traje que llevaba en la valija, sabía que le torturaría la posibilidad de que robaran su equipaje. En tercer lugar (a estos estados mentales les brotan lugares adicionales a más y mejor), llevaba en el bolsillo interior de su actual chaqueta una preciosa billetera con dos billetes de diez dólares, además del recorte de diario de una carta que había escrito, con mi ayuda, al *New York Times*, en 1945, refiriéndose a la conferencia de Yalta, y de su cédula de naturalización. Era muy posible que al sacar la billetera, si necesitaba la cédula, se cayera fatalmente la charla guardada junto a ella. Durante los veinte minutos que llevaba en el tren, nuestro amigo había abierto dos veces su valija para repasar sus diversos papeles. Cuando el inspector llegó al vagón, el diligente Pnin estaba leyendo con dificultad el reciente esfuerzo de Betty, que comenzaba: «Al considerar el clima mental en que vivimos, no podemos menos de observar...»

El inspector entró; no despertó al soldado; prometió a las mujeres avisarlas cuando estuviesen a punto de llegar; y luego se encontró sacudiendo con pesimismo la cabeza ante el boleto de Pnin. La parada en Cremona había sido suprimida dos años antes.

—¡Charla importante!— gritó Pnin—. ¿Qué hacer? ¡Es una cata-estrofa!

Grave y cómodamente, el inspector de cabeza gris se dejó caer en el asiento opuesto y consultó en silencio un sucio librito lleno de páginas con puntas dobladas. En pocos minutos más, al saber, a las 3.08, Pnin tendría que bajarse en Whitechurch; esto le permitiría alcanzar el bus de las 4, que lo depositaría, alrededor de las 6, en Cremona.

—Pensaba ganar doce minutos, y ahora he perdido casi dos horas —dijo Pnin amargamente. Tras lo cual, carraspeando e ignorando el consuelo ofrecido por la bondadosa cabeza gris («Ya llegará, no se preocupe»), se quitó las gafas para leer, cogió su valija pesada como las piedras y se trasladó al vestíbulo del vagón para esperar ahí a que el verdor confuso que pasaba veloz fuera reemplazado por la muy concreta estación que tenía presente.

2

Whitechurch se materializó conforme al horario anunciado. Una extensión de sol y cemento, aletargada y ardiente, yacía tras los sólidos volúmenes geométricos sombríamente recortados. El clima era demasiado veraniego para octubre. Pnin, muy desenvuelto, entró en una especie de sala de espera, en cuyo centro había una innecesaria estufa, y miró a su alrededor. En una covacha solitaria, podía distinguirse la parte superior de un joven sudoroso que llenaba formularios sobre un amplio mesón de madera.

—Información, por favor —dijo Pnin— ¿Dónde detenerse bus de cuatro a Cremona?

—Al otro lado de la calle — contestó aprisa el empleado, sin alzar la vista.

—¿Y dónde ser posible dejar equipaje?

Con la nacional falta de ceremonia que siempre desconcertaba a Pnin, el joven tiró la valija a un rincón de su madriguera.

—¿Cuitancia? —interrogó Pnin, anglicando la palabra rusa correspondiente a «contraseña» (*kvitantsiya*).

—¿Qué?

—¿Número? —ensayó entonces Pnin.

—No necesita número —dijo el individuo, y continuó escribiendo.

Pnin abandonó la estación, comprobó dónde paraba el bus y entró en una cafetería. Comió un emparedado de jamón y pidió otro. Faltando exactamente cinco minutos para las cuatro, y luego de pagar la cuenta aunque no un estupendo mondadientes que eligió con cuidado de una pulcra copita en forma de riñón que había cerca de la caja registradora, se encaminó a la estación en busca de su valija.

Pero allí encontró a otro individuo atendiendo. El anterior había sido llamado de su casa para que llevara apresuradamente a su mujer a la maternidad. Regresaría en pocos minutos.

—¡Debo obtener mi valija! —gritó Pnin.

El reemplazante lo lamentaba, pero no podía ayudarlo.

—¡Está ahí! — volvió a gritar Pnin echándose sobre el mesón y señalándola.

Fue un suceso lamentable. Aún se hallaba con su índice extendido cuando se percató de que estaba reclamando una valija que no era la suya. Su dedo osciló. Aquella vacilación le fue fatal.

—¡Mi bus a Cremona! —vociferó Pnin.

—Hay otro a las 8 —dijo el hombre.

¿Qué podía hacer nuestro pobre amigo? ¡Horrible situación! Miró hacia la calle. El bus acababa de llegar. Perderlo significaba perder los cincuenta dólares extras del contrato. Su mano voló a su flanco derecho. *Ahí* estaban las cuartillas de su conferencia, *sava Bogu* (¡Gracias a Dios!) ¡Muy bien! No se pondría su traje negro, *voj i vsyo* (esto era todo). Lo recuperaría a su regreso. En su vida había perdido, desechado y vendido mal cosas mucho más valiosas. Enérgicamente, casi con alegría, Pnin subió al bus.

No bien avanzó algunas cuerdas en esta nueva etapa de su viaje, cuando cruzó por su mente una sospecha terrible. Desde que se separara de su valija, la punta de su índice izquierdo había estado comprobando la valiosa presencia en el bolsillo interior de su chaqueta. Súbita y brutalmente sacó fuera las cuartillas. Era el ensayo de Betty.

Emitiendo lo que consideró exclamaciones internacionales de ansiedad y súplica, Pnin saltó de su asiento. Tambaleándose alcanzó la puerta. El conductor ordeñó estoicamente con una mano un puñado de monedas de su pequeña máquina, le reembolsó el precio del boleto y detuvo el bus. El pobre Pnin aterrizó en el centro de una ciudad desconocida.

El profesor era menos vigoroso de lo que su pecho poderosamente abombado hacía suponer, y la ola de desesperado cansancio que de súbito invadió su pesado torso, extrayéndolo, por decirlo así, de la realidad, fue una sensación que no le era del todo desconocida. Se encontró en un parque húmedo, verde-púrpura, de aquellos fúnebres y protocolares, con los sempiternos y sombríos redodendros y laureles satinados, y aquí y allá algún árbol umbroso en medio del césped recién cortado; pero apenas tomó por una avenida de castaños y encinas (la que, según la brusca información del conductor, lo llevaría de vuelta a la estación), esa sensación ultraterrena, ese hormigueo de irrealidad, lo dominó por completo. ¿Era algo que había comido? ¿Esos pepinillos en vinagre y el jamón? ¿Sería alguna enfermedad misteriosa que ninguno de sus médicos había descubierto aún? Mi amigo se lo preguntaba y yo también me lo pregunto.

No sé si alguna vez se haya hecho la observación de que una de las características de la vida es su recato. A menos que nos envuelva una película de carne, morimos. El hombre sólo existe en cuanto está separado de lo que lo rodea. El cráneo es el casco de un viajero del espacio. Hay que permanecer adentro o perecer. La muerte es desnudarse, la muerte es comunión. Puede ser maravilloso mezclarse con el ambiente que nos rodea, pero hacerlo significa la muerte del tierno yo. La sensación que experimentó el pobre Pnin fue algo muy semejante a ese desvestirse, a esa comunión. Se sintió poroso y vulnerable. Estaba transpirando. Se sentía aterrado. Un banco de piedra entre los laureles lo salvó de desplomarse en la acera. ¿Era su dolencia un ataque al corazón? Lo dudo. Desde luego soy su médico y, dejadme repetir, lo dudo. Mi paciente era una de esas personas singulares e infortunadas que consideran a su corazón («un órgano muscular hueco», según la macabra definición del *Nuevo Diccionario Universitario de Webster* depositado en la abandonada valija de Pnin), con un temor que le producía náuseas, repulsión nerviosa y enfermiza fobia, como si fuera un monstruo fuerte, viscoso, intocable, que por desgracia había que llevar consigo como un parásito. A veces, su pulso tambaleante y débil desconcertaba a los médicos, quienes lo examinaban más a fondo; el cardiograma delineaba cordilleras fabulosas e indicaba una docena de fatales dolencias que se excluían unas a otras. Pnin temía pulsar su muñeca. Nunca intentó dormir sobre el costado izquierdo, ni siquiera en esas horas

lúgubres de la noche cuando el insomne ansia tener un tercer flanco después de ensayar los dos que posee.

Y ahora, en el parque de Whiterchurch, Pnin experimentó lo que ya sintiera el 10 de agosto de 1942, y el 15 de febrero (su cumpleaños) de 1937, y el 18 de mayo de 1929, y el 4 de julio de 1920: que el autómatas repulsivo que albergaba había desarrollado conciencia propia y no sólo estaba groseramente vivo, sino que le producía pánico y dolor. Oprimió su pobre cabeza calva contra el respaldo de piedra del banco y recordó todas las ocasiones pasadas en parecida angustia y desesperación. ¿Sería neumonía esta vez? Un par de días antes había quedado calado hasta los huesos a causa de esas corrientes de aire americanas con que el anfitrión obsequia a los huéspedes después de la segunda vuelta de copetines. Y de pronto Pnin (¿se estaría muriendo?) se halló retornando blandamente a su propia niñez. Esta sensación estaba llena de agudos detalles retrospectivos, los que, según dicen, son el dramático privilegio de quienes se están ahogando, especialmente en la antigua Marina Rusa —fenómeno de asfixia que un psicoanalista veterano, cuyo nombre se me escapa, explicaba como la resultante de las impresiones que el bautismo deja en el subconsciente de la criatura, al ser ésta sumeígida una y otra vez en el agua bautismal—. Todo sucedió como el relámpago, pues no hay manera de expresarlo en menos palabras.

Pnin provenía de una familia respetable de San Petersburgo, la cual gozaba de considerable bienestar. Su padre, el doctor Pavel Pnin, un oculista de gran reputación, tuvo el honor, en cierta oportunidad, de tratar a León Tolstoy en un caso de conjuntivitis. La madre de Timofey, personita nerviosa y frágil, con cintura de avispa y cabellos ensortijados, era hija del otrora famoso revolucionario Umov y de una dama alemana de Riga. En su semi-desmayo Pnin vio los ojos de su madre que se aproximaban. Era un domingo a mediados de invierno. Tenía once años. Había estado preparando las lecciones para las clases del lunes en la escuela primaria, cuando un escalofrío extraño invadió su cuerpo. Su madre le tomó la temperatura, miró al niño con una especie de estupefacción e inmediatamente llamó al mejor amigo de su marido, el pediatra Belochkin. Era éste un hombrecito con frente de coleóptero, barba corta y cabello rapado. Apartando los faldones de la levita, se sentó al borde de la cama de Timofey. Comenzó entonces una carrera entre el grueso reloj de oro del médico y el pulso de Timofey (fácil ganador). En seguida el torso de Timofey fue desnudado y Belochkin aplicó contra él su oreja helada y el papel de lija de su cabeza. Como el pie plano de algún monópodo, el oído recorrió toda la espalda y el pecho de Timofey, pegándose a este o aquel retazo de piel y saltando al siguiente. Tan pronto se hubo marchado el médico, la madre de Timofey y una robusta muchacha de servicio, con alfileres de gancho entre los dientes, metieron al atribulado enfermito en una compresa que semejaba una camisa de fuerza. Consistía ésta en una capa de lienzo empapado, una capa más gruesa de algodón absorbente y otra de franela ceñida, con un hule diabólico y pegajoso —pasado a orina y a fiebre— metido entre el lienzo pegado a la piel y el algodón alrededor del cual estaba enrollada la capa exterior de franela. Miserable crisálida en su capullo, Timosha (Tim) yacía bajo una masa adicional de frazadas; para nada servían éstas contra el ramificado escalofrío que reptaba por sus costillas desde los dos lados de su gélido espinazo. No podía cerrar los ojos por la picazón de sus párpados. No veía más que un dolor ovalado con puñaladas oblicuas de luz; las formas familiares se habían convertido en criaderos de maléficos espejismos. Cerca de su cama había un biombo de cuatro hojas de madera bruñida, con pirograbados que representaban un camino en forma de herradura tapizado de hojas caídas, un estanque lleno de lirios, un anciano encorvado sobre un banco, y una ardilla que sostenía un objeto de color rojo entre sus patas delanteras. Timosha, niño metódico, se preguntaba a menudo qué podía ser aquel objeto (¿una nuez?, ¿una piña?), y ahora que no tenía otra tosa que hacer, se puso a dilucidar el tedioso acertijo, pero la fiebre que zumbaba en su cabeza ahogaba su esfuerzo en el dolor y el pánico. Más aplastante aún era su lucha contra el papel mural. Siempre había podido ver, en un plano vertical, la combinación formada por tres ramos distintos de flores purpúreas y siete hojas de encina diversas, y que este motivo se repetía cierto número de veces con sedante exactitud; sin embargo, actualmente le molestaba el hecho indiscutible de no poder desentrañar qué composición regía el plano horizontal del dibujo; que tal composición existía se demostraba mediante la posibilidad de descubrir aquí y allá, a lo largo de la pared, desde la cama hasta el ropero y desde la estufa hasta la puerta, este o aquel elemento de la serie que reaparecía. No obstante al intentar trasladarse, a derecha o a izquierda, escogiendo cualesquiera de los grupos compuestos por tres florecencias y siete hojas, en seguida se perdía en un laberinto sin sentido de rododendros y encinas. Era lógico que si el maligno dibujante — el destructor de mentes, y amigo de la fiebre — ocultaba la clave de su composición con esmero tan monstruoso, dicha clave sería tan preciada como la vida misma y, una vez descifrada, Timofey Pnin recuperaría su salud habitual, su

mundo acostumbrado; este pensamiento lúcido —¡ay!, demasiado lúcido — lo obligaba a perseverar en la contienda.

La sensación de haberse retrasado para una cita de odiosa puntualidad como, por ejemplo, el colegio, la comida, o la hora de acostarse, añadía el desagrado de un apresuramiento torpe a esa búsqueda ya cercana al delirio. El follaje y las flores, sin que nada alterase su intrincada urdimbre, parecían desprenderse en un cuerpo ondulante del fondo azul-pálido el cual también abandonaba su dimensión de papel y se dilataba en hondura haciendo que el corazón del espectador casi estallara a consecuencia de tal expansión. Aún podía distinguir, a través de las guirnaldas, ciertas zonas de la habitación llenas de una vida más tenaz que el resto: el biombo de laca, el resplandor de un vaso y las perillas de bronce de su catre; pero estas no lograban dominar a las hojas de encina y al resto de la abundante floración mural, del mismo modo que los reflejos de algunos objetos en la parte interior del vidrio de una ventana tampoco logran dominar al paisaje exterior visto a través de éste.

Y aunque el testigo y víctima de estos fantasmas estaba acuñado en su lecho, hallábase, de acuerdo con la doble naturaleza del ambiente que lo rodeaba, simultáneamente sentado en un banco de un parque verde-púrpura. Durante un instante tuvo la sensación de lograr, por fin, la clave que había buscado; pero, llegado de muy lejos, un viento susurrante cuyo volumen aumentaba al despeinar los rododendros —ahora sin flores, y ciegos— confundió todo el razonable sistema que una vez había tenido el dormitorio de Timofey. Estaba vivo y eso bastaba. Sentía que el respaldo del banco contra el cual seguía reclinado era tan real como sus ropas, su billetera, o la fecha del Gran Incendio de Moscú en 1912.

Una ardilla gris que estaba frente a él, sentada en el suelo cómodamente sobre sus cuartos traseros, tanteaba un hueso de durazno. El viento hizo una pausa y luego volvió a agitar el follaje.

El ataque lo había dejado un tanto atemorizado y tembloroso, pero arguyó que si hubiera sido un verdadero ataque al corazón, su desasosiego y preocupación habrían sido, sin duda, mucho mayores, y este raciocinio indirecto disipó completamente su miedo. Eran ya las cuatro y media. Se sonó y se encaminó penosamente hacia la estación.

El primer empleado había vuelto.

—Aquí está su valija —le dijo alegremente—. Lamento que haya perdido el bus a Cremona.

—Al menos — y cuánta ironía trató de inyectar nuestro infortunado amigo en ese «al menos»—, espero que todo ir bien con su esposa.

—Le irá bien. Creo que ella tendrá que esperar hasta mañana.

—Y ahora —dijo Pnin—, ¿dónde estar ubicado teléfono público?

El hombre se inclinó hacia fuera y de costado lo más posible sin abandonar su cubil y señaló con su lápiz. Pnin, valija en mano, se preparó a partir, pero lo llamaron para que volviera. El lápiz estaba dirigido ahora hacia la calle.

—Oiga, ¿ve esos dos tipos cargando ese camión? Van a Cremona ahora mismo. Dígalos que lo manda Bob Horn. Ellos lo llevarán.

3

Ciertas personas —y me encuentro entre ellas— detestan los finales felices. Nos sentimos defraudados. La regla es el daño. La tragedia no debe frustrarse. La avalancha que se detiene en su cauce a unos metros de la aldea acobardada, se comporta no sólo antinaturalmente sino también sin ética. Si yo hubiera estado leyendo cerca de este buen hombre en vez de escribir sobre él, hubiera preferido que al llegar a Cremona hubiese descubierto que su charla no era ese viernes sino el siguiente. Sin embargo, no sólo llegó sano y salvo, sino a tiempo para la comida (una macedonia de frutas como entrada, gelatina de menta con el anónimo plato de carne y crema de chocolate con helado de vainilla). Por último, harto de dulces, vestido con su terno negro y haciendo malabarismos con los tres ensayos literarios que había metido en su chaqueta para que no le fuera a faltar el que necesitaba (burlando así a la desgracia por necesidad matemática), se sentó en una silla cerca de la mesa de conferencia, mientras Judith Clyde, una rubia de edad imprecisa vestida de rayón color agua, con extensas mejillas teñidas de un hermoso rosa caramelo, y ojos brillantes bañados en un azul lunático detrás del *pince-nez* sin marcos, presentaba a Pnin.

—Esta noche —dijo—, el conferencista de la tarde... A propósito, ésta es nuestra tercera *tarde de los viernes*; la última vez, como ustedes recordarán, gozamos oyendo lo que el profesor Moore nos dijo sobre la agricultura china. Esta noche tenemos aquí, me enorgullezco en decirlo, a un ruso de nacimiento

y ciudadano de este país, el profesor, aquí viene lo difícil me temo, el profesor Pun-nin. Espero haberlo dicho bien. Casi no necesita presentación y todas estamos felices de tenerlo aquí. Nos aguarda una tarde larga, una tarde larga y fructífera, y estoy segura de que todas querrán disponer de tiempo después para hacerle preguntas. De paso diré que se me ha informado que su padre era el médico de la familia Dostoievsky, y viajó mucho por ambos lados de la Cortina de Hierro. En consecuencia, no restaré más tiempo a su precioso tiempo y me limitaré a agregar unas palabras sobre nuestra próxima *charla del viernes*. Tengo la seguridad de que todas estarán encantadas de saber que se nos reserva una magnífica sorpresa. Nuestra próxima conferencista será la distinguida poetisa y prosista miss Linda Lacefield. Todas sabemos que ha escrito poesía, prosa y algunos cuentos cortos. Miss Lacefield nació en Nueva York. Sus antepasados, por ambos lados, combatieron por los dos bandos en la Guerra de Secesión. Escribió su primer poema antes de graduarse. Muchos de sus poemas, tres de ellos por lo menos, han sido publicados en «*Réplica*», *Cien Poemas Líricos de Amor por mujeres Americanas*. En 1922 recibió el premio en dinero ofrecido por... Pero Pnin no escuchaba. Una ligera inquietud nacida de su reciente ataque absorbía por completo su atención. Tuvo sólo algunas palpitaciones, con una sístole adicional aquí y allá —ecos finales, inofensivos— y se esfumó cuando su distinguida anfitriona lo invitó a pasar a la mesa; pero mientras esa inquietud duró, ¡cuán límpida fue la visión!: En el centro de la primera fila de asientos vio a una de sus tías del Báltico, llevando las perlas, los encajes y la peluca rubia que luciera en todas las funciones del gran cómico Khodotov, al que había adorado antes de enloquecer. Junto a ella, sonriendo tímidamente, inclinada la cabeza oscura, lisa y brillante y deslumbrando a Pnin con su suave mirada parda bajo aterciopeladas cejas, mientras se abanicaba con el programa, estaba una de las muchachas que había amado, ahora muerta. Viejos amigos asesinados, olvidados, agraviados, incorruptibles e inmortales, aparecían dispersos por la opaca sala entre otras personas del presente, como miss Clyde, que modestamente se había sentado en un asiento de primera fila. Vanya Bednyashkin (fusilado por los rojos en 1919 en Odessa porque su padre había sido liberal) le hacía alegres señas a su antiguo compañero de clase desde el fondo de la sala. Y en una ubicación retirada, el doctor Pavel Pnin y su anhelante esposa, ambos un tanto borrosos, pero, después de todo, muy nítidos si se piensa en el abismo insondable del recuerdo en donde habían estado sumergidos, contemplaban a su hijo con la misma devastadora pasión y el mismo orgullo con que lo habían mirado esa noche de 1912 cuando, en una fiesta del colegio en que se conmemoraba la derrota de Napoleón, él había recitado (muchachito de gafas y tan solitario en el proscenio) un poema de Pushkin.

La breve visión había desaparecido. La anciana miss Herring, profesora jubilada de Historia, autora de *Rusia Despierta* (1922), se inclinaba por encima de dos miembros del auditorio para felicitar a miss Clyde por su discurso, mientras detrás de esa dama, una compañera aún más vieja, agitaba frente a su nariz un par de manos marchitas que aplaudían sin hacer ruido.

CAPITULO SEGUNDO

I

Las famosas campanas de la Universidad de Waindell se hallaban en la mitad de sus repiques matinales.

Laurence G. Clements, profesor de Waindell, cuyo único curso bien recibido era el de Filosofía del Gesto, y Joan, su esposa, regresada de Pendleton en 1930, se habían separado recientemente de su hija, que era la mejor alumna de su padre: Isabel se había casado, cuando cursaba el primer año, con un graduado de Waindell que trabajaba en obras de ingeniería en un lejano estado del Oeste.

Las campanas resonaban musicalmente bajo el sol plateado. Enmarcada en la ventana, como un cuadro, la pequeña ciudad de Waindell — pintada de blanco y salpicada de ramitas negras — se proyectaba, como dibujada por un niño, en perspectiva carente de profundidad, hacia los cerros color gris pizarra; la escarcha embellecía todas las cosas; las partes brillantes de los autos detenidos resplandecían; el viejo *Scotch-terrier* de miss Dingwall, una especie de péCarl cilíndrico, había iniciado sus jiras calle Warren arriba y Avenida Spelman abajo, y vuelto a hacer el mismo camino; pero ni el espíritu de buena vecindad, ni el paisaje, ni un cambio en el repique, podían suavizar la estación; en quince días más, después de una bien rumiada pausa, el año académico entraría en la más invernal de sus fases: el Trimestre de Primavera. Y los Clements se sentían deprimidos, inquietos y solitarios en su hermosa casa vieja, plagada de corrientes de aire, que ahora parecía colgar alrededor de ellos como la piel suelta y las ropas flaccidas de algún loco que ha perdido la tercera parte de su peso. Es que Isabel

era tan niña, tan ambigua; y ellos, en realidad, nada sabían de sus parientes políticos, fuera de esa fiesta nupcial con rostros empolvados, en un salón alquilado, con la vaporosa novia tan desvalida ya que no se había puesto las gafas.

Las campanas, bajo el mando entusiasta del doctor Robert Trebler, miembro activo del Departamento de Música, seguían resonando con fuerza en esa atmósfera angelical, y ante un frugal desayuno de naranjas y limones, Laurence, rubio indefinido, semicalvo y de una obesidad malsana, criticaba al jefe del Departamento de Francés, una de las personas que Joan había invitado para que se encontrara esa tarde en su casa con el profesor Entwistle, de la Universidad de Goldwin.

—¿Cómo se te ocurrió —dijo furioso— invitar a ese individuo Blorenge, una momia, un pelmazo, uno de los pilares de estuco de la educación?

—Me *gusta* Ann Blorenge —dijo Joan, recalcando su afirmación y su afecto con inclinaciones de cabeza.

—¡Una vulgar gata vieja! —gritó Laurence.

—Una gata vieja patética —murmuró Joan. Y fue entonces cuando el doctor Trebler detuvo las campanas y empezó a sonar el teléfono del vestíbulo.

Técnicamente hablando, el arte de narrar las conversaciones telefónicas está muy atrasado respecto al de escribir diálogos mantenidos entre dos habitaciones, o de una ventana a otra a través de una callejuela azul en una ciudad muy antigua, escasa de agua y llena de asnos, tiendas de alfombras, minaretes, extranjeros, melones y vibrantes ecos mañaneros. Cuando Joan, con el andar resuelto de sus piernas largas llegó al apremiante instrumento y dijo *aló* (cejas en alto, ojos vagabundos), sólo oyó una hueca quietud, el simple sonido de una respiración regular. Por último, la voz del que respiraba desde el otro lado de la línea dijo, con un agradable acento extranjero:

—Un momento; excúseme. —Y luego continuó respirando y acaso carraspeando o aun suspirando levemente, con el acompañamiento de una crepitación que evocaba el ruido de pequeñas páginas al ser hojeadas.

—¡Aló! —repitió ella.

—¿Usted —sugirió cautelosamente la voz— es mistress Fire?

—No —dijo Joan, y colgó el teléfono—. Y, además —continuó, volviendo a la cocina y dirigiéndose a su marido que estaba probando el tocino que ella se había preparado para sí—, no puedes negar que Jack Cockerell dice que Blorenge es un administrador de primera clase.

—¿Quién llamaba?

—Alguien que preguntaba por mistress Feuer o Fayer. Mira, si descuidas deliberadamente todo lo que George... (El doctor O. G. Heml, médico de la familia).

—Joan —dijo Laurence, que se sentía mucho mejor después de la rebanada de tocino—. Joan querida, ¿recuerdas, verdad, que ayer le dijiste a Margaret Thayer que deseabas tener un pensionista?

—¡Dios mío! —exclamó Joan, mientras, obsequiosamente, el teléfono volvía a sonar.

—Es evidente —dijo la misma voz, reanudando plácidamente la conversación —que yo empleé erradamente el nombre de la informante. ¿Hablo con mistress Clements?

—Sí. Habla mistress Clements —dijo Joan.

—Aquí habla el profesor (a lo que siguió una absurda pequeña explosión vocal). Dirijo las clases de ruso. Mistress Fire, que está haciendo medias jornadas en la Biblioteca...

—Sí. Mistress Thayer. Ya lo sé. Bien. ¿Usted quiere ver la habitación?

Lo quería. ¿Era posible darle un vistazo aproximadamente en media hora más? Sí, ella estaría en casa. Molesta, colgó el teléfono.

—¿De quién se trataba esta vez? —preguntó su marido, mirando atrás, con la mano pecosa y gordinflona apoyada en la baranda, en camino al piso alto, hacia la seguridad de su escritorio.

—De una pelota de *ping-pong* chiflada. Un ruso.

—¡El profesor Pnin, Santo Dios! —gritó Laurence—. Lo conozco bien; lo único que faltaba. Me niego rotundamente a tener ese bicho raro en la casa.

Siguió subiendo con aire truculento. Ella lo llamó.

—Lore, ¿terminaste de escribir ese artículo anoche?

—Casi. —Ya había dado la vuelta a la escalera. Ella sintió el chirrido de su mano en la baranda y luego los golpes—. Hoy lo haré, pero antes tengo que preparar ese condenado examen de EDS.

Esto significaba *Evolución del Sentido*, el más importante de sus cursos (iniciado ya con una matrícula de doce alumnos, ninguno de los cuales ni siquiera remotamente apostólico) y que habría de terminar

con una frase destinada a ser famosa algún día: «La evolución del sentido es, en un sentido, la evolución del sin sentido».

2

Media hora más tarde, Joan miró por encima de los cactus moribundos en la ventana del solarío y vio a un hombre de impermeable, sin sombrero y con la cabeza como un globo de cobre pulido, que oprimía optimistamente el timbre de la hermosa casa de ladrillos de su vecina.

El viejo *terrier* estaba a su lado compartiendo la misma cándida actitud. Miss Dingwall salió con un estropajo en la mano, hizo entrar al digno e indolente perro e indicó a Pnin la residencia entejuelada de los Clements.

Timofey se instaló en el *living*, subió la pierna *po amerikanski* (al modo americano) y comenzó a abordar ciertos detalles innecesarios. Fue un *curriculum vitae* en cáscara de nuez —o de coco más bien—. Nacido en San Petersburgo en 1898. De padres muertos por el tifus en 1917. Partió para Kiev en 1918. Estuvo en el Ejército Blanco cinco meses, primero como «telefonista de campaña», en seguida en la Oficina de Información Militar. Escapó de Crimea invadida por los Rojos a Constantinopla en 1919. Completó su educación universitaria en...

—¡Vaya! Yo estuve ahí cuando niña el mismo año —dijo Joan, complacida—. Mi padre fue a Turquía mandado por el gobierno, y nos llevó. ¡Podríamos habernos encontrado! Recuerdo la palabra que quiere decir agua. Y había un rosedal...

—Agua en turco es *su* —dijo Pnin, lingüista por necesidad. Y prosiguió con su fascinante pasado: Completó su educación universitaria en Praga. Estuvo relacionado con diversas instituciones científicas. En seguida... — Bien. Para abreviar el cuento: habité en París desde 1925, abandoné Francia al comienzo de la guerra de Hitler. Ahora está aquí. Ser ciudadano americano. Enseño ruso y temas análogos en la Universidad de Vandal. De Hagen, Jefe del Departamento de Alemán, todas referencias son obtenibles. O de la Casa Universitaria para Profesores Solteros.

—¿No se sintió cómodo allí?

—Demasiadas personas —dijo Pnin—. Personas inquisidoras. Tanto que es ahora para mí absolutamente necesario retraining especial.

Tosió en su mano ahuecada con un inesperado y cavernoso sonido (que en cierto modo recordó a Joan un cosaco profesional del Don que una vez había visto) y en seguida se decidió:

—Debo advertir: tengo que sacar todos mis dientes. Es una operación repulsiva.

—Bien. Subamos —dijo alegremente Joan.

Pnin atisbo dentro de la pieza de paredes rosadas y vuelos blancos que perteneciera a Isabel. Se había puesto a nevar de súbito, aunque el cielo era de puro platino. Los copos lentos y centelleantes se reflejaban en el espejo silencioso. Pnin inspeccionó, metódicamente, *La Niña con el Gato*, de Hoecker, colocada sobre la cama, y *El Niño Atento*, de Hunt, sobre el estante. En seguida puso su mano cerca de la ventana.

—¿Es temperatura uniforme?

Joan se precipitó al radiador.

—Está que hierve —informó.

—Estoy preguntando: ¿hay corrientes de aire?

—¡Oh, sí! Usted tendrá aire en abundancia. Y aquí está la sala de baño, pequeña, pero independiente.

—¿No hay *douche*? —preguntó Pnin, mirando hacia arriba—. Quizá mejor así. Mi amigo, el profesor Chateau, de Columbia, una vez quebró su pierna en dos partes. Ahora debo pensar... ¿Qué precio está usted preparada a exigir? Pregunto porque no daré más de un dólar diario, sin incluir, evidentemente, nutrición.

—Muy bien —dijo Joan, con su risa rápida y agradable.

Esa misma tarde, uno de los alumnos de Pnin, Charles McBeth («Debe ser loco, a juzgar por sus composiciones», solía decir Pnin) trasladó encantado el equipaje de Pnin en un auto patológicamente purpúreo y desprovisto de tapabarros en el lado izquierdo. Después de comer temprano en *El Huevo y Nosotros*, un pequeño restaurante de poco éxito recientemente inaugurado, que Pnin frecuentaba por exclusiva simpatía al fracaso, nuestro amigo se dio a la agradable tarea de pninizar su nueva habitación. Isabel se había llevado consigo su adolescencia, y la que quedó en el cuarto fue arrancada por su madre; no obstante, aún quedaban indicios, y antes de hallar las adecuadas ubicaciones para su

lámpara de luz solar, su enorme máquina de escribir con alfabeto ruso, guardada en una caja rota y remendada con papel engomado, cinco pares de hermosos zapatos, extrañamente pequeños y con diez hormas metidas dentro, un dispositivo para moler y preparar café que no era tan bueno como el que había reventado el año anterior, un par de despertadores que cada noche corrían idéntica carrera, y setenta y cuatro volúmenes de biblioteca, en su mayoría viejos periódicos rusos encuadernados sólidamente por el librero del Waindell College, Pnin, con toda finura, confinó en una silla, que encontró en el rellano de la escalera, media docena de libros desamparados tales como *Los Pájaros y sus Nidos*, *Días Felices en Holanda* y *Mi Primer Diccionario* (con más de 600 ilustraciones que representaban zoos, partes del cuerpo humano, fincas, incendios, todas elegidas científicamente), y también un solitaria cuenta de madera perforada en el centro.

Joan, que usaba la palabra «patético» acaso con demasiada frecuencia, declaró que invitaría a ese sabio *patético* a beber una copa, a lo que su marido replicó que él también era un sabio patético y que se marcharía a un cine si ella ponía en práctica la amenaza. No obstante, cuando Joan subió a invitar a Pnin, éste declinó el convite diciendo, con sencillez, que había resuelto *no usar más alcohol*. Poco antes de las nueve llegó Entwistle, acompañado de tres parejas, y a las diez la fiestecita estaba en su apogeo. De súbito Joan, que hablaba con la linda Gwen Cockerell, vio a Pnin, de *sweater* verde, parado en la puerta que conducía al pie de la escalera, sosteniendo en alto un vaso para que ella lo viera. Se apresuró a juntársele, y poco faltó para que chocara con su marido que atravesaba el living al trote para detener, estrangular, o demoler a Jack Cockerell, jefe del Departamento de Inglés, quien, de espaldas a Pnin, estaba entreteniéndolo a mistress Hagen y a mistress Blorengé con su famoso número (era uno de los mejores, sino el mejor imitador de Pnin en la Universidad). Su modelo, entretanto estaba diciendo a Joan:

—No hay un vaso limpio en el baño, y existen otras molestias: viento desde el piso y viento desde las paredes...

Pero el doctor Hagen, un anciano agradable y rectangular, también había visto a Pnin y lo saludó festivamente. Un momento después, Timofey, con su vaso debidamente reemplazado por un copetín, era presentado al profesor Entwistle.

—*Zdrastvuyte kak pozhivaete horosho spasibo* —matraqueó Entwistle, en una excelente imitación del habla rusa, y en realidad, algo se asemejaba a un alegre coronel zarista de paisano—. Una noche, en París — prosiguió, con los ojos danzándole—, en el cabaret Ougolok, convencí con mi pronunciación a un grupo de trasnochadores rusos de que yo era un compatriota posando de americano, ¿saben?

—En dos o tres años —dijo Pnin—, yo también seré tomado por americano.

Todos estallaron en carcajadas, menos el profesor Blorengé.

—Le buscaremos una estufa eléctrica —dijo Joan a Pnin, mientras le ofrecía aceitunas.

—¿Qué fabricación de estufa? —preguntó Pnin, suspicaz.

—Eso ya lo veremos. ¿Tiene más quejas?

—Sí. Perturbaciones sónicas —dijo Pnin—. Oigo cada, pero cada sonido del primer piso, pero no es éste ahora sitio de comentarlo, pienso yo.

3

Los invitados comenzaron a retirarse. Pnin subió a su cuarto con un vaso limpio en la mano. Entwistle y su anfitrión fueron los últimos en salir. El aguanieve se amontonaba en la noche oscura.

—Es una lástima —dijo el profesor Entwistle— que no conr sigamos tentarlo y se venga de una vez por todas a Goldwin. Tenemos a Schwarz y al viejo Crates, que figuran entre sus mayores admiradores. Tenemos una laguna auténtica. Lo tenemos todo. Hasta tenemos a un tal Pnin entre los profesores.

—Lo sé. Lo sé —dijo Clements—. Pero los ofrecimientos han llegado tarde. Quiero retirarme pronto, y hasta entonces prefiero quedarme en mi agujero, mohoso pero familiar. ¿Qué le pareció —dijo, bajando la voz,— *monsieur* Blorengé?

—Me dio la impresión de ser un gran tipo. Pero debo decirle que en ciertas cosas me recordó a la figura, probablemente legendaria, del Director del Departamento de Francés, que creía que Chateaubriand era un chef famoso.

—Cuidado —dijo Clements—. Ese cuento se le atribuyó primero a Blorengé, y era auténtico.

4

A la mañana siguiente, el heroico Pnin partió a la ciudad blandiendo un bastón al estilo europeo (arriba abajo, arriba-abajo) y examinó diversas cosas a su alrededor, tratando filosóficamente de imaginarse qué impresión le causarían después de la gran prueba que iba a sufrir. Dos horas más tarde ya estaba de vuelta, doblado sobre su bastón, y sin haber mirado cosa alguna. Una oleada de adiente dolor había ido reemplazando gradualmente el hielo y la madera de la anestesia en su boca, medio muerta, abominablemente martirizada y en proceso de descongelación. Durante algunos días guardó luto por aquella parte tan íntima de sí mismo. Se extrañó al darse cuenta del cariño que le tenía a sus dientes. Su lengua, una foca gorda y resbalosa, acostumbraba a debatirse y deslizarse dichosamente entre las rocas familiares, controlando un reino en decadencia pero todavía seguro, hundiéndose en cavernas y ensenadas, trepando por este picacho, hozando en aquella entalladura descubriendo una brizna de alga dulce en la vieja grieta de siempre. Pero ahora no le quedaba ni un solo punto de referencia; no había más que una gran herida oscura, una *terra incognita* de encías, que el miedo y el asco le prohibían investigar. Y cuando le colocaron las planchas, fue como si a un pobre cráneo fósil le hubieran encajado la risueña mandíbula de un ser completamente desconocido.

Como si todo hubiera sido planeado, no dio charlas ni atendió los exámenes, en los que fue reemplazado por Miller. Pasaron diez días y, de pronto, comenzó a gozar del nuevo dispositivo. Fue una revelación, fue un amanecer; fue como si hubiese ganado un bocado firme de esa América eficiente, alabastrina y humana. Por la noche guardaba su tesoro en un vaso especial, lleno de un líquido especial, y parecía como si desde allí estuviera sonriéndose a sí mismo, rosáceo y perlado, perfecto como un bello representante de la flora submarina. El gran trabajo sobre la Antigua Rusia, un sueño maravilloso mezcla de folklore, poesía, historia social y *petite histoire*, que durante los últimos diez años había estado planificando con ternura, al fin le parecía accesible, sin dolores de cabeza y con este nuevo anfiteatro de translúcido plástico, un escenario y una representación a la vez. Cuando empezó el Trimestre de Primavera, sus alumnos no pudieron menos que observar el cambio producido en su cara, sobre todo cuando Pnin se sentaba y, coquetamente, se golpeaba con la punta de goma de su lápiz esos incisivos y caninos tan parejos (demasiado parejos), mientras un discípulo traducía alguna frase en el viejo y rubicundo *Ruso Elemental* del profesor Oliver Bradstreet Mann (escrito, en realidad, desde el principio hasta el fin, por dos imberbes ganapanes, John y Olga Krotki, ya fallecidos), frases tales como: «El niño juega con su aya y su tío». Y una tarde acorraló a Laurence Clements, que se aprestaba a escurrirse a su estudio, y con exclamaciones de triunfo empezó a demostrarle la belleza de su dentadura, la facilidad con que se podía colocar y quitar, urgiéndolo a que se sacara todos los dientes cuanto antes, al día siguiente si fuera posible.

—Usted será un hombre *reformado*, como yo — exclamó Pnin.

Debe decirse, en beneficio de Laurence y de Joan, que pronto comenzaron a apreciar a Pnin en su exclusivo valor pniniano; y esto, pese a que era más un *Poltergeist* que un huésped. En cierta ocasión Pnin destrozó su nueva estufa y dijo, tristemente: «No importa, pronto será primavera.» Tenía una manera irritante de pararse en el rellano de la escalera y escobillar allí meticulosamente su ropa, haciendo tintinear el cepillo contra los botones, por lo menos cinco minutos cada bendita mañana. También mantenía una relación intrigada y apasionada con la máquina de lavar de Joan. Aunque le prohibieron acercarse a ella, lo sorprendían una y otra vez junto al objeto vedado. Echando a un lado todo decoro y cautela, Pnin alimentaba la máquina con lo que tuviera a mano, su pañuelo, paños de cocina, un montón de camisas y calzoncillos bajados de contrabando de su pieza, nada más que por darse el gusto de observar por la mirilla lo que parecía un volteo sin fin de delfines atacados de vahídos. Un domingo, después de comprobar que estaba solo, no pudo resistirse, por pura curiosidad científica, a entregar al poderoso aparato un par de zapatones de lona con suela de goma, manchados de barro y clorofila, para que jugara con ellos. Los zapatos desaparecieron con un enorme y espantoso estruendo, como el de un ejército que pasa sobre un puente, y volvieron sin suelas. Joan apareció entonces desde su salita, detrás de la cocina, y le dijo con tristeza: «¿De nuevo, Timofey?» Pero lo perdonaba, y gustaba sentarse con él a la mesa de la cocina para cascar nueces o beber té. Desdémona, la vieja negra que hacía el aseo los viernes y con la que, en un tiempo, Dios había charlado a más y mejor («Desdémona —me decía el Señor— ese hombre no es bueno»), vio una vez a Pnin dándose baños de sobrenatural luz ultravioleta, sin llevar encima nada más que calzoncillos, anteojos oscuros y una resplandeciente cruz católica-griega en su amplio pecho, e insistió en adelante en que Pnin era un santo. Un día subió Laurence a su estudio, una guarida sagrada y secreta, astutamente disimulada en la buhardilla, y se indignó al encontrar la lámpara de mórbida luz ultravioleta encendida y a Pnin, con su nuca gorda, plantado sobre sus delgadas piernas tostándose serenamente en un rincón. «Excúseme, sólo estoy

pastando», observó el gentil intruso (cuyo inglés se enriquecía a un paso sorprendente), mirando por sobre su hombro más alto. Sin embargo, esa misma tarde, bastó una referencia casual a un autor exquisito, una alusión pasajera tácitamente reconocida, en medio de una idea, como una vela aventurera divisada en el horizonte, para que, insensiblemente, surgiera esa delicada concordia mental entre los dos hombres, que sólo se encontraban a sus anchas en la natural calidez de su mundo escolástico. Existen seres humanos sólidos y seres humanos gelatinosos; Clements y Pnin pertenecían a la última variedad. Por esto se mezclaban con frecuencia, cuando se encontraban y detenían en umbrales, en rellanos, en dos niveles diferentes de peldaños (intercambiando alturas y volviéndose de nuevo uno hacia el otro), o cuando caminaban en direcciones opuestas de un lado a otro de una habitación, la que en ese momento sólo existía para ellos como un *espace meublé*, para usar un término pniniano. Pronto se vio que Pnin era una verdadera enciclopedia de encogimientos y sacudidas de hombro rusas a las cuales había tabulado, con lo que pudo agregar algo a los archivos de Laurence sobre la interpretación filosófica de los gestos pictóricos o no pictóricos, nacionales o sociales. Era muy agradable ver a los dos hombres discutiendo acerca de tal leyenda o religión; a Timofey floreciendo en movimientos anfóricos y a Laurence dando de tajadas con una mano. Este último hasta hizo una película de lo que Timofey consideraba la esencia de la mímica rusa: Pnin, en camisa de polo y con una sonrisa de Gioconda en los labios, demostraba los movimientos que subrayaban verbos rusos — usados con referencia a las manos — como *mahnuñ vsplesnuí, razvesti*: la sacudida floja, descendente, con una mano de cansada renunciación; el chapoteo dramático, con dos manos, de sorprendida angustia; y el movimiento «disyuntivo» — manos que se alejan en sentido contrario para significar pasividad inerme—. El filme concluía cuando Pnin, muy lentamente, mostraba como el gesto internacional de «sacudir el dedo» (un medio giro, tan delicado como la vuelta del puño en esgrima), transformaba el solemne símbolo ruso de señalar a lo alto: «¡El Juez del Cielo te ve!», en un retrato muy alemán del gesto que anuncia: «¡Algo te va a suceder!» «No obstante —agregaba el objetivo Pnin— la policía metafísica rusa también puede quebrar huesos físicos muy bien.»

Pidiendo excusas por su «negligente tocado», Pnin exhibió el filme ante un grupo de estudiantes. Betty Bliss, una graduada que trabajaba en Literatura Comparada, curso en el que Pnin era ayudante del doctor Hagen, manifestó que Timofey Pavlovich se veía exactamente como un Buda en una película oriental que había visto en el Departamento Asiático. Esta Betty Bliss, una muchacha rolliza y maternal de unos veintinueve veranos, era una suave espina clavada en la carne ya madura de Pnin. Diez años antes, ella había tenido por amante a un apuesto bellaco que la dejó por una pequeña vagabunda; más tarde había tenido un *affair* rastrero y terriblemente complicado, más dostoiievskiano que chejoventiano, con un inválido que ahora estaba casado con su enfermera, una lindota de tres al cuarto. El pobre Pnin titubeaba. En principio, no excluía el matrimonio. En su nueva gloria dental llegó, durante un seminario y luego que los otros se hubieron ido, hasta retener la mano de ella en la suya y darle palmaditas mientras, sentados juntos, discutían en prosa el poema de Turguenev Cuán bellas, cuán frescas eran las rosas. Ella apenas pudo terminar de leerlo; el pecho le estallaba en suspiros, vibraba la mano retenida.

—Turguenev —dijo Pnin, volviendo a dejar la mano de ella sobre la mesa — fue obligado por la fea cantante Pauline Viardot, adorada por él, a hacer de idiota en charadas y tableaux vivants. Y madame Pushkin dijo: «Usted me molesta con sus versos, Pushkin.» Y ¡cuesta pensarlo!, en su vejez la esposa del colosal Tolstoy prefería mucho más a un estúpido músico de nariz roja en lugar de él.

Nada tenía Pnin contra miss Bliss. Cuando trataba de imaginar una vejez tranquila, la veía con bastante claridad llevándole su bata de levantarse o llenándole la estilográfica. Gustaba de ella, pero su corazón pertenecía a otra mujer.

Es imposible — como habría dicho Pnin — ocultar un gato en una bolsa. Para poder explicar la abyecta excitación que se apoderó de mi pobre amigo una tarde de mitad del Trimestre, al recibir cierto telegrama y recorrer luego a zancadas su habitación durante cuarenta minutos por lo menos, debe decirse que Pnin no había sido siempre soltero. Los Clements estaban jugando a las damas chinas entre los reflejos del confortable fuego de la chimenea, cuando Pnin bajó estruendosamente la escalera, resbaló y casi cayó a los pies de ellos como un suplicante en alguna ciudad antigua colmada de injusticia; luego recuperó el equilibrio... sólo para estrellarse contra la pala y las tenazas.

—He venido —dijo, jadeando— para informar, o, más correctamente, preguntar a ustedes si puedo recibir una visita del sexo femenino el sábado; de día, por supuesto. Es mi ex esposa, ahora doctora Liza Wind. Acaso hayan ustedes oído sobre ella en círculos psiquiátricos.

Hay ciertas mujeres amadas cuyos ojos, por una mezcla casual de brillo y forma, nos afectan, no directamente, no en el momento de la tímida percepción, sino en un estallido retardado y acumulativo de luz y cuando la ingrata está ausente; pero la agonía mágica se queda y sus lentes y focos se instalan en la oscuridad. Fueren los ojos de Liza Pnin —ahora Wind— como fuesen, sólo parecían revelar su esencia, su agua de gemas preciosas, cuando se les evocaba con el pensamiento. Entonces, un resplandor vacío, ciego, de aguamarina húmeda, se estremecía y clavaba la mirada, como si una salpicadura de mar y de sol se hubiera metido entre los propios párpados. En la realidad, los ojos de Liza eran de un azul transparente, con negras pestañas y lagrimales de un rojo vivo, y se estiraban ligeramente hacia las sienes, donde un grupo de arruguitas felinas se desplegaban en abanico de cada uno. Tenía una mata de cabellos castaño oscuro sobre la frente lustrosa; cutis de rosa y nieve; usaba un lápiz labial de un rojo muy tenue y, salvo cierto grosor de las muñecas y los tobillos, casi no había defectos en su exuberante, elemental y animada aunque descuidada belleza.

Siendo Pnin un estudiante ambicioso, y ella una sirena más límpida que ahora, se encontraron en París alrededor de 1925. El usaba una barba rala, pardorrojiza (hoy sólo le brotan cerdas blancas si no se afeita. Pobre Pnin, ¡pobre puercoespín albino!), y esta excrecencia monástica, partida al medio y coronada por una nariz reluciente y gorda y por unos ojos ingenuos, era un discreto epítome del tipo físico de la antigua Rusia intelectual. Un empleílllo en el Instituto Aksakov, rue Vert-Vert, combinado con otro en la librería rusa de Saúl Bagrov, rue Gresset, le aseguraban la subsistencia. Liza Bogolepov, estudiante de medicina que acababa de cumplir veinte años, perfectamente encantadora con su blusa de seda negra y su falda sastre, ya estaba trabajando en el sanatorio Meudon dirigida por la extraordinaria y formidable anciana doctora Rosetta Stone, una de las psiquiatras más destructoras de la época. Además, Liza escribía versos, principalmente en anapestos intermitentes. Pnin la vio por primera vez en una de esas tertulias literarias donde los jóvenes poetas emigrados, que habían salido de Rusia en su pubescencia pálida y huérfana de mimos, cantaban elegías nostálgicas dedicadas a un país que, para ellos, ni podía ser más que un triste juguete estilizado, una chuchería encontrada en la buhardilla, uno de esos globos de cristal que se sacuden para provocar dentro una tempestad de nieve suave y luminosa sobre un pino minúsculo y una cabaña de troncos de papier maché. Pnin le escribió una formidable carta de amor (que ahora yace segura en su colección privada) y ella la leyó con lágrimas de autoconmiseración mientras se recobraba de una tentativa farmacopeica de suicidio por un *affair* algo tonto con un literato que ahora es... Pero no importa. Cinco analistas amigos le dijeron a coro:

—Pnin... y un hijo inmediatamente.

El matrimonio apenas cambió su modo de vida, salvo que ella se mudó al desaliñado departamento de Pnin. El continuó sus estudios eslavos, ella su psicodrama y su oviponencia lírica, fértil cual gallina ponedora, empollando poemas verdes y malvas acerca del niño que ansiaba concebir y de los amantes que deseaba tener, poemas en los que cada entonación, cada imagen, cada metáfora, había sido ya usada por otras gallinas líricas. Uno de sus admiradores, banquero y decidido mecenas, eligió entre los rusos parisienses a un crítico literario influyente, Zhorzhik Uranski, y, por una comida con champaña en el Ougolok, hizo que el pobre tipo dedicara su próximo feuilleton, en uno de los periódicos en lengua rusa, a una apreciación de la musa de Liza, en cuyos cabellos castaños, Zhorzhik colocó, tranquilamente, la diadema de Anna Akhmatov, con lo que Liza rompió en lágrimas de dicha, como si fuera la pequeña miss Michigan o la Rosa Reina de Oregón. Pnin, que no estaba en el secreto, llevaba un recorte de aquel descarado desvarío plegado en su honrada billetera, y leía párrafos a éste o a aquel burlón amigo hasta que el recorte se puso todo raído y borroso. Tampoco estaba en el secreto de asuntos más graves, y, de hecho, se hallaba pegando los restos de la crítica en un álbum cuando, un día de diciembre de 1938, Liza le telefoneó desde Meudon diciéndole que se iba a Montpellier con un hombre que comprendía su «ego orgánico», un tal doctor Eric Wind, y que nunca volvería a verlo. Una francesa desconocida, de pelo rojo, pasó a recoger las cosas de Liza, diciéndole a Pnin: «Bien, ratón de alcantarilla, te quedaste sin muchacha para taper dessus.» Uno o dos meses después llegó una carta en alemán del doctor Wind, llena de comprensión y de excusas, asegurando al lieber *herr* Pnin que él, el doctor Wind, estaba ansioso de casarse con «la mujer que ha salido de vuestra vida para entrar en la mía». Por supuesto, Pnin habría dado a Liza el divorcio con la misma prontitud con que le habría dado la vida, con los húmedos tallos cortados y un poco de helecho, todo envuelto con la misma tersura de la florista que huele a tierra cuando la lluvia convierte el día de Pascuas en espejos grises y verdes. Pero sucedió que el doctor Wind tenía en Sudamérica una esposa defl mente tortuosa y pasaporte falsificado, que no quería ser molestada mientras ciertos planes suyos no se realizaran. Entretanto, el Nuevo Mundo

también había comenzado a llamar a Pnin; de Nueva York, un gran amigo suyo, el profesor Constantino Chateau, le ofrecía toda la ayuda necesaria para que emigrase. Pnin informó al doctor Wind de sus planes y envió a Liza la última edición de una revista de emigrados, donde ella aparecía mencionada en la página 202. Y recorrida ya la mitad del tedioso infierno que idearon los burócratas europeos (con gran diversión de los soviéticos) para los que tenían ese triste papelucho llamado Pasaporte Nansen (una especie de tarjeta de recomendación dada a los emigrados rusos), cuando en un húmedo día de abril de 1940 sonó un enérgico ruido en su puerta y entró Liza, resoplando y ¿llevando por delante, como si fuera una cómoda, un embarazo de siete meses. Mientras se arrancaba el sombrero y disparaba los zapatos, ella manifestó que todo había sido un error, y que de ahí en adelante sería otra vez la legal y fiel esposa de Pnin, pronta a seguirle dondequiera que fuese, aun allende los mares.

Probablemente ésos fueron los días más felices en la vida de Pnin; un resplandor permanente de dicha densa y dolorosa; la preparación de las visas, y aquellos exámenes médicos en que un : doctor sordomudo aplicaba un falso estetoscopio al corazón trabado de Pnin a través de todas sus ropas; esa bondadosa dama rusa (parienta mía) que tanto le ayudó en el Consulado Americano; y el viaje a Burdeos, y el barco tan hermoso y limpio... todo tenía un rico tinte de cuento de hadas. Pnin no sólo estaba pronto a adoptar al niño cuando naciera, sino que lo deseaba con vehemencia, y Liza escuchaba con expresión satisfecha, un tanto vacuna, los planes pedagógicos que él desenvolvía, ya que Pnin parecía sentir los vagidos del nene y la primera palabra que éste diría en un futuro cercano. Ella siempre había gustado de las almendras confitadas, pero ahora las consumía en cantidades fabulosas (un kilo entre París y Burdeos), y el ascético Pnin contemplaba esa gula con sacudidas y encogimientos de encantado! asombro; y algo de la suavidad sedeña de esas dragées le quedó en la mente, mezclada para siempre con el recuerdo de la piel tirante, el colorido, y los perfectos dientes de ella.

Fue un tanto desilusionante el que, apenas llegada a bordo, ella diera una mirada al mar turgente, dijera: «*Nu, eto izvinite*» (no hay nada que hacer), y se retirara al seno del barco donde, durante la mayor parte de la travesía, permaneció acostada de espaldas en la cabina que compartía con las volubles esposas de tres lacónicos polacos: un campeón de lucha romana, un jardinero y un barbero, todos compañeros de camarote de Pnin.

La tercera tarde del viaje, habiéndose quedado él en el salón hasta mucho después de que Liza se fuera a dormir, aceptó con júbilo una partida de ajedrez propuesta por el ex-editor de un periódico de Frankfurt, un patriarca melancólico de ojos abolsonados, vestido con un sweater de cuello de tortuga y pantalones bombachos. Ninguno de los dos era buen jugador; ambos eran adictos a sacrificios de piezas espectaculares aunque enteramente innecesarios ; cada uno tenía ansias excesivas de ganar, y el juego sólo resultaba animado por el fantástico alemán que hablaba Pnin (*Wenn Sie so, dann Ich so, und Pfer fliegt*). De pronto se acercó otro pasajero y dijo : «*Entschuldigen, Sie?*», ¿podía observar el juego?, y se sentó junto a ellos. Tenía cabellos rojizos, muy cortos, y largas pestañas pálidas que se asemejaban a polillas; vestía una raída chaqueta cruzada. Pronto se puso a mascullar disimuladamente y a mover la cabeza cada vez que el patriarca, tras larga y digna meditación, se echaba adelante para hacer una jugada absurda. Por fin, el servicial espectador, evidentemente un experto, no pudo resistir a hacer retroceder un peón que su compatriota acababa de mover, y a indicar, con él índice vibrante, una torre que podía reemplazarle, el que el frankfurtés introdujo, incontinenti, en el corazón de la defensa de Pnin. Nuestro hombre perdió, por supuesto, y se preparaba a dejar el salón, cuando el experto le dio alcance diciendo: *Entschuldigen Sie?*, ¿podía hablar un momento con *herr* Pnin? («Usted ve, conozco su nombre», observó alzando su hábil índice), y acto seguido sugirió que bebieran un par de cervezas en el bar. Pnin aceptó, y ya con los jarros delante, el cortés desconocido continuó así: «En la vida, como en el ajedrez, es mejor analizar siempre los propios motivos e intenciones. El día que llegamos a bordo yo estaba como un niño juguetero. No obstante, a la mañana siguiente comencé a temer que cierto marido astuto — esto no es una lisonja, sino una hipótesis retrospectiva — estudiaría tarde o temprano la lista de pasajeros. Hoy, mi conciencia me ha juzgado y me ha encontrado culpable. No puedo seguir soportando el engaño. ¡A su salud! Esto no es en absoluto nuestro néctar alemán, pero es mejor que Coca-Cola. Mi nombre es; doctor Eric Wind; creo que no le es desconocido.»

Pnin, en silencio, con el rostro descompuesto, oprimiendo todavía con una palma el húmedo jarro, había empezado ya a desliziarse torpemente de su incómodo asiento en forma de hongo, cuando Wind le apoyó cinco largos y sensitivos dedos en la manga.

—*Lasse mich, lasse mich* —gimió Pnin, tratando de desasirse de esa mano lacia y adúlona.

—Por favor —dijo el doctor Wind—, sea justo. El prisionero tiene siempre la última palabra; es su derecho. Hasta los nazis lo reconocen. Y, antes que nada, quiero que me deje pagar por lo menos la mitad del pasaje de la señora.

—*Ach nein, nein, nein* —dijo Pnin—. Terminemos esta conversación de pesadilla (*diese koschmarische Sprache*).

—Como quiera —dijo el doctor Wind, y procedió a espetarle a Pnin los siguientes puntos: Primero, que todo había sido idea de Liza, «para simplificar las cosas, ¿sabe?, por el bien de nuestro niño» (el «nuestro» sonaba tripersonal). Que Liza debía ser tratada como una mujer muy enferma (ya que el embarazo no era más que una sublimación de un deseo de muerte); que él, (el doctor Wind) se casaría con ella en América, «adonde también voy», agregó, para mayor claridad: y que él (el doctor Wind) debía ser autorizado, por lo menos, a pagar la cerveza. Desde entonces, y hasta el fin del viaje, que había cambiado de verde y plata a un gris uniforme, Pnin se ocupó a toda hora de sus manuales de lengua inglesa. Aunque invariablemente manso con Liza, trató de verla lo menos posible y sin despertar sus sospechas. De vez en cuando, el doctor Wind aparecía quién sabe de dónde y, de lejos, le hacía señas tranquilizadoras y agradecidas. Y al fin, el día en que la enorme estatua de la Libertad emergió de entre la densa neblina matinal y los edificios, pálidos y hechizados, se alzaron listos para ser inflamados por el sol, semejantes a esos misteriosos rectángulos de alturas desiguales que uno ve en los gráficos comparativos (fuentes naturales, la frecuencia de espejismos en diversos desiertos), el doctor Wind se acercó resueltamente a los Pnin e, identificándose con el espectáculo, dijo:

—Los tres debemos entrar a la tierra de la libertad con corazones puros.

Más tarde, después de una grotesca estadía en Ellis Island. Liza y Timofey se separaron.

Hubo algunas complicaciones pero, por fin, Wind se casó con ella. En el curso de los primeros cinco años en América, Pnin la divisó varias veces en Nueva York. El y los Wind se naturalizaron el mismo día; luego, después de su traslado a Waindell en 1945, Pnin pasó una media docena de años sin encuentros ni carteos. No obstante, oyó hablar de ella de tiempo en tiempo. No hacía mucho (en diciembre de 1951) su amigo Chateau le había enviado un ejemplar de una revista psiquiátrica con un artículo escrito por la doctora Albina Dunkelberg, el doctor Eric Wind y la doctora Liza Wind. El artículo se titulaba Psicoterapia de Grupo Aplicada a la Orientación Conyugal. Pnin se ruborizaba siempre de los intereses psihooslinie (psicoasnales) de Liza; y aún ahora, que ya debía sentirse indiferente, experimentaba una punzada de repulsión y lástima. Eric y ella trabajaban a las órdenes del gran Bernard Maywood — un gigante genial a quien el superadaptable Eric llamaba el patrón — en un Gabinete de Investigaciones agregado al Centro de Paternidad Planificada. Alentado por este protector suyo y de su mujer, Eric dearrolló la ingeniosa idea (posiblemente ajena) de llevar por nuevas sendas a los clientes más manejables y estúpidos del Centro. Era una especie de trampa psico-terapéutica, una «válvula de escape» en la que un grupo de jóvenes amigas casadas, en equipos de ocho, se relajaban en una habitación confortable, en una atmósfera de confianza jovial y tuteadora, ante médicos instalados en una mesa y un secretario tomaba notas discretamente. Los episodios traumáticos de la niñez de cada cual flotaban en el ámbito como cadáveres. En esas sesiones, las señoras debían comentar, con absoluta franqueza, sus problemas de desajuste conyugal, los que involucraban, evidentemente, una senda comparación de notas sobre los cónyuges, quienes también eran entrevistados más tarde, en «grupos de maridos», también muy en confianza y con generosa distribución de cigarros puros y diagramas anatómicos. Pnin omitió los informes y la casuística, y aquí no tenemos para qué entrar en esos detalles risibles. Baste decir que ya en la tercera sesión del grupo femenino, cuando esta o aquella dama, vuelta ya del hogar debidamente iluminada, reencontraba a sus hermanas aún traumatizadas — aunque siempre en éxtasis—, se producía una tintineante nota de renovación que amenizaba todo el tratamiento: («Bueno, niñas, anoche, cuando; George...») Y esto no era todo. El doctor Wind esperaba elaborar una técnica que le permitiera reunir a todos esos maridos y esposas en un equipo mixto. Era espantoso oír a Eric y a Liza relamerse con la palabra «equipo». En una larga carta al acogojado Pnin, el profesor Chateau afirmaba que el doctor Wind había: llegado hasta llamar «equipo» a los gemelos siameses. Ciertamente, Wind, idealista y avanzado, soñaba con un mundo feliz que consistiera en comunidades centúpletas y siamésicas, anatómicamente ligadas, naciones enteras construidas alrededor de un hígado comunicante. «No es más que una especie de microcosmos del comunismo, toda esa psiquiatría», rugía Pnin en su respuesta a Chateau. «¿Por qué no dejan a la gente su pequeño dolor privado? ¿No es el dolor — se pregunta uno — la única cosa en el mundo que la gente posee verdaderamente?»

—Mira —dijo Joan a su marido el sábado por la mañana—, he resuelto decir a Timofey que hoy tendrá libre la casa de 2 a 5. Debemos dar a esas patéticas criaturas todas las oportunidades posibles. Tengo que hacer en la ciudad y te dejaré en la Biblioteca.

—Sucede —repuso Laurence— que no tengo la menor intención de que me dejen en alguna parte, y tampoco de moverme de aquí por hoy. Además, es altamente improbable que necesiten ocho habitaciones para su cita.

Pnin se puso su traje café nuevo (pagado con la conferencia de Cremona) y después de un almuerzo apresurado en El Huevo y Nosotros, se encaminó por el parque, nevado a retazos, a la estación de autobuses de Waindell. Llegó casi con una hora de anticipación. No se preocupó de dilucidar por qué habría sentido Liza la necesidad urgente de verlo precisamente cuando regresaba de su visita a Saint Bartholomew, el colegio preparatorio vecino a Boston, adonde iría su hijo el siguiente otoño; sólo sabía que una marea de dicha espumeante se alzaba tras la barrera invisible que iba a romperse de un momento a otro. Vio llegar cinco autobuses, y en cada uno le pareció descubrir claramente a Liza que le hacía señas por una ventana mientras ella y los otros pasajeros empezaban a salir en fila. Pero se fue uno y otro autobús sin que ella apareciera. Súbitamente oyó tras de sí la voz sonora de Liza («¡*Timofey, zdrast-vuy!*»), y, girando en redondo, la vio emerger del único Greyhound donde no pensaba que vendría. ¿Qué cambio pudo discernir nuestro amigo en ella? ¿Qué cambio podía haber, buen Dios? Ahí estaba, siempre cálida y boyante, a pesar del frío, y ahora llevaba abierto el abrigo de piel de foca sobre su blusa con vuelos, y abrazaba la cabeza de Pnin mientras éste sentía la fragancia de pomelos de su cuello y murmuraba: «*Nu, nu, vot i horosho, nu vot*», meras palpitaciones verbales de su corazón, y ella gritaba: «¡Oh, tienes espléndidos dientes nuevos!»

El la ayudó a subir a un taxi; la bufanda diáfana y brillante de Liza se enganchó en algo, Pnin resbaló en el pavimento y el chófer dijo:

—Tranquilícense — y cogió la valija de Liza.

Era como si todo hubiera sucedido antes, exactamente igual. Se trataba, según ella le informó mientras subían por la calle Park, de un colegio de acuerdo con toda la tradición inglesa. No, no deseaba comer; había almorzado bien en Albany. Era un colegio «muy bien» — lo dijo en inglés—; los niños jugaban una especie de tenis de salón con las manos, entre paredes, y en la clase su hijo iba a estar junto con... (Liza pronunció, con falsa desgana, un apellido americano muy conocido, que nada significaba para Pnin porque no era ni el de un poeta ni el de un presidente).

—A propósito — interrumpió él, haciendo un quite e indicando—, desde aquí puedes ver un rincón de los jardines universitarios.

Todo esto se debía («Sí, ya veo, *vizhu, vizhu, kampus kak kampus*: lo de siempre»), todo esto, incluso la beca, se debía a la influencia del doctor Maywood («Tú sabes, Timofey, algún día debes escribirle unas palabritas, nada más que en señal de cortesía»). El Director, un religioso, le había mostrado los trofeos que Maywood había ganado ahí cuando niño. Eric quería, por supuesto, que Victor fuera a una escuela pública, pero ella no había tomado en cuenta su deseo. La mujer del reverendo Hopper era sobrina de un conde inglés.

—Ya estamos. Este es mi *palazzo* —dijo Pnin, chanceándose y sin haber podido concentrarse en la rápida conversación de ella.

Entraron, y él sintió de pronto que ese día, aguardado con tan terribles ansias, iba pasando demasiado veloz; se iba, se habría ido en pocos minutos. Quién sabe, pensó, si ella dijese de una vez lo que quería de él, el día se retardaría y podría disfrutarlo de veras.

—Qué sitio más horripilante, *kakoy zhutkiy dom* —dijo Lizsi sentándose en la silla vecina al teléfono y quitándose las zapatilla de goma (¡qué movimientos tan familiares!)—. Mira esa acuarela con los minaretes. Deben de ser una gente horrible.

—No —dijo Pnin—. Son mis amigos.

—Mi querido Timofey —continuó ella, mientras él la escoltaba escalera arriba—, tuviste amigos bastante tremendos en tu tiempo.

—Y ésta es mi pieza —dijo Pnin.

—Creo que me voy a tender en tu cama virginal, Timofey, y te recitaré unos versos en un minuto. Ese infernal dolor de cabeza se me está despertando de nuevo. Me había sentido espléndidamente todo el día.

—Tengo aspirinas.

—Um, um —dijo ella, y esa negativa extranjera se destacó extrañamente contra su lengua nativa.

El se dio vuelta cuando ella comenzó a quitarse los zapatos; el sonido que hicieron al caer al suelo le recordó días muy lejanos.

Ella reposaba de espaldas, falda negra, blusa blanca, cabello castaño, con una mano sonrosada cubriéndose los ojos.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Pnin («Que diga lo que quiere de mí, rápidamente»), mientras se desplomaba en la mecedora blanca junto al radiador.

—Nuestro trabajo es muy interesante —dijo ella, siempre cubriéndose los ojos—, pero debo decirte que ya no amo a Eric. Nuestras relaciones se han deshecho. De paso te diré que a Eric le disgusta el niño. Dice que él es el padre terrestre y tú, Timofey, el padre acuático.

Pnin comenzó a reír; se estremeció de risa; la mecedora crujía bajo su peso. Sus ojos semejaban estrellas y estaban húmedos.

Por un instante, ella lo miró con curiosidad, por debajo de su mano regordeta, y continuó:

—Eric es un duro bloque emocional en su actitud hacia Victor. Ignoro cuántas veces el niño lo asesinó en sus sueños. A Eric, la paternidad (hace tiempo que lo he observado) le confunde los problemas en vez de aclarárselos. Es una persona muy difícil. ¿Cuál es tu sueldo, Timofey?

El se lo dijo.

—Bien —dijo ella—, no es cuantioso. Pero supongo que podrás prescindir de una parte. Es más que suficiente para tus necesidades, para tus microscópicas necesidades, Timofey.

Su abdomen, ceñidamente fajado bajo la falda negra, saltó dos o tres veces con una muda, íntima, bien intencionada y reminiscenre ironía; Pnin se sonó, sacudiendo la cabeza con embeleso, lleno de un voluptuoso jolgorio.

—Escucha mi último poema —dijo ella, con las manos al lado de su cuerpo, mientras se mantenía enteramente rígida de espaldas; y entornó rítmicamente, con tonos de aspiración profunda y notas graves:

*Ya nádela tyomnoe plat'e,
I monashenki ya skromney;
Iz slonovoy kosti raspyat'e
Nad holodnoy postel'yu moey*

*No ogni nebivalih orgiy
Prozhigayut moyo zabityo
I shepchi ya imya Georgiy...
Zolotoe imya tvoyo!»*

*Me he puesto un vestido oscuro
y estoy más recatada que una monja;
un crucifijo de marfil
yace en mi lecho frío.*

*Pero las luces de fabulosas orgías
arden a través de mi olvido,
y murmuro el nombre de George...
¡tu dorado nombre!*

—Es un hombre muy interesante — continuó ella, sin intervalo alguno—. Absolutamente inglés, por añadidura. Piloteó un bombardero durante la guerra y ahora está en una firma de corredores que no simpatizan con él y no lo comprenden. Viene de una familia muy antigua. Su padre era un soñador: tenía un casino flotante, ¿sabes? Pero lo arruinaron unos gánsters judíos en Florida y fue voluntariamente a prisión en lugar de otro hombre; es una familia de héroes.

Hizo una pausa. El silencio en la pequeña habitación parecía. ritmado, no roto, por las pulsaciones y tintineos de esos tubos de órgano blanqueados en la garganta de Liza.

—Hice un informe completo para Eric — continuó con un suspiro—. Y ahora me asegura que puede curarme si coopero. Desgraciadamente, también estoy cooperando con George.

Pronunciaba *George* como en ruso; las dos *g* duras, las dos *e* alargadas.

—Bien, *c'est la vie*, como dice Eric con tanta originalidad. ¿Cómo puedes dormir con esa telaraña colgando del techo?

Miró su reloj-pulsera.

—¡Vaya!, tengo que alcanzar el bus de las 4,30. Tienes que llamar un taxi en seguida. Tengo que decirte algo importantísimo.

Por fin llegaba... ¡tan tarde!

Ella quería que Timofey ahorrara todos los meses algo para el niño, «porque ahora no podía pedirle a Bernard Maywood», y ella podía morirse, «y Eric no se preocupaba de lo que sucediera», y alguien tenía que enviar al muchacho una pequeña suma de vez en cuando, como si proviniera de su madre, «para el bolsillo, ¿sabes?» Iba a estar entre niños ricos. Ella escribiría a Timofey dándole la dirección y algunos detalles más. Sí. Nunca había dudado de que Timofey era un amorcito (*Nu kakoy zhe ti dushka*). Y, ahora, ¿dónde estaba la sala de baño? ¿Y tendría él la amabilidad de llamar un taxi por teléfono?

—Te diré de paso... —dijo Liza, cuando Pnin la ayudó a ponerse el abrigo y, como de costumbre, buscaba cejijunto la fugitiva bocamanga mientras ella escarbaba y tentaba—. ¿Sabes, Timofey? Este traje marrón tuyo es un error: un caballero no usa el marrón.

La despidió y volvió caminando por el parque. Tenerla, guardarla tal como era, con su crueldad, su vulgaridad, sus ojos azules cegadores, su mísera poesía, sus pies gordos, su alma impura, seca, sórdida, infantil. De pronto pensó: «Si las personas se reúnen en el cielo (no lo creo, pero supongámoslo), ¿cómo voy a evitar que me envuelva esa cosa marchita, inútil y coja que es su alma? Pero ésta es la tierra, y yo, cosa curiosa, estoy vivo, y algo hay en mí y en la vida...»

Inesperadamente (porque la desesperación humana raras veces) conduce a grandes verdades) le pareció estar al borde de una solución simple del universo, pero una llamada urgente interrumpió sus meditaciones. Una ardilla, bajo un árbol, había visto a Pnin en el sendero. Con un movimiento sinuoso, como el de un zarcillo, el inteligente animal subió hasta el borde de una fuente para beber y, cuando Pnin se aproximó, le tendió la cara ovalada e hinchó los carrillos emitiendo un sonido balbuciente, algo vulgar. Pnin comprendió y, tras torpes tanteos, encontró la clavija que había que oprimir para que saliera agua. Mirándolo con desprecio, el roedor, sediento, se acercó a la columna sólida y centelleante y bebió largo rato. «Quizás tenga fiebre», pensó Pnin, llorando calladamente, sin disimulo, mientras continuaba oprimiendo cortésmente el dispositivo y procuraba no encontrarse con la mirada desagradable que se mantenía fija en él. Apagada su sed, la ardilla se alejó sin la menor manifestación de gratitud.

El padre acuático siguió su camino, llegó al final del sendero y torció hacia una calle lateral, donde había un pequeño bar hecho de troncos, con macetas granate en sus ventanas francesas.

7

Cuando Joan, a las cinco menos cuarto, llegó a casa con una bolsa de provisiones, dos revistas y tres paquetes, encontró en el buzón del porche una carta aérea certificada de su hija. Habían transcurrido más de tres semanas desde que Isabel escribiera brevemente a sus padres para decirles que, después de su luna de miel en Arizona, había llegado sana y salva a la ciudad natal de su marido. Haciendo malabarismos con los paquetes, Joan desgarró el sobre. Era una carta extáticamente dichosa, y la devoró mientras a su alrededor todo se bañaba en la irradiación de su alivio. Al lado afuera de la puerta palpó, y luego vio, las llaves de Pnin pendientes de la cerradura, meciéndose en su estuche de cuero como un trocito de sus más amadas visceras; las utilizó para abrir la puerta y, no bien hubo entrado, oyó venir de la despensa un golpeteo anarquista y vigoroso: armarios que se abrían y cerraban sucesivamente.

Dejó la bolsa y los paquetes en la mesa de la cocina y gritó hacia la despensa:

—¿Qué está buscando, Timofey?

Este salió, muy ruborizado, con una mirada delirante, y ella se sobresaltó al verle el rostro, con un confuso tropel de lágrimas sin secar.

—Busco, John, los viscosos y el soda —dijo, trágicamente.

—Creo que no hay soda —contestó ella, con su lúcida prudencia anglosajona—. Pero hay whisky en abundancia en el armario del comedor. No obstante, le propongo que bebamos una buena taza de té caliente.

El hizo el gesto ruso de «renunciación».

—Quiero absolutamente nada —dijo, y se sentó junto a la mesa de la cocina dando un terrible suspiro.

Ella se sentó a su lado y abrió una de las revistas que compraran.

—Miremos algunas ilustraciones, Timofey.

—No quiero John. Usted sabe que no distingo qué es aviso y qué no es aviso.

—Cálmese, Timofey; yo me encargaré de las explicaciones. Mire, ésta me gusta. ¡Oh!, pero si es muy ingeniosa. Tenemos aquí una combinación de dos ideas: la Isla Desierta y la Niña de la Nube. Ahora mire, Timofey, por favor.

De mala gana, él se caló las gafas para leer.

—Esta es una isla desierta con una palmera solitaria, y éste es un resto de balsa rota, y éste es un marinero náufrago, y éste es el gato del barco que él salvó, y esto, aquí, en esa roca...

—Imposible —dijo Pnin—. Tan pequeña isla, además coa palma, no puede existir en mar tan grande.

—Bueno, aquí existe.

—Aislamiento imposible —dijo Pnin.

—Sí, pero... Oiga, usted no está jugando limpio, Timofey. Sabe perfectamente que está de acuerdo con Lore en que el mundo de la mente está basado en una transacción con la lógica.

—Tengo mis reservas —dijo Pnin—. Primeramente, la lógica misma...

—Bueno, bueno. Parece que nos hemos alejado de nuestro pequeño chiste. Ahora, mire el cuadro. Entonces, éste es el marinero, y éste es el gatito, y ésta es una sirena algo distraída que merodea por la vecindad. Y ahora mire las nubecitas que hay inmediatamente encima del marinero y del gatito.

—Explosión de bomba atómica —dijo Pnin tristemente.

—No, en absoluto. Es algo mucho más gracioso. Vea usted: se supone que estas nubecitas redondas son las proyecciones de sus pensamientos. Y ahora llegamos por fin a la parte divertida. El marinero imagina a la sirena con un par de piernas, y el gato la imagina con torso de pez.

—Lermontov —dijo Pnin, alzando dos dedos — lo dijo todo sobre las sirenas en sólo dos poemas. No puedo comprender el humorismo americano ni siquiera cuando estoy de buen humor, y debo decir... — se retiró las gafas con manos temblorosas, echó la revista a un lado con el codo y, apoyando la cabeza en su brazo, estalló en sollozos ahogados.

Ella oyó abrirse y cerrarse la puerta. Un momento después Laurence atisbo la cocina con sigilo juguetón. Con su mano derecha, Joan le indicó que se fuera, y con la izquierda le señaló el sobre de bordes irisados encima de los paquetes. La sonrisa íntima que le dirigió fue un resumen de la carta de Isabel. El la cogió y, ya sin bromear, se alejó de puntillas.

Los hombros absurdamente robustos de Pnin seguían sacudiéndose. Ella cerró la revista y, por un minuto, estudió la cubierta: colegiales brillantes como juguetes; Isabel y el hijo de Hagen; árboles sombríos en día de asueto; un chapitel blanco; las campanas de Waindell.

—¿Ella no quiere volver? —preguntó Joan, suavemente.

Pnin, con la cabeza en el brazo, comenzó a golpear la mesa con su mano flojamente empuñada.

—Tengo nadie —gimió, entre sonoros y húmedos resoplidos—. Ya no me queda nadie, nadie! *I haf nofing... I haf nofing left, nofing, nofing!*

CAPITULO TERCERO

1

Durante los ocho años que Pnin llevaba enseñando en la Universidad de Waindell, había cambiado de alojamiento, por una u otra causa, «principalmente sónica», casi cada semestre. La acumulación consecutiva de habitaciones se asemejaba ahora en su memoria a esas vitrinas de mueblerías en que se exhiben grupos de sillones, camas, lámparas, trozos de chimenea, todo fuera del tiempo y del espacio, mezclados bajo la suave luz de la mueblería mientras fuera nieva y oscurece, y nadie ama verdaderamente a nadie.

Las habitaciones de su período de Waindell le parecían elegantes comparadas con las que había habitado en el barrio alto de Nueva York, a mitad de camino entre el «Parque Tsentral y la Kostanera», en una manzana inolvidable por los papeles diseminados junto a la cuneta, por la mancha brillante de un excremento de perro en la que ya había resbalado alguien, y por un niño infatigable que hacía rebotar una pelota contra los peldaños del elevado pórtico marrón. Y hasta esa pieza se tornaba hermosa en la mente de Pnin (donde seguía rebotando una pelota pequeña) cuando la comparaba con su antiguo albergue, borroso y empolvado ya por el tiempo, de l su largo período bajo el pasaporte Nansen en la Europa Central. Con los años, Pnin se había vuelto exigente. Ya no le bastaban los lindos adornos. Waindell era una pequeña ciudad tranquila, y Waindellville, situada en una hendidura entre los cerros,

era más tranquila aún; pero nada era bastante quieto para Pnin. Al principiar allí su vida, tuvo un estudio primorosamente amueblado en el Hogar Universitario para Profesores Solteros. Un lugar bonito, pese a ciertos inconvenientes gregarios («¿Ping-pong, Pnin?» —«Ya no juego más juegos infantiles»), hasta que llegaron los operarios y comenzaron a abrir agujeros en la calle («Calle Olla de Grillos», «Pningrado») y a taparlos después. Tal estado de cosas continuaba sin interrupción, durante semanas en oleadas de terremotos a los que sucedían desmayadas pausas, sin que pareciese probable que se volviera a descubrir la preciosa herramienta enterrada por error. Tuvo (para elegir sólo al azar) aquel cuarto en el Duke's Lodge, de aspecto eminentemente hermético; un kabitiet encantador sobre el cual, no obstante, cada tarde, entre portazos y ruidosas duchas en el baño, se paseaban lenta e inflexiblemente dos estatuas con piernas de piedra. Eran modales difíciles de conciliar con la esbelta estructura de sus vecinos del piso alto, que resultaron ser los Starr, del Departamento de Bellas Artes («Yo soy Christopher y ésta es Louise»). Formaban una pareja angelicamente suave y ambos sentían un vivo interés por Dostoievski y Shostakovich. Tuvo, en otra pensión, un estudio-dormitorio muy íntimo, adonde nunca vino nadie para que le diera clases gratuitas de ruso. En este refugio, además, no bien comenzó el tremendo invierno de Waindell a introducirse en él, mediante agudas corrientes de aire (que no sólo provenían de la ventana sino también del closet y los enchufes), la habitación a exhalar una ráfaga de demencia y místico delirio, un tenaz murmullo musical de compases más o menos clásicos, extrañamente ubicados en el argénteo radiador, Pnin trató de ahogarlos con una frazada, como si provinieran de un pájaro enjaulado; pero el canto persistió hasta que la anciana madre de mistress Thayer fue llevada al hospital, donde falleció, tras lo cual el radiador cambió la onda de sus rumores por otra más exótica: francés canadiense.

También ensayó domicilios de otro tipo; habitaciones alquiladas en casa de familia que, si bien diferían unas de otras en ciertos aspectos (no todas eran de tejuela, por ejemplo; algunas eran de ladrillo revocado, al menos, parcialmente), tenían una característica común: en los estantes del salón o del rellano de la escalera se hallaban, invariablemente, Hendrick Willem Van Loon y el doctor Cronin. Ambos podían estar separados por un manojito de revistas o por alguna novela histórica gruesa y reluciente, o hasta por algunas biografías más o menos conocidas. También en estas casas colgaba siempre en algún sitio una reproducción de Tolouse-Lautrec. Pero lo que jamás faltaba era la pareja Van Loon-Cronin, cambiando miradas de tierno reconocimiento, como dos viejos amigos que se encuentran en una fiesta entre desconocidos.

2

Volvió por una breve temporada al Hogar Universitario, pero los perforadores del pavimento también volvieron y, con ellos, otras molestias. Hoy por hoy, Pnin seguía alquilando el dormitorio rosado de volantes blancos del segundo piso de la casa de los Clements. Este era el sitio que más le había gustado y la primera habitación que había ocupado más de un año. Por aquel entonces, ya había borrado toda huella de su dueña anterior; al menos, así lo creía, porque no había descubierto, y probablemente nunca lo haría, una cara ridícula dibujada en la pared, inmediatamente debajo de la cabecera del lecho; tampoco había visto esas marcas de lápiz semi-borradas en el quicio de la puerta, marcas que indicaban distintas alturas a partir de un metro cuarenta y dos en 1940.

Durante más de una semana Pnin pudo disfrutar de la casa entera. Joan Clements había partido en avión a visitar a su hija casada en un lejano Estado del Oeste, y un par de días más tarde, al comienzo de su curso primaveral de Filosofía, el profesor Clements, llamado por teléfono, también voló al Oeste.

Nuestro amigo se sirvió pausadamente un desayuno a base de leche, cuyo suministro no había sido interrumpido, y a las nueve y media se dispuso a dar su paseo habitual por los jardines.

Agradaba ver esa manera suya de ponerse el abrigo, a la manera de los *intelligenski* rusos: con la cabeza inclinada, exhibiendo su perfecta calvicie y su gran barbilla tipo duquesa de Wonderland, sujetaba firmemente los extremos cruzados de su bufanda verde para mantenerla sobre el pecho mientras, con una sacudida de sus amplios hombros, conseguía introducirse a un mismo tiempo en ambas mangas, y, con otro empujón, colocarse enteramente el resto del abrigo. Cogió su portafol (portadocumentos), revisó el contenido y salió.

Aún estaba a tiro de piedra del porche, cuando recordó un libro de la Biblioteca de la Universidad cuya devolución le reclamaban con urgencia para que lo ocupara otro lector. Luchó un momento consigo mismo: todavía necesitaba el volumen. Pero el bondadoso Pnin simpatizaba demasiado con el clamor insistente del estudioso desconocido para no volver en busca del grueso y pesado tomo. Era el volumen

18, dedicado especialmente a Tolstoy: *Sovetsky Zolotoy Fond Literaturi* (Fondo Dorado de la Literatura Soviética), Moskva-Leningrad, 1940.

3

Los órganos que concurren a la producción de sonidos en el idioma inglés son la laringe, el paladar, los labios, la lengua (esa polichinela de la *troupe*) y, en último pero no menor término, la mandíbula inferior. Pnin se confiaba en el movimiento superenérgico y algo rumiante de esta mandíbula cuando traducía en clase pasajes de la gramática rusa o algún poema de Pushkin. Si su ruso era música, su inglés era un homicidio. Tenía una dificultad enorme con la «despalatización», y nunca conseguía eliminar esa especie de rocío con que los rusos acompañaban las *t* y las *d* antes de las vocales, a las que Pnin suavizaba de modo tan peculiar. Su explosivo *hat* (sombrero) («Nunca ando en sombrero, aun en invierno») difería de la pronunciación americana corriente de *hof* (caliente), típica de los habitantes de Waindell, sólo por su menor duración, sonando así muy semejante al verbo alemán *hat* (tiene). Las *o* largas se convertían inevitablemente en cortas: su no parecía italiano, y esto se acentuaba por su treta de triplicar el negativo: («¿Puedo llevarlo, mister Pnin?» «No-no-no, sólo estoy a dos pasos desde aquí»). Desconocía la *o* larga y no se daba cuenta de ello; todo lo que conseguía cuando tenía que pronunciar *noon* (tarde), era la vocal laxa del alemán *nun* (ahora).

El cumpleaños de Pnin, de acuerdo al calendario juliano bajo el cual había nacido en San Petersburgo en 1898, caía el 3 de febrero. Pero ya no lo celebraba pues, desde su salida de Rusia, esta fecha se le confundía en medio de las del calendario gregoriano, al que debía restarle trece (no: doce) días.

En el pizarrón nimbado de tiza, que él llamaba jocosamente «pizarreño», escribió una fecha. Esta nada tenía que ver con la que regía en Waindell:

26 de diciembre de 1892

Cuidadosamente estampó un punto final blanco y grande, y agregó debajo:

3,03 P. M., San Petersburgo

Esto fue transcrito, con toda disciplina, por Frank Backman, Rose Balsamo, Frank Carroll, Irving D. Herz, la hermosa e inteligente Marilyn Hohn, John Mead, Jr., Peter Volkov y Allan Bradbury Walsh.

Pnin, estremecido por una risa muda, regresó a su pupitre; tenía un cuento que relatar. Esa línea en la absurda gramática rusa: *Brozhu li ya vdol' ülits shuminh* («Ya sea que vague por calles ruidosas»), era en realidad, el comienzo de un famoso poema. Y aunque se suponía que en esa clase de Ruso Elemental, Pnin debía atenerse a ejercicios de lenguaje tales como: *Mama, telefon! Brozhu li ya vdol' ulits shuminh. Ot Vladivostoka do Vashinngtona 5.000 mil*, él aprovechaba todas las oportunidades para aventurar a sus alumnos por excursiones literarias e históricas.

En ese poema de ocho cuartetos tetramétricos, Pushkin describía su hábito morbosos e inveterado, donde quiera que se hallara, hiciera lo que hiciese, de detenerse en pensamientos fúnebres e inspeccionar meticulosamente el día que iba pasando, como si se forzara por descubrir en su criptograma un posible y «futuro aniversario»: el día y el mes que alguna vez, en algún sitio, aparecerían escritos en la lápida de su tumba.

—«¿Dónde me enviará el destino?», futuro imperfecto, «¿la muerte?» —declamaba inspirado Pnin, echando atrás la cabeza y traduciendo, sin acobardarse, literalmente—. «¿En la lucha, de viaje, o en medio de las olas? ¿o en la vecina hondonada?» *Dolina* significa lo mismo que «valle». Y diríamos ahora: «Aceptaré mis cenizas refrigeradas.» Poussiére «polvo frío», sería quizás más correcto. «Y aunque es indiferente para el cuerpo insensitivo...»

Pnin prosiguió así, hasta terminar el poema. Entonces, indicando dramáticamente con la tiza, observó cuánto cuidado había puesto Pushkin en anotar el día, y hasta el minuto exacto en que escribiera aquella obra.

—Sin embargo — exclamó triunfalmente—, murió en un día muy, ¡pero muy diferente! Murió... —La silla en que se apoyaba emitió un crujido ominoso, y los alumnos se relajaron, estallando en excusables y jóvenes risotadas.

(Alguna vez, en algún sitio —¿sería en San Petersburgo? ¿o en Praga?—, recordó, uno de los payasos había retirado el banquillo en que el otro se sentaba para tocar el piano; no obstante, aquel había

seguido tocando incólume su sonata, como si siguiera sentado. ¿Dónde había sido esto? ¡Ah! ¡en el circo Busch: en ¡Berlín!).

4

Pnin no se molestó en dejar la sala de clase mientras el Curso Elemental iba saliendo y, poco a poco, comenzaba a llegar el Curso Avanzado. La oficina donde ahora yacía el *Zol. Fond. Lit.*, envuelto en su bufanda verde y sobre el kardex, se hallaba en otro piso, al extremo de un pasillo lleno de eco y junto a los lavatorios de la Facultad. Hasta 1950 (entonces era 1953. ¡Cómo vuela el tiempo!) Pnin había compartido una oficina con Miller, uno de los profesores más jóvenes del Departamento de Alemán. Más tarde le dieron para uso exclusivo la Oficina R; ésta había sido antes un depósito de leña, pero ahora estaba enteramente remozada. Durante la primavera, Pnin la había pninizado con amor. Se la entregaron con dos sillas innobles, un tablero de corcho para clavar boletines, una caja de cera para pisos olvidada por el portero, y un humilde escritorio de dudosa madera. Escamoteó de la Administración un pequeño kardex de acero provisto de un cierre cautivante. El joven Miller, bajo la dirección de Pnin, trasladó la parte correspondiente a Pnin de un estante seccionable. A la anciana mistress McCrystal, en cuya casita de madera blanca había pasado un invierno mediocre (1949-50), le compró, en tres dólares, una alfombra desvaída que había sido turca. Con ayuda del portero atornilló a un costado del escritorio un sacapuntas, ese dispositivo altamente satisfactorio y altamente filosófico que se alimenta de barniz amarillo y suave madera mientras dice «taiconderoga-taiconderoga», terminando por girar silenciosamente en un vacío etéreo, como ha de sucedernos a todos un día. Pero Pnin tenía planes aún más ambiciosos; soñaba por ejemplo, con poseer un sillón y una lámpara de pie. No obstante, al volver de Washington, después de dar clases un verano, y entrar en su oficina, encontró un perro obeso durmiendo en la alfombra y sus muebles relegados a la parte más oscura de la sala, para dejar sitio a un magnífico escritorio de acero inoxidable y a una silla giratoria que le hacía juego. En ella se hallaba instalado, sonriéndose a sí mismo, el estudioso austríaco recientemente importado, doctor Bodo von Falternfels; desde entonces, la Oficina R perdió su encanto para Pnin.

5

A mediodía, siguiendo su costumbre, Pnin se lavó las manos y la cabeza. Recogió en la Oficina R su abrigo, su bufanda, su libro y su portadocumentos. El doctor Falternfels, entretanto, escribía sonriendo; su sandwich estaba a medio desenvolver; su perro había muerto.

Pnin bajó la tenebrosa escalera y atravesó el Museo de Escultura. La Facultad de Humanidades, en la que también se emboscaban la de Ornitología y la de Antropología, se comunicaba por corredores un tanto rococó con otro edificio de ladrillo, el Hall Frieze, que albergaba los comedores y el Club de la Facultad. Había que subir una pendiente, torcer en un ángulo agudo y continuar avanzando hacia un conocido olor a papas fritas y hacia las deprimentes comidas dietéticamente equilibradas. En verano los corredores renacían con sus flores temblorosas, pero ahora un viento helado atravesaba su desnudez y alguien había puesto un guante rojo extraviado en la espita de la fuente que se hallaba en aquella parte del corredor que conducía a la casa del Rector.

El rector Poore era bastante alto, lento, de edad avanzada; usaba anteojos oscuros; dos años antes había comenzado a perder la vista y ya estaba casi ciego. No obstante, con regularidad solar, era llevado todos los días por su sobrina y secretaria al Hall Frieze; llegaba revestido de dignidad como una figura arcaica, aproximándose en medio de su oscuridad a un almuerzo invisible. Y aunque hacía tiempo que todos se habían habituado a su trágica entrada, invariablemente se producía la sombra de un silencio mientras lo guiaban a su silla tallada y él buscaba a tientas el borde de la mesa. Resultaba extraño ver en la pared, directamente detrás suyo, su retrato estilizado, en traje malva y zapatos color caoba, mirando con radiantes ojos los pergaminos que le pasaban Richard Wagner, Dostoievski y Confucio. Oleg Komarov, del Departamento de Bellas Artes, había pintado ese grupo diez años antes y lo había sumado al célebre mural de Lang, que databa de 1938 y se extendía por la sala en un desfile de figuras históricas y de miembros de las diversas Facultades de Waindell.

Pnin, que deseaba preguntar algo a su compatriota, se sentó a su lado. Este Komarov, hombre de baja estatura, hijo de cosacos, tenía nariz de calavera y usaba el cabello cortado a lo marinero. Su mujer, Serafina, moscovita de nacimiento, era maciza y alegre, y llevaba colgado, de una cadena de plata, un amuleto tibetano que le llegaba hasta el amplio y blando vientre. Solían dar fiestas rusas, con *hors-*

d'oeuvre rusos, música de guitarras y cantos populares más o menos espúreos. En esas ocasiones enseñaban a los tímidos estudiantes graduados los ritos para beber vodka y otros rusianismos añejos; al encontrarse después de esas reuniones con el ceñudo Pnin, Serafina y Oleg (alzando ella los ojos al cielo y cubriéndose él los suyos con una mano) murmuraban con extática congratulación: «*Gofpodi, skol'ko mi im dayomf*» (¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas les enseñamos!) representando «les» al ignorante pueblo americano. Solamente otro ruso podía comprender la mezcla reaccionaria y soviétófila que ofrecían los Komarovi con su pseudo-colorido. Para ellos, la Rusia ideal consistía en el Ejército Rojo, un monarca consagrado, fincas colectivas, antropología, la Iglesia Rusa y el Dique Hidroeléctrico. El estado habitual de Pnin y Oleg era el de una guerra no declarada, pero los encuentros eran inevitables; y aquellos colegas americanos que consideraban «grandes tipos» a los Komarovi y remedaban al grotesco Pnin, estaban seguros de que el pintor y Pnin eran excelentes amigos.

Difícil sería decir, sin recurrir a pruebas especiales cuál de ellos, Pnin o Komarov, hablaba peor inglés; probablemente Pnin. Pero por razones de edad, de educación general y de una etapa ligeramente más prolongada de ciudadanía americana, este último podía corregir las frecuentes interpolaciones inglesas de Komarov, y Komarov se resentía aún más por este hecho que por el *antik-varniy liberalizm* de Pnin.

—Mire, Komarov (*Poslushayte, Komarov*: manera algo descortés de dirigirse) —dijo Pnin—. No puedo comprender quién puede necesitar aquí este libro; por cierto ninguno de mis alumnos; y si es usted, no entiendo para qué le puede servir.

—Yo no — repuso Komarov dando una ojeada al volumen—. No interesado — agregó, en inglés.

Pnin movió silenciosamente los labios y la mandíbula inferior; una o dos veces quiso decir algo, no lo dijo, y siguió comiendo su ensalada.

6

Como era martes, Pnin podía marcharse a su lugar favorito inmediatamente después del almuerzo y quedarse ahí hasta la hora de comer. Ningún corredor comunicaba la Biblioteca de la Universidad con otros edificios, pero ella estaba íntima y firmemente conectada con el corazón de Pnin. Caminó más allá de la gran figura de bronce del primer rector de la Universidad, Alpheus Frieze Que, con gorra y pantalón corto sostenía, del manubrio, la bicicleta de bronce a que eternamente se aprestaba a subir, a juzgar por la posición de su pie izquierdo pegado para siempre al pedal. Había nieve en el asiento y en el absurdo cesto que algún bromista coleara de las barras del manubrio.

—*Huligani* —dijo Pnin, furioso, moviendo la cabeza, y resbaló ligeramente en una losa del sendero que bajaba, en meandros, por un declive cubierto de césped entre olmos sin follaje. Además del gran volumen que llevaba bajo el brazo derecho, asía con la mano izquierda su portadocumentos, un viejo *portfel* negro cuyo aspecto sugería la Europa Central, y al que balanceaba rítmicamente de la manilla de cuero mientras se dirigía hacia sus libros, hacia su *schploh* lleno de folletos y hacia su paraíso de erudición rusa.

Una bandada elíptica de palomas grises describió círculos en el cielo límpido y claro contra el que se destacaba la Biblioteca Universitaria. Un tren silbaba a lo lejos con la misma tristeza que en las estepas. Una ardilla traviesa se precipitó a un manchón de nieve iluminado por el sol; cerca, la sombra de un tronco, verde oliva en el césped, se tornaba azul grisácea, mientras el árbol mismo, con una expresión viva y crepitante, se alzaba desnudo hacia el cielo donde las palomas pasaban por tercera y última vez. La ardilla, invisible ahora en una bifurcación, parloteó protestando contra los delincuentes que la habían expulsado del árbol. Pnin volvió a resbalar en el hielo negro y sucio del sendero enlosado, alzó un brazo en una abrupta convulsión, recobró el equilibrio, y, con una sonrisa solitaria, se agachó a recoger el Zol. Fond. Lit. Este se había abierto en una instantánea de León Tolstoy: Tolstoy atravesaba una pradera rusa vuelto hacia la máquina fotográfica, y, tras de él, varios caballos de largas crines también volvían hacia el fotógrafo sus inocentes cabezas.

V boyu li, v stranstvü, v volnah? «¿En la lucha, de viaje, o en medio de las olas?» Royendo suavemente su plancha de dientes, lúe aún retenía una ligosa capa de queso, Pnin subió los resbaladizos peldaños de la Biblioteca.

Como tantos otros universitarios envejecidos, hacía tiempo que Pnin había dejado de reparar en la presencia de estudiantes en los jardines, en los corredores, en la Biblioteca; resumiendo: no los veía jamás, salvo en las concentraciones funcionales de las salas de clase. Al principio lo perturbó profundamente el espectáculo de aquellos que, con sus pobres cabezas jóvenes sumidas en los

antebrazos, dormían entre las ruinas del saber. Pero ahora, salvo una que otra nuca bien formada de muchacha, no veía a nadie en la Sala de Lectura.

Mistress Thayer se encontraba en el escritorio atendiendo al público. Su madre había sido prima hermana de la madre de Mistress Clements.

—¿Cómo está, profesor Pnin?

—Muy bien, mistress Fire.

—Laurence y Joan no han regresado aún, ¿verdad?

—No. Traje este libro porque he recibido una tarjeta...

—Me pregunto si la pobre Isabel se divorciará...

—No sé nada. Mistress Fire, permítame preguntarle...

—Supongo que tendremos que buscarle otra habitación a usted, si la traen a vivir con ellos.

—Mistress Fire, permítame hacerle una pregunta. Esta tarjeta que recibí ayer... ¿podría decirme usted quién es el otro lector?

—Voy a ver.

Revisó. El otro lector resultó ser Timofey Pnin; el Volumen 18 había sido solicitado por Pnin el viernes anterior. También era cierto que este Volumen 18 aparecía como entregado a este Pnin, y no al otro, que lo tenía desde Pascua y que ahora, con las manos sobre el libro, se asemejaba al retrato de los antepasados de un magistrado.

—¡No puede ser! —exclamó Pnin—. Yo pedí el viernes el Volumen 19, año 1947, no el Volumen 18, año 1940.

—Pero escúcheme: usted escribió Volumen 18. De todos modos el 19 está todavía en el taller de encuademación. ¿Se quedan con éste?

—18, 19 — murmuró Pnin—. No hay gran diferencia. Puse el año correctamente: ¡eso es lo importante! Sí, siempre necesito el 18. Envíeme una tarjeta más eficaz cuando el 19 sea disponible.

Gruñendo un poco, llevó el voluminoso y humillado libro a su sitio favorito, donde lo depositó envuelto en su bufanda.

—No saben leer estas mujeres. El año estaba claramente escrito.

Siguiendo su costumbre, pasó a la Sala de Periódicos y recorrió las noticias en el último número (sábado 12 de febrero, y ese día era martes. ¡Oh, descuidado lector!) del informativo en lengua rusa que publicaba diariamente y desde 1918, un grupo de emigrados rusos de Chicago. Como siempre, estudió cuidadosamente los avisos. El doctor Popov, retratado con su blanco delantal nuevo, prometía a los ancianos vigor y alegría. Una tienda de discos enumeraba grabaciones rusas para la venta, tales como *Vida Rota*, *Vals* y *El Canto de un Chófer de Primera Línea*. Un empresario de pompas fúnebres, un tanto gogoliano, ensalzaba sus carrozas de lujo, también disponibles para paseos campestres. Otro personaje gogoliano, en Miami, ofrecía un «departamento de dos ambientes para abstemios (dlya trezvich) entre flores y árboles frutales», mientras en Hammond se alquilaba melancólicamente un cuarto «perteneciente a una pequeña y tranquila familia...» Pnin, sin que mediara razón especial alguna, recordó, de súbito, con una lucidez grotesca y apasionada, a sus padres, el doctor Pavel Pnin y Valeria Pnin; a él, con su revista médica, á ella, con su revista política, sentados frente a frente, en sendos sillones, en un salón pequeño, pero alegremente iluminado de la calle Galernaya, en San Petersburgo, cuarenta años atrás.

También leyó el editorial: una controversia enormemente larga y tediosa entre tres facciones de emigrados. La discusión había empezado porque la facción A acusaba a la facción B de inercia, acusación que ilustrara con el proverbio: «Desea trepar por el abeto, pero teme rasguñarse las piernas». Esto provocó una ácida Carta al Editor, firmada por «Un Viejo Optimista», titulada «Abetos e Inercia», y que comenzaba así: «Hay un antiguo dicho americano: "El que vive en casa de vidrio debe abstenerse de matar dos pájaros de una pedrada..."» En la edición que estaba leyendo Pnin aparecía un feuilleton de dos mil palabras, contribución de un representante de la facción C, encabezado así: «Sobre Abetos, Casas de Vidrio y Optimismo». Pnin lo recorrió con vivo interés y simpatía.

Después retornó a su cubil y a su propia investigación.

Proyectaba escribir una *Petite Histoire* de la cultura rusa, en la que presentaría una selección de curiosidades, costumbres, anécdotas literarias rusas, etc., de modo que reflejaran, en miniatura, la *Grande Histoire* (acontecimientos importantes). Todavía se hallaba en el estado beatífico de reunir material, y eran muchos los jóvenes bien intencionados que consideraban con placer y un honor ver a Pnin sacar un cajón de catálogos del seno generoso de una kardex y llevarlo, como una nuez enorme, a un rincón oculto, donde empezaba a saborear su banquete intelectual. Ora movía los labios haciendo

comentarios mudos: crítico satisfecho, perplejo; ora alzaba sus rudimentarias cejas, dejándolas olvidadas en lo alto de su frente espaciosa hasta después de que hubiera desaparecido toda huella de duda o desagrado. Era una suerte para él encontrar, se en Waindell. A fines del siglo XIX, el eminente bibliófilo y eslavista John Thurston Todd, cuyo busto barbudo presidía la fuente del parque, había visitado la hospitalaria Rusia, y, después de su muerte, los libros que allá había acumulado se deslizaron calladamente hasta formar ese hacinamiento ignorado y remoto. Con guantes de goma para evitar la descarga de la electricidad *amerikanski* en el metal de los estantes, Pnin cogía esos libros y se deleitaba con ellos: oscuras revistas de la vertiginosa década del 1860-69 encuadernadas con tapas de madera que imitaban el mármol, monografías históricas de un siglo atrás, cuyas páginas somnolientas estaban salpicadas de manchas de moho; clásicos rusos con horribles y patéticas encuademaciones de camafeo, cuyos relamidos perfiles de poetas hacían que Timofey, con los ojos húmedos, recordara su infancia cuando solía palpar, en la cubierta del libro, las patillas algo excoriadas de Pushkin o la nariz tiznada de Zhukovski.

Del voluminoso trabajo de Kostromskoy (Moscú, 1855), sobre mitos rusos — libro raro que no podía sacarse de la Biblioteca—, Pnin se puso a copiar un pasaje referente a los antiguos juegos paganos que en ese tiempo aún se practicaban en las regiones boscosas del Volga Superior, juegos situados en los límites mismos del ritual cristiano. Durante una festiva semana de mayo, la, llamada Semana Verde, que se confundía con Pascua de Pentecostés, las doncellas campesinas tejían guirnalda de dedales de oro y orquídeas silvestres; después, entonando trozos de antiguas canciones de amor, las colgaban de los sauces junto al río; por último, el Domingo de Pentecostés las echaban al río donde, desenvolviéndose, flotaban como serpientes mientras las doncellas nadaban y cantaban entre ellas.

En este punto sorprendió a Pnin una curiosa asociación verbal; no pudo asirla de su cola de sirena, pero hizo una anotación en su fichero y se enfrascó nuevamente en Kostromskoy.

Cuando volvió a alzar los ojos era hora de comer.

Quitándose las gafas, se restregó, con los nudillos de la mano con que las sostenía, sus ojos fatigados, y, aún pensativo, fijó su mirada mansa en la alta ventana, donde, gradualmente, a través de su lánguida meditación, había ido apareciendo el aire azul violeta del crepúsculo, incrustado de plata por el reflujo de las luces fluorescentes de la sala y una espejeante hilera de brillantes lomos de libros entre negras y delgadas ramitas.

Antes de abandonar la Biblioteca, Pnin resolvió consultar la pronunciación correcta de «interesado» y descubrió que el *Webster*, o al menos la maltrecha edición de 1930 que había sobre la mesa de la sala de consulta no colocaba el acento en la tercera sílaba como él. Buscó al final una lista de erratas; no la encontró; y al cerrar el enorme diccionario se dio cuenta, sobresaltado, de que había emparedado entre sus páginas la ficha llena de anotaciones que había conservado en su mano durante toda la lectura. Tendría que buscar y rebuscar a través de 2.500 páginas, muchas de ellas desgarradas. Al oír su interjección, el suave bibliotecario, míster Case, flaco, canoso, de rostro sonrosado y moño, se acercó, tomó el colosal diccionario por sus extremos, lo invirtió, le dio una ligera sacudida y, acto seguido, cayó una peineta de bolsillo, una tarjeta de Pascua, las notas de Pnin y el diáfano espectro de un papel de seda que descendió, con infinita indiferencia, hasta los pies de Pnin, y fue repuesto por Mr. Case entre los Grandes Timbres de los Estados Unidos y territorios.

Pnin se echó al bolsillo la ficha y, al hacerlo, recordó espontáneamente la asociación verbal que se le había escapado hacía un momento: *Pitia i pela, pela i plila...* (Ella flotaba y cantaba, ella cantaba y flotaba...)

¡Evidentemente! ¡La muerte de Ofelia! ¡Hamlet! ¡En la vieja traducción rusa del buen Andrej Kroneberg, 1844, alegría de la juventud de Pnin y de los años mozos de su padre y su abuelo! «Y aquí, como en el pasaje de las fiestas paganas, de Kostromskoy, hay también — si mal no recuerdo — un sauce y guirnalda. Pero, ¿dónde poder comprobarlo?» ¡Ay...! La «*Gamlet*» *Vil'y ama Shekspira* no había sido comprada por míster Todd, por lo que no estaba en la Biblioteca de la Universidad de Waindell. Y cada vez que uno se veía obligado a buscar algo en la versión inglesa, jamás encontraba tal o cual línea hermosa, noble, sonora, tal como recordaba que aparecía en el texto de Kroneberg, en la espléndida edición de Vengerov. ¡Lamentable!

Ya había anochecido en los tristes jardines. Arriba, en los cerros distantes y más tristes aún, se demoraba un trozo de cielo! nacarado bajo un banco de nubes. Las luces desgarradoras de Waindellville, palpitando en un pliegue de esos cerros oscuros, les prestaban su acostumbrado hechizo, aunque, en realidad — bien lo sabía Pnin — cuando se llegaba al sitio no había más que una hilera de casas de ladrillo, una estación de servicios, un salón de patinar y un supermercado. Mientras se encaminaba a la

pequeña taberna de «Library Lane» para servirse un gran trozo de jamón de Virginia y una buena botella de cerveza, Pnin se sintió de pronto muy fatigado. No sólo el tomo del Zol. Fond. LII, pesaba más después de su visita a la Biblioteca, sino que algo oído a medias en el curso del día, y a lo que no había estado dispuesto a prestar atención, ahora le molestaba y oprimía, como lo hace retrospectivamente un error cometido, una descortesía en que se haya incurrido o una amenaza que hemos preferido ignorar.

7

Después de una segunda botella bebida sin apresuramiento, Pnin debatió consigo mismo lo que haría a continuación, o mejor dicho, medió en un debate entre el Pnin mentalmente agotado, que dormía mal desde varias noches atrás, y un Pnin insaciable, que deseaba continuar leyendo en casa, como siempre, hasta que el tren de las 2 A. M. ascendía gimiendo por el valle. Por fin decidió que se iría a la cama apenas presenciara el programa que los vehementes Christopher y Louise Starr presentaban martes por medio en el New Hall: música selecta y películas escogidas de entre las menos vulgares, programa que el rector Poore, respondiendo a una absurda crítica que le hicieran el año anterior, había designado como «el más inspirador y más inspirado intento en toda la comunidad académica.»

El Zol. Fond. hit. dormía ahora en el regazo de Pnin. A su izquierda tenía a dos estudiantes hindúes y, a su derecha, a la pícara hija del profesor Hagen, matriculada en Drama. Felizmente, Komarov estaba demasiado lejos para que pudieran oírse sus triviales observaciones.

La primera parte del programa, compuesta por tres películas cortas muy antiguas, aburrió a nuestro amigo: ese bastón, ese sombrero hongo, esa cara blanca, esas cejas negras arqueadas, esas narices de aletas palpitantes, no le decían nada. Ya danzara el cómico incomparable rodeado de ninfas encollaradas junto a un cacto amenazante; ya fuera un hombre prehistórico (cuya única diferencia con el anterior consistía en la metamorfosis de su flexible gastón, que ahora era un garrote); ya lo fulminara Mack Swain con su mirada en un histérico club nocturno, Pnin, anticuado y carente de humor, permanecía indiferente. «Payaso», se dijo, con desprecio. «Hasta Glupishkin y Max Linder eran mejores cómicos que éste.»

La segunda parte del programa era un impresionante film documental soviético. Data de 1949 y se presumía que no contenía ninguna propaganda; que fuera arte puro, un despliegue de alegría y la euforia de un soberbio trabajo. Muchachas hermosas y desaliñadas marchaban en un Festival de Primavera enarbolando estandartes que tenían trozos de antiguas baladas rusas como *Ruki proch ot Korei*, *Bas les mains devant la Coree*, *La paz vencerá a la guerra*, *Der Friede besiegt den Krief*. Apareció después una ambulancia aérea cruzando una cordillera nevada en Tajikistan. Actores de Kirghiz visitaban un sanatorio entre palmeras, para mineros del carbón, y en ese escenario improvisaban una espontánea representación. En un pastizal situado en algún punto de la montañosa Ossetia legendaria, un pastor informaba al Ministro de Agricultura de la República, por medio de una radio portátil, del nacimiento de un cordero. El Metro de Moscú zumbó entre estatuas y columnas, y seis presuntos viajeros que descansaban en tres bancos de mármol. La familia de un operario de fábrica pasaba una tarde hogareña: todos vestían de gala, y en el salón, cuajado de plantas ornamentales, resplandecía una gran pantalla de seda. Ocho mil entusiastas del fútbol observaban un campeonato entre el Torpedo y el Dínamo. Ocho mil ciudadanos, en la Planta de Equipo Eléctrico de Moscú, designaban unánimemente a Stalin como candidato del Distrito Elector de Stalin en Moscú. El último modelo Zim de pasajeros salía de la fábrica con la familia y los amigos de un obrero para llevarlos a un paseo campestre. Y entonces...

«No debo, no debo. ¡Oh! Es estúpido», se dijo Pnin, al sentir que sus glándulas lagrimales, incomprensible, ridícula y humillantemente, descargaban su fluido infantil, ardiente e incontrolable.

En un deslumbramiento de luz solar que se proyectaba en dardos vaporosos entre los troncos blancos de los abedules, en medio de una luz que impregnaba el follaje pendular, temblando en pequeños círculos sobre la corteza, derramándose en el pasto, humeando entre las cerezas arracimadas que florecían y se esfumaban, un selvático bosque ruso rodeaba a un caminante. Lo atravesaba un sendero antiguo, con dos surcos suaves y un ir y venir ininterrumpido de setos de margaritas. Un peregrino podía seguir ese camino con el pensamiento mientras volvía cansado a su anacrónica habitación. Otra vez era Pnin el joven que con un grueso volumen bajo el brazo había recorrido esos bosques. El camino emergía al toque de esa luminosidad amada, libre y romántica de un vasto campo que el tiempo no había podido segar. Sacudiendo sus plateadas crines, entre las altas flores se alejaban caballos galopantes. Cuando le sobrevino el sueño, Pnin estaba bien acomodado en su cama, con dos despertadores al lado en su mesa de noche, uno puesto a las 7,30 y el otro a las 8.

En esos momentos, Komarov, de camisa azul celeste, se inclinaba sobre la guitarra que estaba afinando. Se celebraba un cumpleaños, y el calmoso Stalin decidía quienes llevarían el palio gubernamental. «En la lucha, de viaje, en medio de las olas o en Waindell...» «¡Maravilloso!», comentó el doctor Bodo von Falternfels, alzando la cabeza de lo que escribía.

Pnin ya se había deslizado a una especie de aterciopelado olvido cuando fuera sucedió algo terrible: gimiendo y oprimiéndose la frente, una estatua hacía un ruido infernal porque se le había roto una rueda de bronce; entonces Pnin despertó y vio avanzar a través de las persianas a una caravana de luces y sombras gibosas. Se oyó el golpe de la puerta de un automóvil, se alejó un coche, una llave abrió la puerta frágil y transparente, y tres voces vibrantes hablaron a un tiempo; la casa y el quicio de la puerta del cuarto de Pnin se iluminaron. Esto era una demencia, una locura. Amedrentado e indefenso, sin su plancha de dientes y en camisa de dormir, Pnin oyó el roce de una valija en la escalera, y luego el ruido de un par de pies jóvenes trepando los peldaños familiares. Ya se podía oír una respiración ansiosa... Y la felicidad del regreso al hogar después de haber pasado el verano en un tedioso campamento habría impulsado a Isabel a abrir la puerta del cuarto de Pnin de un puntapié, si no la hubiera detenido a tiempo una fingida carraspera de su madre.

CAPITULO CUARTO

1

El Rey, su padre, con la blanca camisa de sport abierta y una chaqueta negra liviana, estaba sentado frente a un escritorio espacioso cuya bruñida superficie duplicaba inversamente la mitad superior del grande-hombre, convirtiéndolo en una especie de carta de naipes. Varios retratos de antepasados oscurecían las paredes de la vasta sala empapelada. En cierto modo, ésta no dejaba de parecerse a la sala de estudios del Saint Bart-College, ubicado en la costa del Atlántico, a unas tres mil millas al oeste del imaginario palacio. Un chaparrón primaveral azotaba las ventanas de hojas, y, más allá, el joven follaje se había tornado todo ojos y chorreaba agua estremeciéndose. Sólo esa sábana de lluvia parecía separar y proteger al palacio de la revolución que conmovía desde hacía días a la ciudad... Al margen de los ensueños, el padre de Victor era un lunático médico refugiado, con quien el niño simpatizaba poco y a quien no había visto durante casi dos años.

El Rey (un padre mucho más plausible) había decidido no abdicar. No había periódicos. El Expreso de Oriente, con todos sus pasajeros, se hallaba detenido en una estación suburbana, y en el andén pintorescos campesinos reflejados en los charcos contemplaban boquiabiertos las ventanas encortinadas de los carros largos y misteriosos. El castillo y sus jardines en terraplenes, la ciudad situada al pie del cerro palaciego y la plaza principal de la ciudad donde, a pesar de la inclemencia del tiempo, ya habían comenzado las decapitaciones y los bailes, todo se encontraba en el centro de una cruz cuyos extremos terminaban en Trieste, Graz, Budapest y Zagreb, como lo indicaba el Atlas Universal de Consultas Rápidas, de Rand McNally. En el centro de ese centro estaba el Rey, pálido pero sereno y, en general, muy semejante a su hijo, como este estudiante de preparatorias se imaginaba que sería a los cuarenta años. Pálido y sereno, con una taza de café en la mano, de espaldas a la ventana gris y esmeralda, el Rey escuchaba a un mensajero enmascarado. Era éste un noble corpulento y anciano, envuelto en una capa mojada, que se había abierto paso entre los rebeldes y la lluvia, desde la sitiada Sala del Consejo hasta el palacio aislado.

—¡La Abdicación es una tercera parte del alfabeto! —se mofó el Rey, con un dejo de acento extranjero—. Digo que no. Prefiero las letras de la palabra «exilio».

Dicho esto, el Rey, que era viudo, miró la fotografía que tenía sobre el escritorio. Representaba a una mujer ya fallecida, de grandes ojos azules y boca carmesí (era una fotografía en colores, indigna de un Rey, pero no importa). Las lilas, en floración repentina y prematura, golpeaban frenéticamente, como máscaras tapadas, los goteantes cristales. El anciano mensajero se inclinó, y se alejó retrocediendo y pensando para sus adentros si no sería más prudente abandonar la Historia y escapar a Viena, donde tenía algunas propiedades... Por supuesto, la madre de Victor no había muerto: había abandonado a su marido (el doctor Eric Wind, que a la sazón se hallaba en Sudamérica) y estaba por casarse en Buffalo con un hombre apellidado Church.

Victor se deleitaba cada noche con estas apacibles fantasías, procurando atraer el sueño a su helado cubil expuesto a todos los ruidos del inquieto dormitorio. Generalmente no alcanzaba a llegar al episodio crucial de la fuga, en el que el Rey solo (solus rex: así es como los fabricantes de problemas de ajedrez

designan la soledad real), se paseaba por una playa del Mar Báltico, en Cabo Tempestad, donde Percival Blake, alegre aventurero americano, había prometido ir a buscarlo en una potente lancha a motor. Y ciertamente, el acto mismo de posponer ese episodio emocionante y tranquilizador, la prolongación del embrujo coronando su reiterada fantasía, eran el mecanismo principal del efecto somnífero.

Las obvias fuentes de las fantasías de Victor eran: una película italiana hecha en Berlín para consumo americano, en la que un joven de ojos despavoridos y arrugado pantalón corto era perseguido a través de barrios sórdidos y ruinas y de uno o dos burdeles, por un agente de innumerables rostros; una versión de la Pimpinela Escarlata recientemente exhibida en *Sainte Martha*, el colegio de niñas más cercano; un cuento kafkiano anónimo Je una revista de avanzada, leído en voz alta, en clase, por míster penant, un inglés melancólico que ocultaba su pasado; y, en no menor grado, el residuo de antiguas y familiares alusiones a la fuga de los intelectuales rusos bajo el régimen de Lenin, treinta y cinco años antes. Estas fantasías lo habían afectado intensamente al principio, pero ahora se habían vuelto francamente utilitarias, una especie de somnífero simple y agradable.

2

Victor tenía ya catorce años, pero representaba dos o tres más, no por su estatura desgarrada que se aproximaba al metro ochenta, sino por su descuidada soltura, por una expresión de amable indiferencia en sus facciones nítidas aunque no hermosas, y por una ausencia completa de torpeza o encogimiento que, lejos de excluir la modestia o la reserva, prestaban luz a su timidez y una suave naturalidad a sus maneras tranquilas. Bajo su ojo izquierdo, un lunar pardo, del tamaño de un centavo, acentuaba la palidez de sus mejillas. No creo que amara a nadie.

En su actitud hacia su madre, el afecto apasionado de la infancia se había trocado, hacía tiempo, en una tierna condescendencia, y lo más que se permitía era un íntimo suspiro de irónica sumisión al destino cuando ella, en su inglés neoyorquino fluido y chispeante, lleno de sonidos nasales metálicos y suaves retornos a cálidos rusianismos, obsequiaba a extraños con cuentos que le había oído innumerables veces y que eran exagerados o falsos. Pero era más penoso aún cuando, ante esos mismos extraños, el doctor Eric Wind, que era un pedante completamente desprovisto de humor y consideraba su inglés (adquirido en un colegio alemán) impecablemente puro, paladeaba una frase chistosa y añeja diciendo «el charco» por el océano, con el aire confiado y picaresco del que otorga a su auditorio el don precioso de una sabrosa expresión familiar. Sus padres, en su calidad de psicoterapeutas, se esforzaban por representar a Layo y Yocasta; sin embargo, el niño resultó un mediocre Edipito. Para no complicar el triángulo del romance freudiano en boga (padre, madre, hijo), nunca habían mencionado al primer marido de Liza. Sólo cuando el matrimonio Wind principió a desintegrarse, más o menos por el tiempo en que Victor fue matriculado en Saint Bart, Liza informó a su hijo de que antes de salir de Europa había sido mistres Pnin. Le dijo, además, que su primer marido también había emigrado a América y que pronto lo vería. Y como toda alusión de Liza (abriendo sus ojos azules radiantes, sombreados por negras pestañas) adquiría un barniz de misterio y de esplendor, la figura del gran Timofey Pnin, sabio y caballero, que enseñaba un idioma prácticamente muerto en la famosa Universidad de Waindell, unas trescientas millas al noroeste de Saint Bart, adquirió en la hospitalaria mente de Victor un encanto especial, cierto parecido a esos reyes búlgaros o príncipes del Mediterráneo que solían ser expertos de fama mundial en mariposas o conchas marinas. Por esto sintió gran placer cuando el profesor Pnin inició con él una correspondencia regular y decorosa. Una primera carta vertida en hermoso francés, aunque plagada de motes de máquina, fue seguida por una tarjeta postal que representaba la Ardilla Gris. La tarjeta pertenecía a una serie educativa sobre Nuestros Mamíferos y Pájaros. Pnin adquirió la serie completa para dedicarla a esta correspondencia. Victor se alegró al aprender que «ardilla» proviene de una palabra griega que significa «cola de sombra». Pnin invitó a Victor a que lo visitara en las vacaciones siguientes, manifestándole que lo aguardaría en la estación de autobuses de Waindell. «Para ser reconocido», le escribió, en inglés, «apareceré con anteojos oscuros y tendré en la mano un portadocumentos negro con mi monograma en plata.»

El factor hereditario preocupaba morbosamente a Eric y a Liza Wind. En vez de enorgullecerse del genio artístico de Victor, ambos se atribulaban buscando su posible origen genético. El arte y la ciencia habían estado vívidamente representados en sus antepasados. ¿Debían, acaso, encontrar la huella de la pasión de Victor por los colores en Hans Andersen (sin parentesco con el danés de alcoba, que había sido pintor de vitrales en Lübeck antes de que se trastornara y creyera ser una catedral, poco después del

matrimonio de su amada hija con un joyero hamburgués de cabellos grises, autor de una monografía sobre zafiros y abuelo materno de Eric? ¿O era la precisión casi patológica de Victor con la pluma y el pincel un subproducto de la ciencia de los Bogolepov? Porque el bisabuelo de la madre de Victor, séptimo hijo de un pope rural, no había sido otro que ese genio singular, Feofilakt Bogolepov, cuyo único rival para el título de mayor matemático ruso fue Nicholay Lobachevsky. Esto daba que pensar.

El genio es disconformidad. A los dos años, Victor no trazaba garabatos en espiral para representar botones o troneras, como lo hacen millones de niños. El hacía sus círculos perfectamente redondos y cerrados. Si a un chico de tres años se le pide que copie un cuadrilátero, hace una esquina identificable y luego se contenta con hacer el resto del perfil ondulado o circular, pero Victor, a esa edad, no sólo copiaba el cuadrado propuesto por la investigadora (doctora Liza Wind), sino que, con exactitud despectiva, agregaba otro más pequeño junto al modelo. Nunca pasó por esa etapa inicial de actividad gráfica en que los niños dibujan Kopfüsler (personas con aspecto de renacuajos), o huevos con piernas en L y brazos que terminan en dientes de rastrillo; no, Victor eludía la figura humana, y cuando el papá (doctor Eric Wind) le exigía que retratara a la mamá (doctora Liza Wind), trazaba una ondulación adorable y decía que era la sombra de ella en el refrigerador nuevo. A los cuatro años desarrolló un método personal de puntillismo. A los cinco, empezó a dibujar objetos en perspectiva: una pared lateral abreviada en el primer plano, un árbol empujado por la distancia, un objeto ocultando a medias otro objeto. Y a los seis, Victor ya distinguía lo que tantos adultos jamás llegan a aprender: los colores de las sombras, la diferencia de tinte que hay entre la sombra de una naranja y la de una ciruela o una palta.

Para los Wind, Victor era un problema porque rehusaba ser problema. Desde el punto de vista de los Wind, todo varoncito siente un deseo ardiente de castrar a su padre y un impulso nostálgico de volver al vientre materno. Pero Victor no revelaba ningún desorden de conducta; no se pellizcaba la nariz, no se chupaba el pulgar, ni siquiera se mordía las uñas. El doctor Wind, con el fin de eliminar lo que él llamaba, como buen radiófilo, «la estática de la relación personal», hizo probar psicométricamente, en el Instituto, a su invulnerable hijo por un par de extraños, el joven doctor Stern y su sonriente esposa («Yo soy Louis y ésta es Cristina»). Pero los resultados fueron, o monstruosos, o nulos. El niño de siete años alcanzó en el Test de Godunov, llamado Dibujo de un Animal, una edad mental sin precedentes: 17 años; sin embargo, al someterlo al Test de Adultos de Fairview, demostró muy pronto la mentalidad de un chico de 2 años. ¡Cuánto cuidado, cuánta destreza e inventiva han concurrido a idear estas técnicas maravillosas! ¡Qué vergüenza da que algunos pacientes se resistan a cooperar! Hay, por ejemplo, el Test de Asociación Absolutamente Libre de Kent-Rosanoff, en que el pequeño Joe o la pequeña Joan deben responder a una palabra estimulante, tal como «mesa», «pato», «música», «enfermedad», «espesor», «bajo», «profundo», «largo», «felicidad», «fruta», «madre», «seta». Existe el juego encantador de Bievre, la Actitud de Interés, verdadera bendición para tardes de lluvia, en que el pequeño Sam o la pequeña Ruby deben poner una marquita frente a las cosas que les dan un poco de miedo, tales como «morir», «caerse», «soñar», «ciclones», «funerales», «padre», «noche», «operación», «dormitorio», «sala de baño», «convergencia», etc. Tenemos el Test Abstracto de Augusta Angst, en que se hace expresar al pequeñuelo (*das Kleine*) una lista de términos («gemidos», «placer», «oscuridad») en líneas sin relieve. Y también está, por supuesto, el Juego a las Muñecas, en que se dan a Patrick, o Patricia, dos muñecas idénticas de goma y un trocito de greda que Pat debe fijar en una de ellas antes de que el juego comience; y ¡oh, qué adorable casita de muñecas, con tantas habitaciones y con tal cantidad de objetos en miniatura! Si hasta hay una bacinica no mayor que una píldora, y un botiquín, y tenazas, y una cama de dos plazas, y un par de diminutos guantes de goma en la cocina; y se puede ser todo lo malo que se quiera con el muñeco-papá si se cree que le está pegando a la muñeca-mamá cuando apaga las luces del dormitorio. Pero el malvado Victor no jugaba con Lou y Tina; ignoraba las muñecas; borraba todas las palabras de la lista (lo que iba contra las reglas) y hacía dibujos que carecían de todo significado, incluso subhumano.

No se consiguió que Victor descubriera algo que interesase a los terapeutas en esos hermosos borrones de tinta de Rorschach, en que los niños ven, o debieran ver, toda clase de cosas: marinas, fugas, cabos, los gusanos de la imbecilidad, troncos de árboles neuróticos, zapatillas de goma eróticas, paraguas y palanquetas. Tampoco los bosquejos que trazaba al azar representaban la llamada mándala, término que, según se supone, significa (en sánscrito) «anillo mágico», y que el doctor Jung y otros aplican a cualquier garabato en forma de estructura desplegada que conste aproximadamente de cuatro elementos; por ejemplo: un mangostán partido, una cruz, la rueda en que los egos se rompen como Morfo, o, más exactamente, la molécula de carbono con sus cuatro valencias, que es el principal componente químico del cerebro, automáticamente ampliado y reflejado en el papel.

Los Stern informaron que «desgraciadamente, el valor psíquico de los Cuadros Mentales y las Asociaciones de Palabras de Victor se halla completamente oscurecido por las inclinaciones artísticas del niño». Y de ahí en adelante el pequeño paciente de los Wind, a quien le costaba conciliar el sueño y tenía mal apetito, pudo leer hasta pasada la medianoche y eludir el plato de cereales en la mañana, si así lo deseaba.

4

Cuando Liza planeó la educación escolar del niño, se había sentido solicitada por dos libidos: una, proporcionarle todos los beneficios de la psicoterapia infantil moderna; y otra, descubrir, entre las organizaciones americanas religiosas, la que más se aproximara a las sanas y melodiosas amenidades de la Iglesia Católica Griega, cuyas exigencias a la conciencia individual son nimias comparadas con los consuelos que ofrece.

El pequeño Victor fue primeramente a un kindergarten progresivo en Nueva Jersey; después, por consejo de algunos amigos rusos, a un externado en la misma ciudad. Este colegio estaba dirigido por un eclesiástico de la Iglesia Episcopal que era un educador sabio y bien dotado y simpatizaba con los niños geniales por extraños o bulliciosos que fuesen. Por cierto, Victor era singular, pero, en cambio, muy tranquilo. A los doce años, pasó a Saint Bartholomew.

En su aspecto físico, Saint Bart era una enorme masa de orgullosos ladrillos rojos, construida en 1869 en las afueras de Cranton, Massachusetts. Su cuerpo principal formaba tres costados de un gran cuadrilátero, y un claustro cerraba el cuarto. La portería, con sus gabletes, tenía un lado cubierto por la lustrosa yedra americana y terminaba, algo pesadamente, en una cruz céltica de piedra. La yedra ondulaba al viento como el negro pelaje de un caballo. Se supone ansiosamente que el matiz del ladrillo rojo se enriquece con el tiempo; el ladrillo del buen Saint Bart sólo se había ensuciado. Bajo la cruz, e inmediatamente arriba del arco de entrada, de aspecto sonoro, pero sin ecos, habían esculpido una especie de daga, tratando de representar el cuchillo carnicero que san Bartolomé, con aire de reproche, tiene asido en el Misal de Viena.

San Bartolomé, uno de los doce apóstoles, fue desollado vivo y expuesto a las moscas durante el verano del año 65 de la Era Cristiana, más o menos, en Albanópolis, ahora Derbent, en el sudeste de Rusia. Su ataúd fue lanzado al mar Caspio por un rey furibundo, pero navegó serenamente hasta la isla de Lípari, vecina a la costa de Sicilia, lo que tal vez sea una leyenda si consideramos que el Caspio ha sido un mar interior desde el Pleistoceno. Bajo esta arma heráldica, que más se asemejaba a una zanahoria apuntando a las alturas, había una inscripción en pulidos caracteres eclesiásticos: *Sursum*. De ordinario podía verse dos mansos perros pastores que pertenecían a uno de los maestros, y que estaban ligados por recíproco afecto, dormitar en esa Arcadia privada, en un prado delante de la puerta.

En su primera visita al colegio, Liza lo había admirado todo, desde los cinco patios y la capilla hasta las efigies de yeso de los corredores y las fotografías de catedrales en las salas de clase. Correspondían a los tres cursos inferiores unos dormitorios con ventanas en la alcoba, y en un extremo se hallaba la habitación de un profesor. Los visitantes no podían menos de admirar el hermoso gimnasio. También eran evocadores los estalos de encina y las vigas labradas del techo de la capilla, de estructura románica, que había sido donada medio siglo antes por Julius Schönberg, creador de una industria de tejidos y hermano del famoso egiptólogo Samuel Schönberg, que pereciera en el terremoto de Messina. Había veinticinco profesores. El rector, el reverendo Archibald Hopper, vestía de elegante gris-clerical en los días cálidos y cumplía sus deberes en feliz ignorancia de la intriga que estaba a punto de hacerle perder su cargo.

5

Aunque los ojos de Victor eran su órgano supremo, fue más bien mediante olores y sonidos como se imprimió en su conciencia la noción neutra de Saint Bart. En los dormitorios, se percibía un tufo mohoso y sordo de madera vieja barnizada; ruidos nocturnos en las alcobas — fuertes explosiones gástricas y chirridos de resortes en las camas—; la campana del vestíbulo, que a las 6,45 A. M. retumbaba en el vacío de un dolor de cabeza; el olor a idolatría y a incienso que escapaba del brasero o colgado de cadenas y de sombras de cadenas del cielo nevado de la capilla; la voz pastosa del reverendo Hopper mezclando sabiamente el refinamiento con la vulgaridad; el Himno 166: Sol de mi alma, que los novatos tenían que aprender de memoria; en lo ropería, el sudor inmemorial del cesto con ruedas que contenía la

provisión común de suspensores atléticos, horrible maraña gris de la que había que desenredar una faja para colocársela al principio del período deportivo; y los racimos de gritos ásperos y tristes en las cuatro canchas de juego.

Con un coeficiente intelectual de 181 y un promedio de 90, no le fue difícil a Víctor encabezar una clase de 36 alumnos y llegar a ser en realidad uno de los tres mejores pupilos del colegio. Sentía escaso respeto por la mayoría de sus profesores, pero reverenciaba a Lake, hombre inmensamente obeso, con cejas enmarañadas y manos velludas, que asumía una actitud de turbación sombría frente a los muchachos atléticos de encendidas mejillas. Víctor no era ni lo uno ni lo otro. Lake se había entronizado, como un Buda, en un estudio pulcro y original que más parecía sala de recibo de una galería de arte que taller. En sus paredes gris pálido no había más adorno que dos cuadros en idénticos marcos: una copia de la obra maestra fotográfica de Gertrude Kasebier: *Madre e Hijo* (1897), en que el niño angelical y auhelante mira hacia arriba, a la lejanía (¿a qué?) y una reproducción, en la misma tonalidad, de la cabeza de Cristo de Los Peregrinos de Emaús, de Rembrandt, con igual expresión, si bien un poco menos celestial, en los ojos y en la boca.

Lake había nacido en Ohio, estudiado en París y Roma y enseñado en Ecuador y Japón. Era un reconocido experto en arte, y quienes lo conocían se preguntaban por qué, durante los últimos diez inviernos, se había enterrado voluntariamente en Saint Bart. Aunque tenía el temperamento hurraño del genio, le faltaba originalidad y se daba cuenta de esa falla; sus pinturas parecían siempre imitaciones hábiles, si bien era difícil precisar qué estilo remedaba. Su profundo conocimiento de innumerables técnicas, su indiferencia por las «escuelas» y «tendencias», su desagrado por los charlatanes, su covicción de que no había gran diferencia entre una elegante acuarela de ayer y, digamos, el neoplasticismo convencional o el no-objetivismo banal de hoy, y de que nada importa fuera del talento individual, eran puntos de vista que hacían de él un profesor raro. Saint Bart no gustaba mucho de sus métodos ni de los resultados que obtenía, pero seguía manteniéndolo porque estaba de moda contar, por lo menos, con un excéntrico distinguido entre el personal docente. Una de las muchas cosas estimulantes que enseñaba Lake, era que el orden del espectro solar no es un círculo cerrado sino una espiral de tintes que van del rojo cadmio y los anaranjados, pasando por un amarillo estroncio y un verde pálido paradisiaco, a azules cobalto y violados, en cuyo punto la secuencia no se degrada nuevamente a rojo sino que pasa a otra espiral que comienza con una especie de gris lavanda y continúa con tintes cenicientos que trascienden a la percepción humana. Enseñaba que no existía tal cosa como una Escuela Cubista, Futurista o Surrealista. Que una obra de arte creada con cordeles, sellos de correo, un periódico izquierdista y estiércol de paloma se basa en una serie de trivialidades tediosas. Que nada hay más burgués ni más banal que la paranoia. Que Dalí es en realidad el hermano gemelo de Norman Rockwell, robado por gitanas en su infancia. Que Van Gogh es de segundo orden y Picasso, en cambio insuperable a pesar de sus inclinaciones comerciales; y que si Degas pudo inmortalizar una calesa, ¿por qué no podría Víctor Wind hacer otro tanto con un automóvil?

Una manera de realizar esto podría ser que el paisaje penetrara en el automóvil. Un sedán negro y lustroso era un buen motivo, especialmente si estaba detenido en la intersección de una calle flanqueada por árboles, bajo uno de esos cielos pesados de primavera, cuyos borrones de nubes grises y manchas azules amebiformes parecen tener más consistencia física que los olmos reticentes y el evasivo pavimento. Habría que descomponer la carrocería del coche en curvas y paneles separados; juntarlos después en términos de reflejos. Estos debían ser diferentes para cada parte: la de arriba desplegaría árboles invertidos con ramas esfumadas agarradas como raíces introduciéndose en un cielo acuoso, como de fotografía; un edificio que asemejara a una ballena nadando — éste sería un pensamiento arquitectónico secundario—; un lado del capot podría revestirse con una banda de intenso cobalto celeste; un sistema delicadísimo de ramitas negras se reflejaría en la superficie exterior de la ventana trasera y, en el parachoques, se alargaría una escena panorámica de desierto, un horizonte dilatado, una casa remota por aquí y, por allá, un árbol solitario. Lake designaba este proceso mimético e integrante como «la necesaria naturalización de las cosas hechas por el hombre». En las calles de Cranton, Víctor solía encontrar algún ejemplar adecuado de coche; daba vueltas a su alrededor; de pronto, el sol, oculto a medias, pero deslumbrante, se le unía; para la especie de robo que planeaba Víctor, no había mejor cómplice. En los cromados, en el vidrio de un foco ribeteado de luz, descubría una vista de la calle y de sí mismo, comparable con la versión microcósmica de una sala, con una vista dorsal de personajes diminutos reflejados en ese espejo pequeñito, convexo, mágico, especial, que, hace medio milenio, Van Eyck, Petrus Christus y Memling incorporaban en sus minuciosos interiores, detrás del agrio mercader o de la madona doméstica.

En la última edición de la revista del colegio había aparecido un poema de Victor sobre los pintores. Se ocultaba bajo el *nom de guerre* de Moinet y tenía por divisa: «Hay que evitar los malos rojos; aunque estén bien preparados, siempre son malos» (citado de un viejo libro sobre técnica pictórica, a pesar de que olía a aforismo político). El poema comenzaba así:

¡Leonardo! raras dolencias atacan al bermellón mezclado con el plomo; monjil palidez tienen hoy los labios de Mona Lisa, que ayer tan rojos hiciste.

Soñaba con suavizar sus pigmentos tal como lo hicieran los Viejos Maestros: con miel, jugo de higos, aceite de amapolas y baba de caracoles rojos. Amaba la acuarela y el óleo, pero desconfiaba del frágil pastel y de la ruda tempera. Estudiaba sus mezclas con el cuidado y la paciencia de un niño insaciable, de uno de esos aprendices de pintor (¡ahora es Lake quien sueña!) de cabellos rizados y ojos brillantes, que pasaban años moliendo colores en el taller de algún cielografo italiano, en un mundo de esmaltes ámbar y paradisiacos. A los ocho años había dicho a su madre que deseaba pintar aire. A los nueve había comprendido el deleite apasionado de esfumar tempera. ¿Qué le importaba que el suave claro-oscuro, nacido de valores velados y de subiónos translúcidos, hubiera muerto aprisionado por el arte abstracto y en la choza del horrible primitivismo? Cierta vez, colocó varios objetos en sucesión (una manzana, un lápiz, un peón de ajedrez, una peineta) detrás de un vaso con agua, y, a través de éste, escudriñó cada uno con minucia; la manzana roja se convertía en una nítida banda roja limitada por un horizonte recto: medio vaso de mar Rojo y de Arabia Félix. Si mantenía oblicuo el lápiz, éste se curvaba como una serpiente estilizada; pero si lo enderezaba, tornábase monstruosamente gordo, casi piramidal. Si movía de un lado a otro el peón negro, se dividía en un par de negras hormigas. La peineta, colocada verticalmente, producía el efecto de que el vaso estuviera lleno de un líquido bellamente estriado, un cóctel de cebra.

La víspera del día en que Victor debía llegar, Pnin entró en la tienda de artículos de deportes de la Calle Principal de Waindell, y pidió una pelota de fútbol. La petición parecía intempestiva, pero le mostraron una.

—No, no —dijo—. No quiero un huevo, ni tampoco, por ejemplo, un torpedo. Quiero una simple pelota de fútbol. ¡Redonda!

Y con las muñecas y las manos esbozó un globo terráqueo portátil. Era el mismo gesto que usaba en clase cuando hablaba de la «integridad armónica» de Pushkin.

El vendedor levantó un dedo y, en silencio, bajó una pelota de fútbol.

—Sí. Esta compraré —dijo Pnin, digno y satisfecho.

Con su adquisición envuelta en un papel pardo asegurado con cinta adhesiva, entró en una librería y pidió *Martin Eden*.

—Eden, Eden, Eden — repitió rápidamente la señora alta y morena que vendía, restregándose la frente—. Déjeme ver ¿Se refiere a un libro sobre el estadista inglés, o a otro?

—Quiero decir — explicó Pnin — una obra célebre del célebre autor americano Jack London.

—London, London, London —dijo la mujer, oprimiéndose las sienes.

Con la pipa en mano, su marido, un tal mister *Tweed* que escribía poesía dramática, acudió en su ayuda. Después de buscar un rato, desenterró de las profundidades polvorientas de su poco próspera tienda una antigua edición de *El Hijo del Lobo*.

—Es todo lo que tenemos de este autor —dijo.

—¡Extrañas — comentó Pnin — las vicisitudes de la celebridad! En Rusia, recuerdo, todos: niños, adultos, doctores, abogados, todos lo leían y releían. Este no es su mejor libro, pero okey, okey, lo llevaré.

Apenas llegó a la casa en que se hospedaba ese año, el profesor Pnin dejó la pelota y el libro sobre el escritorio de la pieza de huéspedes en que se alojaría Víctor, en el piso alto. Inclinando a un lado la cabeza, examinó los regalos. La pelota no se veía bien en su informe envoltura; la desenvolvió; ahora se veía su hernioso cuero. La pieza era ordenada y acogedora. A un colegial tenía que gustarle aquel cuadro de una bola de nieve derribando el sombrero de un profesor. La cama estaba recién hecha por la mujer encargada del aseo. El viejo Bill Sheppard, dueño de la casa, había subido desde el primer piso para atornillar gravemente una bombilla en la lámpara del escritorio. Por la ventana abierta entraba un viento tibio y húmedo; desde abajo oíase el ruido que hacía al correr un arroyuelo exuberante; iba a llover; Pnin cerró la ventana. En su propia habitación, situada en el mismo piso, encontró una nota. Era un telegrama de Victor transmitido por teléfono; decía que se retrasaría exactamente 24 horas.

Victor y otros cinco niños habían sido castigados, un hermoso día de las vacaciones de Pascua de Resurrección, por haber fumado en la buhardilla. Victor, que tenía el estómago delicado y algunas fobias

olfativas (ocultas hasta entonces cuidadosamente a los Wind), no participó, en el delito más allá de un par de bocanadas, pero había subido varias veces a la buhardilla prohibida con dos de sus mejores amigos: Tony Brade, Jr., y Lance Boke, ambos aventureros y bulliciosos. Se entraba por el cuarto de las maletas y se subía por una escala de hierro que daba a una gatera inmediatamente debajo del tejado. Desde ahí se hacía visible y tangible el esqueleto fascinador y extrañamente frágil del edificio, con todas sus vigas y tablas, un laberinto de rincones, sombras rebanadas y endebles listones sobre los cuales debía apoyarse el pie, provocando un ruido crepitante de yeso desalojado de los techos ocultos del piso inferior. El laberinto terminaba en una pequeña plataforma metida en un nicho en lo más alto de la buhardilla, entre un abigarrado revoltijo de viejos libros de tiras cómicas y cenizas recientes de cigarrillos. Las cenizas fueron descubiertas y los muchachos confesaron. Tony Brade, nieto de un famoso rector de Saint Bart, fue autorizado para salir ese día por razones de familia: un primo afectuoso quería verlo antes de partir a Europa. Cuerdamente, Tony pidió quedarse con los demás.

Como ya se ha dicho, el rector en tiempos de Victor era el reverendo míster Hopper, una nulidad agradable, de cabello gris y rostro fresco, muy admirado por las matronas de Boston. Mientras Victor y sus compañeros de aventuras comían con toda la familia Hopper, oyeron aquí y allá sutiles indirectas, especialmente en la voz modulada de mistress Hopper, que era inglesa y tenía una tía casada con un conde. Era posible — insinuaba mistress Hopper— que el reverendo se amainara y llevase a los seis niños a la ciudad a ver una película aquella última tarde, en vez de hacerlos acostarse tan temprano. Y después de la comida, con un guiño bondadoso, ella les indicó que acompañaran al reverendo, que se dirigía apresuradamente hacia el vestíbulo.

Los padres anticuados hubieran podido perdonar los azotes que Hopper había propinado una o dos veces, en su carrera breve y poco distinguida, a algunos alumnos especialmente difíciles; pero lo que ningún niño podía soportar era la mueca mezquina que torcía los labios del rector cuando, en ocasiones como ésta, por ejemplo, se detenía en su camino al vestíbulo para tomar una tela cuadrada y doblada prolijamente: su sotana y su sobrepelliz. El *station-wagon* estaba ante la puerta. «Para redoblar el castigo», según los niños, el hipócrita eclesiástico los invitó a asistir a un oficio religioso en Rudbern, a doce millas de distancia, en una iglesia fría y ante escasa concurrencia.

8

Teóricamente, el modo más sencillo de llegar a Waindell desde Cranton era partir en taxi a Framingham, tomar un tren rápido a Albany, y luego un tren local, por un tramo corto, en dirección noroeste. En realidad, el modo más sencillo era al mismo tiempo el menos práctico. Ya fuera porque entre esos ferrocarriles existiese una enemistad antigua y solemne, ya porque se hubieran unido para dar oportunidades a otros medios de comunicación, quedaba en pie el hecho de que, a pesar de todos los malabarismos que uno hiciera con los horarios, la espera más corta que podía lograrse entre uno y otro tren en la estación de Albany era de tres horas.

A las 11 A. M. partía un bus de Albany que llegaba a Waindell alrededor de las 3 P. M. Eso significaba tomar el tren de las 6,31 A. M. en Framingham. Victor presintió que no se levantaría a tiempo y tomó un tren algo más tardío y bastante más lento, que le permitió alcanzar en Albany el último autobús a Waindell y desembarcar allí a las 8,30 de la noche.

Llovió durante el camino y seguía lloviendo cuando llegó al terminal de Waindell. El carácter algo soñador y distraído de Victor hacía que ocupara en las colas el último lugar. Ya estaba habituado a esta desventaja, del mismo modo que uno se familiariza con la miopía o la cojera. Obligado a inclinarse por su elevada estatura, siguió sin impacientarse a los pasajeros que bajaban del autobús al asfalto brillante: dos señores abultados con impermeables semitransparentes, que parecían patatas envueltas en celofán; un niño de siete u ocho años, de nuca frágil y hundida y pelo corto; un anciano anguloso y tímido que desechó toda ayuda y bajó por partes; tres estudiantas de Waindell, de pantalones cortos y rodillas sonrosadas; la exhausta madre del niño frágil; varios pasajeros más y, por fin, Victor, con su maletín en la mano y dos revistas bajo el brazo.

En una arcada de la vieja estación, un hombre enteramente calvo, de tez tostada, anteojos oscuros y portadocumentos negro, se inclinaba en amistoso e interrogativo recibimiento ante el niño de cuello delgado, el cual, sin embargo, sacudía la cabeza y señalaba a su madre, que aguardaba que el equipaje saliera del vientre del autobús. Con timidez y buen humor, Victor interrumpió el *quid pro quo*. El caballero de la cúpula tostada se sacó las gafas, se enderezó y miró arriba, arriba, arriba, al alto, altísimo Victor, a sus ojos azules y a su cabello castaño rojizo. Los bien desarrollados músculos zigomáricos de Pnin

levantaron y redondearon sus bronceadas mejillas; su frente, su nariz y hasta sus grandes y hermosas orejas participaron en la sonrisa. Considerado en conjunto, el encuentro fue en extremo satisfactorio.

Pnin propuso que dejaran el equipaje y caminaran una manzana, si Víctor no temía a la lluvia (llovía fuertemente y el asfalto centelleaba en la oscuridad como un lago bajo árboles grandes y ruidosos). Supuso Pnin que para el niño sería una fiesta comer tarde en un restaurante.

—¿Llegó bien? ¿No tuvo aventuras desagradables? —Ninguna, señor. — ¿Tiene mucha hambre? —No, señor. No tanta.

—Mi nombre es Timofey —dijo Pnin mientras se acomodaba en una mesa junto a la ventana del viejo restaurante—. La segunda sílaba se pronuncia «maf»; con acento en la última sílaba, prolongando un tanto «ey». Timofey Pavlovich Pnin, quiere decir Timoteo hijo de Pablo. El patronímico lleva acento en la primera sílaba, el resto se abrevia: Timofey Pahlch. He reflexionado largamente — limpiemos estos cuchillos y tenedores con la servilleta — y he llegado a la conclusión de que usted debe llamarme simplemente mister Tim; o, más brevemente aún, Tim, como lo hacen algunos de mis simpáticos colegas. Es... ¿Qué quiere servirse? ¿Chuletas de ternera? Okey, también comeré chuletas de ternera. Naturalmente es una concesión a América, mi nueva patria, la maravillosa América que siempre sorprende pero que siempre provoca mi respeto. Al principio me resultaba embarazoso...

Al principio le molestó a Pnin la facilidad con que se barajan en América los nombres de pila. Después de una sola reunión que comienza con un trocito de hielo en unas gotas de whisky y termina con una cantidad de whisky con poquísimas gotas de agua de grifo, se espera que uno llame «Jim» a un extraño de cabello cano, mientras él corresponde con «Tim», ya para siempre. Y si a la mañana siguiente uno se olvida y le dice profesor Everett (que es para uno su verdadero nombre), lo considera un insulto imperdonable. Recordando a sus amigos rusos en Europa y Estados Unidos, Timofey Pahlch podía contar fácilmente hasta sesenta seres amados a quienes había conocido en la intimidad, digamos, desde 1920, y a quienes jamás había llamado de otro modo que Vadim Vadimich, Ivan Cristoforovich o Samuel Izrailevich, según fuera el caso, y que lo llamaban por su nombre y apellido con la misma efusiva simpatía, acompañada de un cálido apretón de manos, cada vez que se encontraban. —¡Ah, Timofey Pahlch! ¿Nu kak? (¿Qué tal?) A vi, baten'ka, zdorovo postareli (Bien, bien, viejo, a decir verdad, ¡no te ves más joven!).

Pnin habló mucho. Su charla no sorprendió a Víctor. Este había oído a muchos rusos hablar inglés, y no le molestaba el hecho de que Pnin pronunciara la palabra «familia» como si la primera sílaba fuera la del francés para «mujer».

—Hablo en francés con mucha más facilidad que en inglés —dijo Pnin—, pero, ¿vous comprenez le français? ¿Bien? ¿Assez bien? ¿Un peu?

—Très un peu — repuso Víctor.

—Lástima, pero no hay nada que hacer. Ahora le hablaré sobre deporte. La primera descripción del box en la literatura rusa la encontramos en un poema de Mihail Lermontov, nacido en 1814, muerto en 1841 (fácil de recordar). La primera descripción del tenis, en cambio, se encuentra en *Ana Karenina*, la novela de Tolstoy, más o menos en el año 1875. Cuando yo era joven, en la campiña rusa, latitud de Península Labrador, me dieron un racket para jugar con la familia del orientalista Gotovstev a quien quizá usted haya oído mencionar. Recuerdo que era un día espléndido de verano y jugamos, jugamos, jugamos hasta perder las doce pelotas. Usted también recordará el pasado con interés cuando sea viejo.

—Otro juego —prosiguió Pnin, azucarando generosamente el café — era, naturalmente, el *kroket*. Yo fui campeón de *kroket*. No obstante, el entretenimiento nacional favorito se llamaba *gorodki*, que significa «pequeñas ciudades». Me hace recordar un sitio en el jardín y la atmósfera maravillosa de la juventud. Yo era fuerte; vestía una camisa rusa bordada; nadie juega ahora esos juegos vigorizantes.

Terminó su chuleta y continuó con el tema:

—Se dibujaba un gran cuadrado en el suelo; ahí se colocaban, como si fueran columnas, trozos cilíndricos de madera, ¿sabe usted? En seguida, desde una distancia, se les lanzaba un palo grueso, muy duro, como un *boomerang*, con un movimiento amplio, amplio del brazo... Excúseme... Afortunadamente, es azúcar y no sal.

—Aún oigo — siguió Pnin, recogiendo el espolvoreador y moviendo ligeramente la cabeza ante la sorprendente persistencia de la memoria—, aún oigo el ¡trac!, el crujido cuando se daba en el blanco y las piezas de madera saltaban por el aire. ¿No va a terminar con la carne? ¿No le gusta?

—Está muy buena —dijo Víctor—, pero no tengo mucho apetito.

—Usted debe comer más, mucho más, si quiere ser buen jugador de fútbol.

—No me gusta mucho el fútbol. En realidad, lo detesto. A decir verdad, no sirvo para ningún juego.

—¿Usted no es un entusiasta del fútbol? —dijo Pnin, y una expresión consternada se extendió por su gran rostro expresivo. Comprimió los labios, los abrió, pero no dijo nada. Consumió en silencio los helados de crema de vainilla que carecían de crema y de vainilla.

—Tomaremos ahora el equipaje y un taxi —dijo. Apenas llegaron a la casa de los Sheppard, Pnin introdujo a Victor al salón y lo presentó apresuradamente al dueño, el viejo Bill Sheppard, ex Superintendente de Jardines y Canchas de la Universidad, que era totalmente sordo y usaba un aparato blanco en un oído; y a su hermano, Bob Sheppard, que llegara hacía poco de Buffalo para vivir con Bill cuando la esposa de éste falleció. Dejando a Victor con ellos por unos minutos, Pnin se precipitó escaleras arriba. La casa era de construcción liviana y los objetos de las habitaciones de abajo reaccionaron con varias vibraciones a los pasos enérgicos dados en el pasillo de los altos y al chirrido súbito de la persiana de una ventana de la pieza de huéspedes.

—Ahora, ese cuadro de ahí — estaba diciendo el sordo míster Sheppard, mientras indicaba con un dedo didáctico una gran acuarela borrosa—, representa la finca donde mi hermano y yo pasábamos los veranos hace cincuenta años. Fue pintada por una compañera de colegio de mi madre, Grace Wells. Su hijo, Charlie Wells, es dueño del hotel de Waindellville. Estoy seguro de que el doctor Pnin lo conoce; es un buen hombre. Mi difunta esposa también era artista. En seguida le mostraré obras de ella. Bueno. Ese árbol que hay ahí, detrás de la bodega... Usted apenas podrá divisarlo...

Hubo un estruendo horrible en la escalera. Pnin se había caído.

—En la primavera de 1905 —dijo míster Sheppard, mostrando la pintura con el Índice—, debajo de ese algodouero...

Observó que su hermano y Victor se precipitaban fuera de la pieza, hacia el pie de la escalera. El pobre Pnin había bajado de espaldas los últimos peldaños; permaneció alelado por un rato, moviendo los ojos de un lado a otro. Lo ayudaron a levantarse. No se había quebrado ningún hueso. Pnin sonrió y dijo:

—Es como la espléndida historia de Tolstoy. Usted debe leerla un día, Victor Ilych Golovin, quien sufrió una caída y tuvo en consecuencia riñon canceroso. Victor subirá ahora conmigo.

Victor lo siguió con la valija. En el rellano de la escalera había una reproducción de *La Berceuse*, de Van Gogh, y Victor, al pasar, le hizo un irónico saludo de reconocimiento. La pieza de huéspedes resonaba con el ruido de la lluvia que caía en las ramas fragantes, enmarcadas en la oscuridad de la ventana abierta. Sobre el escritorio había un libro envuelto y un billete de diez dólares. A Victor se le iluminó el rostro e hizo una inclinación de cabeza al ceñudo pero bondadoso invitante.

—Desenvuelva —dijo Pnin.

Victor obedeció con apresurada cortesía. Se sentó, luego, en el borde de la cama, con el cabello castaño rojizo cayéndole en mechones sedosos sobre la sien derecha, la corbata listada meciéndose fuera de la chaqueta gris, las abultadas rodillas separadas, y abrió el libro con entusiasmo. Se proponía elogiarlo, primero porque era un regalo, y, segundo, porque creía que era una traducción de la lengua materna de Pnin: Recordaba que en el Instituto Psicoterapéutico había un doctor Yakov London, de Rusia. Desgraciadamente, Victor dio con un pasaje sobre Zarinka, la hija del jefe indio de Yukón, y la tomó por una doncella rusa. «Fijaba sus grandes ojos negros en los hombres de su tribu con miedo y desconfianza. Era tan extremada la tensión, que habíase olvidado de respirar...»

—Creo que esto me va a gustar —dijo Victor, con amabilidad—. El verano pasado leí *Crimen y...*

Un bostezo joven distendió su boca, que sonreía esforzadamente. Con simpatía, con aprobación, con el corazón desgarrado, Pnin vio a Liza bostezando después de las alegres reuniones en casa de los Arbenin o de los Polyanski, en París, quince, veinte, veinticinco años atrás.

—No más lectura por hoy —dijo—. Sé que es un libro muy emocionante, pero usted leerá mañana. Le deseo buena noche. La sala de baño está al otro lado del pasillo.

Estrechó la mano de Victor y se fue a su habitación.

9

Seguía lloviendo. Todas las luces se habían apagado en la casa de los Sheppard. El arroyo de la quebrada detrás del jardín, que la mayor parte del tiempo no era más que un hilillo tembloroso, era ahora un torrente que daba volteretas en ávida carrera, llevando por corredores de hayas y de abetos las hojas caídas del año anterior, ramitas desnudas y una flamante y desdeñada pelota de fútbol que recién había rodado por el declive de césped, después que Pnin la arrojara por la ventana. A pesar del dolor de espalda, Pnin había logrado dormirse, y en el curso de uno de esos sueños que persisten en visitar a los fugitivos rusos, aunque haya pasado un tercio de siglo desde su huida de los bolcheviques, Pnin se vio

envuelto en una capa, huyendo a través de grandes charcas de tinta, bajo una luna estriada de nubes, desde un palacio quimérico y luego paseando por una playa desolada con su amigo ya muerto, Ilya Isodorovich Polyanski, mientras aguardaban que llegara una liberación misteriosa en la figura de una embarcación vibrante que surcara ese ominoso mar. Los hermanos Sheppard estaban despiertos en sus lechos contiguos, sobre sus colchones anatómicos; el más joven escuchaba la lluvia en la oscuridad y meditaba si conseguirían vender la casa con su techo sonoro y su jardín inundado; el mayor pensaba en el silencio, en un cementerio verde y húmedo, en una finca vieja, en un álamo que años atrás había tronchado un rayo, matando a John Head, un pariente lejano y desvaído. Víctor, por primera vez, se durmió en cuanto colocó su cabeza bajo la almohada; un novedoso remedio contra el insomnio que nunca aprendería el doctor Eric Wind (sentado en ese momento en un banco al lado de una fuente, en Quito, Ecuador). Alrededor de las 1,30, los Sheppard comenzaron a roncar, realzando el sordo cada expiración con un castañeteo final, varias notas más altas que la de su hermano, roncador modesto y melancólico. En la playa arenosa que Pnin seguía recorriendo (su amigo, preocupado, había vuelto a la casa en busca de un mapa), apareció, de pronto, la huella de unos pasos que venían a su encuentro, y se despertó con un gemido; le dolía la espalda. Ya eran las 4. La lluvia había cesado.

Pnin dio un suspiro en ruso, *okh-okh-okh*, y buscó una posición más cómoda. El viejo Bill Sheppard bajó a la pieza de baño del primer piso, hizo un ruido infernal y volvió fatigosamente a su dormitorio.

Luego todos se durmieron. Lástima que nadie presenciara el espectáculo en la calle vacía, donde la brisa de la aurora estriaba un gran charco luminoso y convertía los hilos telefónicos reflejados en el agua en negras líneas zigzagueantes e indescifrables.

CAPITULO QUINTO

1

Desde la terraza de una torre raras veces usada, «la torre del mirador», como se la llamaba antiguamente, situada en un cerro boscoso de ochocientos pies de altura, llamado monte Ettrick y perteneciente a uno de los Estados más bellos de Nueva Inglaterra, el aventurero turista veraniego (Miranda o Mary, Tom o Jim, cuyos nombres escritos con lápiz en la balaustrada estaban casi borrados), podía observar un vasto mar de vegetación, compuesto principalmente de robles, abetos, chopos y pinos. Unas cinco millas al oeste, la esbelta aguja de una iglesia marcaba el sitio donde se anidaba la pequeña ciudad de Onkwedo, famosa en otro tiempo por sus manantiales. Tres millas al norte, en un claro junto al río y al pie de una colina con pastizales, se podían distinguir las veletas de una ornamentada casa (conocida por sus varios nombres: Cook's Place, Castillo de Cook, o Los Pinos, su nombre original). Por el flanco sur del monte Ettrick, un camino estatal seguía hacia el este después de atravesar Onkwedo. Numerosos senderos y rutas de ceniza y ladrillo entrecruzaban el arbolado llano triangular limitado por la tortuosa hipotenusa de una ruta rural pavimentada que serpenteaba hacia el noreste desde Onkwedo a Los Pinos, el cateto mayor de la autopista estatal mencionada, y el cateto menor de un río atravesado por un puente de acero cerca de Mount Ettrick y por un puente de madera cerca de Cook's.

Un caluroso y triste día del verano de 1954 Mary o Almira, o, si se quiere, Wolfgang von Goethe, cuyo nombre había sido esculpido en la balaustrada por algún gracioso de antaño, podrían haber divisado un automóvil que se apartó del camino antes de llegar al puente, orientándose a tientas en ese laberinto de dudosas rutas. Se movía cautelosa y volublemente, y cada vez que cambiaba de parecer, disminuía la velocidad y levantaba una nube de polvo, como un burro que da coces con las patas traseras. A un espíritu menos comprensivo que el de nuestro supuesto observador habría parecido que ese sedán de dos puertas, azul pálido, ovoide, de edad incierta y de condición mediocre, era conducido por un idiota. No obstante, su chófer era el profesor Timofey Pnin, de la Universidad de Waindell.

Pnin había comenzado, a principios de año, a tomar lecciones de manejo en la Escuela de Chóferes de Waindell. Pero la «verdadera comprensión», como él lo expresara, sólo le había venido cuando, un par de meses más tarde, había sido relegado a la cama con la espalda dolorida y sin más que hacer que estudiar, con delección profunda, el Manual del Chófer, de cuarenta páginas, editado por el Gobernador del Estado, en colaboración con otro experto, y el artículo sobre «Automóvil», en la Enciclopedia Americana, con dibujos de transmisiones, carburadores, frenos y las fotografías de un miembro del Tour Glidden, *circa* 1905, encajado en el barro de un camino rural y rodeado por un ambiente depresivo. Entonces, y sólo entonces, le fue revelada la doble naturaleza de sus intuiciones iniciales, mientras yacía

en su lecho de enfermo, moviendo los dedos de los pies y cambiando velocidades imaginarias. Durante las lecciones que le diera el áspero instructor emitiendo órdenes innecesarias con ladridos de modismos técnicos, tratando de arrancarle el manubrio en las esquinas y persistiendo en irritar a un alumno sereno e inteligente con vulgares expresiones acusadoras, le fue imposible combinar el coche que conducía en la mente con el que manejaba en el camino. Ahora se fundieron por fin. Si bien fracasó la primera vez que rindió examen para obtener licencia para manejar, fue principalmente porque discutió inoportunamente con su examinador, para demostrarle que no había nada más humillante para una criatura racional que pedirle que procurara desarrollar un vil reflejo condicionado deteniéndose ante una luz roja cuando alrededor no había alma viviente, ni con zapatos ni sobre ruedas. La segunda vez fue más circunspecto y pasó. Una alumna irresistible; matriculada en su curso de lengua rusa, Marilyn Hohn, le vendió en cien dólares su humilde y viejo coche; se iba a casar con el dueño de una máquina mucho más imponente. El viaje entre Waindell y Onkwedo, con una noche pasada en una hostería, había sido lento y difícil, pero falto de acontecimientos. Inmediatamente antes de entrar en Onkwedo, se detuvo en una gasolinera y bajó para respirar aire de campo. Un cielo blanco, inescrutable, colgaba sobre un campo de trébol, y desde un montón de jeña próximo a un cobertizo llegaba el canto quebrado y sonoro de un gallo, verdadero dandy vocal. Una entonación casual del ave, ligeramente afónica, combinada con el viento cálido que choraba contra Pnin como si quisiera atraer su atención, le recordaron brevemente un día ya muerto, en que él, alumno de Primer Año en la Universidad de Petrogrado, había llegado a la pequeña estación de un balneario del Báltico; y los sonidos, y los olores, y la tristeza...

—Está sucio —dijo el empleado de brazos velludos mientras limpiaba el parabrisas.

Pnin sacó una carta de su billetera, desplegó el diminuto mapa rñimeografiado pegado a ella y preguntó al hombre a qué distancia estaba la iglesia donde se suponía que, torciendo a la izquierda, se llegaba a la propiedad de Cook. El parecido de ese empleado con el colega de Pnin en la Universidad de Waindell, el doctor Hagen, era impresionante. Se trataba de uno de esos parecidos que tienen tan poco sentido como una broma de mal gusto.

—Hay una manera mejor de llegar —dijo el falso Hagen—. Los camiones han estropeado ese camino y, además, a usted no le van a gustar las curvas. Siga adelante; atraviése la ciudad; cinco millas más allá de Onkwedo, apenas deje atrás el sendero de la izquierda que va monte Ettrick, y justamente antes de llegar al puente, doble a la izquierda. Es un buen camino de pedregón.

Dio una vuelta ágil alrededor del radiador y atacó el parabrisas con su estropajo desde el otro lado.

—Doble hacia el norte y siga hacia el norte en cada cruce; hay unos cuantos senderos de leñadores en esos bosques, pero siga tirando hacia el norte y llegará a lo de Cook en sólo doce minutos. No puede perderse.

Pnin llevaba ya más de una hora en ese laberinto de vías en medio del bosque y había llegado a la conclusión de que «seguir hacia el norte», y la palabra «norte» misma, no significaba nada. Tampoco pudo explicarse qué lo impulsó a él, un ser racional, a escuchar a un entrometido en vez de seguir perseverantemente las instrucciones (pedantes a fuerza de ser precisas), que su amigo Alexandr Petrovich Kukolnikov, conocido en la localidad como Al Kook, le había enviado junto con la invitación para que pasara el verano en su amplia y hospitalaria casa de campo.

Nuestro desventurado chófer estaba ya demasiado perdido para volver al camino estatal. Y como su experiencia era escasa para maniobrar en rutas angostas y fangosas con zanjas y hasta barrancos que abrían sus fauces a cada lado, sus variadas indecisiones y tanteos adoptaron ese aspecto grotesco que un observador, desde el mirador de la torre, habría contemplado con mirada compasiva. Pero no había criatura viviente en esa región impasible y desolada, salvo una hormiga que luchaba contra sus propias dificultades y que después de horas de inútil perseverancia, logró llegar a la solera de concreto (su autostrada), sintiéndose defraudada y perpleja, de un modo análogo al de ese absurdo coche de juguete que avanzaba más abajo. El viento había amainado. Bajo el cielo pálido, el mar de copas de árboles parecía no albergar vida alguna. No obstante, de pronto estalló un tiro de escopeta y una rama saltó al cielo. El alto y denso follaje del bosque comenzó a moverse con una serie de sacudidas y saltos, pasando la oscilación de un árbol a otro, hasta volver de nuevo a la calma. Pasó otro minuto y, entonces, todo sucedió al mismo tiempo: la hormiga encontró una ramita que descendía de la solera y comenzó a trepar con renovado celo; salió el sol, y Pnin, en la cima de la desesperanza, se encontró en un camino pavimentado donde, un letrado mohoso, pero aún legible, dirigía a los viajeros A Los Pinos.

Al Cook era hijo de Piotr Kukolnikov, acaudalado comerciante moscovita, con antecedentes de antiguo creyente, hijo de sus obras, mecenas y filántropo; el mismo famoso Kukolnikov que, bajo el último Zar, había sido encarcelado dos veces en una fortaleza bastante confortable por prestar ayuda económica a grupos Social-Revolucionarios, principalmente terroristas, y que fue muerto bajo Lenin acusado de ser un «espía del imperialismo» después de casi una semana de torturas medievales en una cárcel soviética. Su familia había llegado a Harbin, en América, alrededor de 1925; y el joven Cook, con serena perseverancia, sentido práctico y cierta preparación científica, llegó a ocupar una posición alta y segura en una gran fábrica de productos químicos. Era bondadoso, reservado, de contextura maciza, con un gran rostro inmóvil amarrado en el centro con unos pequeños quevedos y aparentaba lo que era: empresario, masón, jugador de golf y hombre próspero y prudente.

Hablaba un inglés neutro y correcto con un suave y lejano acento eslavo, y era un anfitrión encantador, de la especie silenciosa, con ojos chispeantes y una copa en cada mano. Sólo cuando su huésped era algún amigo ruso, muy antiguo y muy amado, Alexandr Petrovich discutía sobre Dios, Lermontov, la libertad, y revelaba un rasgo hereditario de impetuoso idealismo, que habría confundido grandemente al marxista que lo escuchara tras la puerta.

Se había casado con Susan Marshall, la hija rubia, voluble y atrayente del inventor Charles G. Marshall. Y como era imposible imaginar a Alexandr y a Susan de otro modo que criando una familia enorme y saludable, fue una sorpresa dolorosa para mí y otros amigos saber que, a consecuencia de una operación, Susan quedó estéril para siempre. Aún eran jóvenes; se amaban con una sencillez y una integridad de tiempos antiguos, con un amor cuya contemplación apaciguaba; y, en vez de poblar la finca de hijos y de nietos, reunían ahí, cada verano de los años pares, a rusos viejos (como si dijéramos a los padres y tíos de Cook) y, cada verano de los años nones, invitaban a *amerikantski* (americanos), conocidos de Alexandr, o parientes y amigos de Susan.

Pnin iba por primera vez a Los Pinos, pero yo había estado allí antes. Pululaban en la propiedad rusos emigrados, liberales e intelectuales salidos de Rusia alrededor de 1920. Se les encontraba en cada mancha de sombra, sentados en bancos rústicos, discutiendo a escritores emigrados: Bunin, Aldanov, Sirin; tendidos en hamacas y con el rostro cubierto por la edición dominical de un periódico ruso, protegiéndose de las moscas al modo tradicional; sorbiendo té y mermelada en la veranda; caminando por los bosques y pensando si las setas locales serían o no comestibles.

Samuil Lvovich Shpolyanski, caballero anciano, majestuosamente quieto, y el pequeño, excitable y tartamudo Conde Fyodor Nikitich Poroshin (ambos miembros de los heroicos Gobiernos Regionales formados, alrededor de 1920, por grupos democráticos en las provincias rusas para resistir a la dictadura bolchevique), recorrían la avenida de pinos y discutían sobre las tácticas que debían adoptarse en la próxima reunión conjunta del Comité de Rusia Libre, fundado por ellos en Nueva York, con otra organización anticomunista más joven. Desde un pabellón semiasfixiado por algarrobos llegaban fragmentos de un acalorado intercambio entre el profesor Bolotov, que enseñaba Historia de la Filosofía, y el profesor Chateau, que enseñaba Filosofía de la Historia.

—La realidad es la Duración — tronaba una voz, la de Bolotov.

—¡No lo es! —gritaba la otra—. Una pompa de jabón tan real como un diente fósil.

Pnin y Chateau, nacidos a fines del siglo XIX, eran, compárate vamente, unos jovenzuelos. La mayoría de los otros ya habían visto pasar los sesenta años y algo más. En cambio, algunas señoras, como la condesa Poroshin y madame Bolotov, finalizaban la cuarentena y gracias a la atmósfera higiénica del Nuevo Mundo, no sólo habían conservado sino que mejorado su belleza. Algunos padres llevaban consigo a su prole, robustos muchachos americanos de elevada estatura, indolentes y difíciles, de edad universitaria, carentes del sentido de la Naturaleza, desconocedores de la lengua rusa y sin interés alguno por los refinamientos del pasado y por el ambiente que un tiempo fuera el de sus padres. Parecían vivir en Los Pinos en un plano físico y mental completamente distinto, pasando, de vez en cuando, de su nivel al nuestro a través de una especie de luz trémula interdimensional; respondiendo ásperamente ante un tímido consejo o a una broma rusa bien intencionada; manteniéndose siempre aparte —tanto, que uno sentía que había engendrado elfos— y prefiriendo cualquier producto del almacén de Onkwedo, cualquiera clase de comestible envasado, en lugar de los maravillosos platos rusos que se servían en las comidas largas y bulliciosas en el porche enrejado de la casa de los Kukolnikov. Con intensa zozobra decía Poroshin refiriéndose a sus hijos (Igor y Olga, alumnos universitarios de Segundo Año):

—Mis gemelos son exasperantes. Cuando los veo en casa, durante el desayuno o la comida, y trato de contarles las cosas más excitantes y de mayor interés (por ejemplo: el auto-gobierno local en el Lejano

Norte de Rusia durante el siglo xviii; o, digamos, algo sobre la historia de las primeras escuelas de medicina en Rusia — a propósito, hay una excelente monografía sobre el tema, publicada en 1883, por Chistovich —), sencillamente se van a sus dormitorios y ponen la radio.

Esos dos jóvenes se encontraban en Los Pinos el verano en que Pnin fue invitado, pero permanecían invisibles. Se habrían aburrido horriblemente en ese lugar perdido si el admirador de Olga, un universitario cuyo apellido nadie parecía conocer, no hubiera llegado de Boston, a pasar el fin de semana, en un automóvil espectacular; y si Igor no hubiera encontrado una compañera comprensiva en Nina, la hija de los Bolotovi, muchacha bella y desaliñada, de ojos egipcios y piel tostada, que concurría a una escuela de danzas en Nueva York.

La casa la atendía Prakovia, una plebeya vigorosa de sesenta años, con la vivacidad de una veintena menos. Era un espectáculo estimulante observarla cuando, desde el porche trasero, inspeccionaba los pollos, con los nudillos en las caderas, vestida de pantalón corto y amplio, de confección casera, y una blusa recamada de lentejuelas. Había cuidado a Alexandr y a su hermano cuando eran niños en Harbin, y ahora era ayudada en los quehaceres domésticos por su marido, un cosaco lúgubre y estólido, con tres pasiones predominantes: la encuademación, que llevaba a cabo mediante un proceso patológico y empírico, aplicable a cualquier catálogo viejo o revista deshojada que caía en sus manos; la confección de licores con jugos de frutas, y el exterminio de los pequeños animales del bosque.

De entre los huéspedes de esa temporada, Pnin conocía bien al profesor Chateau, amigo de su juventud, con quien había concurrido a la Universidad de Praga en los primeros años de la década 1920-29, y también bastante a los Bolotovi, a quienes viera por última vez en 1949, en ocasión de un discurso de bienvenida que pronunciara en una comida de etiqueta ofrecida por la Asociación de Estudiosos Rusos Emigrados, en el Barbizon-Place, con motivo de la llegada de los Bolotovi desde Francia. Por mi parte, nunca me preocupó gran cosa Bolotov ni sus trabajos filosóficos, en los que se combinaba extrañamente lo oscuro con lo trillado; la obra de ese hombre puede ser una montaña, pero una montaña de trivialidades. No obstante, siempre me ha gustado Varvara, la esposa rolliza y exuberante del decaído filósofo. Cuando visitó por primera vez Los Pinos en 1951, no conocía los campos de Nueva Inglaterra. Sus arándalos y abedules la engañaron, y colocó mentalmente el lago Ontario, no en el paralelo del, digamos, lago Ochrida, en los Balcanes, donde correspondía, sino en el Lago Onega, en el norte de Rusia, lugar donde pasara los últimos quince veranos antes de huir de los bolcheviques a Europa Occidental con su tía Lidia Vinogradov, la conocida feminista y visitadora social. En consecuencia, el espectáculo de un colibrí ensayando sus primeros vuelos, o el de una catalpa en plena floración, le producían el efecto de una visión exótica o antinatural. Más fabulosos que los cuadros de animales de un bestiario eran para ella los enormes puercoespines que llegaban a roer la deliciosa y áspera madera vieja de la casa, o los elegantes y feéricos zorrinos que probaban la leche del gato en el plato de servicio. La desconcertaban y encantaban las numerosas plantas y criaturas que no podía identificar; confundía a los jilgueros con canarios extraviados, y se contaba que, con motivo de un cumpleaños de Susan, llegó orgullosa y jadeando de entusiasmo con una profusión de hermosas hojas de yedra venenosa, para adornar la mesa, apretadas contra su pecho pecoso y encarnado.

Los Bolotovi y madame Shpolyanski, mujercita esmirriada, de pantalones sueltos, fueron los primeros en ver a Pnin cuando giraba cuidadosamente para tomar una avenida arenosa bordeada de lupinos silvestres, muy erguido y aferrado al volante, como si fuera un labrador más habituado a su tractor que a su automóvil, y entraba, a 10 millas por hora y en primera, al bosquecillo de pinos viejos y desmelenados, de apariencia curiosamente auténtica, que separaba el camino pavimentado del Castillo de Cook. Varvara se levantó elásticamente del asiento del pabellón donde ella y Roza Shpolyanski acababan de descubrir a Bolotov leyendo un libro estropeado y fumando un cigarrillo prohibido. Saludó a Pnin palmoteando, mientras su marido manifestaba toda la cordialidad de que era capaz blandiendo lentamente el libro que había cerrado sin sacar el pulgar para no perder la página. Pnin detuvo el motor y contempló a sus amigos con el rostro iluminado. El cuello de su camisa verde de sport estaba ajado; su rompevientos con el cierre medio abierto parecía estrecho para su torso imponente; y la cabeza calva bronceada, con la frente llena de arrugas y una vena vermicular abultada en la sien, se inclinaba, saludando, mientras sus manos luchaban con la manilla de la puerta del coche y lograba por último salir del automóvil.

—*Avtomobil, kostyum-nu pryamo amerikanets* (un verdadero americano), *¡pryamo Ayzenhauer!* —dijo Varvara, presentando Pnin a Roza Abramovna Shpolyanski.

—Hace cuarenta años tuvimos amigos comunes — observó ésta, mirando a Pnin con curiosidad.

—No mencionemos cifras tan astronómicas —dijo Bolotov, aproximándose y reemplazando, con una brizna de pasto, el pulgar que había usado como marcador—. ¿Sabe usted? —continúa estrechando la mano de Pnin—, estoy leyendo por séptima vez *Ana Karenina*, y me produce el mismo embeleso que sentí hace cuarenta, no, hace sesenta años, cuando era un chico de siete. Y cada vez se descubren nuevas cosas. Por ejemplo, ahora observo que Lyov Nikolaich no sabe en qué día comienza su novela: parece ser viernes, pues ese día es cuando el relojero va a dar cuerda a los relojes en la casa Oblonski, pero también es jueves, como se menciona en la conversación sostenida en el salón de patinar por Lyovnin y la madre de Kitty.

—¿Y qué importa? —exclamó Varvara—. ¿A quién puede interesarle saber la fecha exacta?

—Puedo decirle la fecha exacta —dijo Pnin, parpadeando ante la luz quebrada del sol e inhalando el recordado aroma de los pinos del norte—. La acción de la novela empieza a comienzos de 1872, a saber, el viernes 23 de febrero, según la nueva usanza. En su diario matutino lee Oblonski que se rumorea que von Beust se ha ido a Wiesbaden. Por supuesro, éste es el conde Friedrich Ferdinand von Beust, que acababa de ser nombrado embajador ante la Corte de Saint James. Después de presentar sus credenciales, Beust se había ido al Continente para disfrutar de las vacaciones de Pascua, bastante postergadas. Pasó ahí dos meses con su familia y entonces volvía a Londres donde, de acuerdo con sus propias memorias en dos volúmenes, se preparaba un servicio de acción de gracias por haber sanado el príncipe de Gales de fiebre tifoidea. No obstante (*odnako*, aquí hace mucho calor (*¡i zharko zhe u vas!*)). Creo que ahora me presentaré ante las luminosas pupilas (*presvetlie ochi*, jocoso) de Alexandr Petrovich y, en seguida, me zambulliré en el río que tan vívidamente describe en su carta.

—Alexandr Petrovich estará ausente hasta el lunes, en viaje de negocios o de placer —dijo Varvara Bolotov—, pero creo que encontrará a Susanna Karlovna dándose un baño de sol en su prado favorito detrás de la casa. Grite antes de acercársele.

4

El castillo de Cook era una mansión de tres pisos, de ladrillo y madera, construida alrededor de 1860 y reconstruida, en parte, medio siglo después. El padre de Susan la había adquirido de la familia Dudley-Greene para convertirla en un hotel selecto para los clientes más adinerados de las fuentes termales de Onkwedo. Era un edificio feo y recargado, de estilo mixto, donde el gótico se izaba a través de restos franceses y florentinos y que, cuando fue proyectado, podría haber pertenecido a la variedad que Samuel Sloan, arquitecto de la época, clasificara como Villa Nórdica Irregular «bien adaptada para las más altas exigencias de la vida social» «Nórdica», debido a «la ambiciosa tendencia de su techo y de sus torres». La agudeza de esos pináculos y el aspecto embriagado que poseía la mansión al estar compuesta por varias Villas Nórdicas más pequeñas, levantadas y unidas de cualquier modo, con techos discrepantes, gabletes de poco fuste, cornisas, adarajas rústicas y otros elementos que asomaban por todos lados, había atraído por muy breve tiempo a los turistas. En 1920, las aguas de Onkwedo perdieron misteriosamente la magia que hubieran podido contener, y después de la muerte de su padre había tratado en vatio de vender Los Pinos, pues tenían otra casa más confortable en el barrio residencial de la ciudad donde trabajaba su marido. Pero ahora, ya habituada a usar el castillo para hospedar a sus numerosos amigos, Susan se alegraba de que ese monstruo manso y amable no hubiese hallado comprador.

Por dentro, la diversidad era tan grande como afuera. Cuatro habitaciones espaciosas tenían acceso a un gran vestíbulo, que conservaba algo de su aspecto hotelero por la amplitud de su chimenea. El pasamanos de la escalera y por lo menos una de sus columnas databan de 1720, pues habían sido trasladados a la casa provenientes de otra mucho más vieja, cuyo paradero exacto ya no se conocía. También eran muy antiguos los bellos paneles del comedor, con escenas de caza y pesca. Entre media docena de cuartos que componían cada uno de los pisos superiores, se podía descubrir, aquí y allá, algún encantador escritorio de palo de águila, un romántico sofá de palo rosa, pero también toda clase de artículos voluminosos y misérrimos: sillas rotas, mesas polvorientas con cubiertas de mármol, melancólicas étagères con pedazos de espejos empañados, tristes como los ojos de un mono viejo. A Pnin le fue asignado, en el piso más alto, un agradable dormitorio con vista al sudeste; conservaba restos de papel dorado en las paredes; tenía un catre de campaña, un sencillo lavabo y toda clase de estanterías, consolas y molduras con decoraciones en espiral. Pnin abrió la barbacana, sonrió ante el bosque risueño, recordó una vez más el día lejano en que llegara a ese país, y luego bajó, vestido con una flamante bata de paño azul marino y un par de galochas en sus pies desnudos, precaución muy

sensata ésta, si se pretendía caminar por el pasto húmedo y tal vez infestado de víboras. En la terraza del jardín se encontró con Chateau.

Konstantin Ivanich Chateau, estudioso, sutil y encantador, de pura estirpe rusa a pesar de su apellido (derivado, según se me ha dicho, del francés rusificado que adoptó al huérfano Iván), enseñaba en una gran Universidad de Nueva York y no había visto a su amado Pnin hacía por lo menos cinco años. Se besaron con un cálido murmullo de alegría. Confieso que también fui subyugado en una época por el embrujo del angelical Konstantin Ivanich, cuando acostumbábamos a reunirnos todos los días en el invierno de 1935 ó 1936 para dar un paseo matinal bajo los laureles y los almezos de Grasse, en el sur de Francia, donde compartía una quinta con varios otros expatriados rusos. Su voz suave, el zumbido caballeresco de sus *erres*, típico de San Petersburgo; sus mansos y melancólicos ojos de reno; la barba caprina castaño rojiza que retorció continuamente con un movimiento desmenuzador de sus largos dedos frágiles, todo en Chateau para usar una fórmula literaria tan vieja como él, producía una rara sensación de bienestar en sus amigos. Pnin y él hablaron un rato, comparando experiencias. Como se acostumbra entre exiliados de sólidos principios, cada vez que se encontraban no sólo procuraban conectarse con un pasado personal sino también resumir en rápidas síntesis, llenas de alusiones y entonaciones imposibles de expresar en idioma extranjero, el curso de la historia reciente de Rusia: treinta y cinco años de desesperante injusticia después de un siglo de luchar por la justicia y de entrever la esperanza. Luego seguían con la conversación especializada típica de los profesores europeos en país extraño, moviendo la cabeza y suspirando críticamente ante el «típico estudiante universitario americano» que no sabe geografía, es inmune al ruido y piensa que la educación es tan sólo un medio para obtener, eventualmente, un empleo remunerativo. Después se interrogaban recíprocamente sobre el trabajo que por entonces realizaba cada cual, mostrándose ambos reticentes y modestos sobre sus respectivas investigaciones. Finalmente, caminando por el sendero de un prado, rozando los cardillos en dirección al bosque por donde corría un río pedregoso, hablaban de la salud: Chateau, que parecía tan ágil, con una mano en el bolsillo del pantalón de franela blanca y la chaqueta de lustrina atrevidamente abierta sobre su chaleco, dijo, al pasar, que muy pronto tendría que someterse a una operación exploratoria del abdomen; y Pnin, riendo, manifestó que cada vez que los doctores lo radiografiaban trataban en vano de desafiar algo que llamaban «una sombra detrás del corazón».

—Buen título para una mala novela — observó Chateau.

Mientras trasponían una herbosa colina antes de entrar al bosque, un hombre venerable, de rostro sonrosado, con una mata de cabellos blancos y una nariz tumefacta y violácea que parecía UQa enorme frambuesa, se les acercó dando zancadas por la pendiente con las facciones alteradas por el disgusto.

—Tengo que volver por mi sombrero — exclamó dramática, mente al llegar a ellos.

—¿Se conocen ustedes? —murmuró Chateau, agitando sus manos mientras los presentaba—. Timofey Pavlich Pnin, Ivan Ilyich Gramineev.

—*Moyo pochtenie* (Mis respetos) — dijeron ambos, inclinan, dose y dándose un fuerte apretón de manos.

—Pensé — continuó Gramineev, que era un minucioso narrador—, que el día seguiría tan nublado como empezé. Estúpidamente (*go gluposti*) salí con la cabeza descubierta. Ahora el sol me está derritiendo los sesos. He tenido que interrumpir mi trabajo.

Señaló con un gesto la cumbre de la colina donde su caballete destacaba su delicada silueta contra el cielo azul. Desde la cima había estado pintando el valle cercano, completo, sin olvidar un detalle, con la curiosa bodega antigua, el manzano nudoso y las vacas.

—Le ofrezco mi panamá —propuso el bondadoso Chateau. Pero Pnin ya había sacado de su bolsillo un gran pañuelo rojo; con destreza anudó cada una de sus puntas.

—Admirable... Muy agradecido —dijo Gramineev, acomodándose el tocado.

—Un momento —dijo Pnin—. Tiene que meter los nudos adentro.

Hecho esto, Gramineev partió campo arriba hacia su caballete. Era un pintor muy conocido, francamente académico, cuyos óleos sentimentales: Padre Volga, Tres viejos amigos (un muchacho, una jamelga y un perro), Claro en Abril y así, sucesivamente, seguían adornando un museo de Moscú.

—Alguien me dijo — observó Chateau, mientras seguían avanzando hacia el río—, que el hijo de Liza tiene un talento extraordinario para la pintura. ¿Es cierto?

—Sí — repuso Pnin—, y es tanto más irritante (*tem bolee obidno*) cuanto que su madre, que va a casarse por tercera vez, según creo, llevó repentinamente a Víctor a Carolina para que descansase durante el verano, mientras que si me hubiera acompañado acá, como se había planeado, habría tenido la espléndida oportunidad de recibir clases de Gramineev.

—Usted exagera la esplendidez — replicó suavemente Chateau.

Llegaron al arroyo burbujeante y luminoso. Una plataforma cóncava, entre cascadas diminutas, formaba una piscina natural bajo los alisos y los pinos. Chateau, que no solía bañarse, se acomodó sobre un peñasco. Durante el año académico, Pnin había expuesto regularmente su cuerpo a la radiación de una lámpara de luz ultravioleta; por eso cuando se desvistió hasta quedar en traje de baño, brilló bajo la luz abigarrada del sol que se filtraba por la espesura ribereña, con un profundo matiz caoba. Se despojó de la cruz y las galochas.

—¡Mire qué hermoso! —dijo el observador Chateau. Una veintena de maripositas, todas de la misma clase, se habían posado sobre un retazo de arena húmeda, con las alas erguidas y cerradas, mostrando los reversos pálidos llenos de puntos oscuros y diminutas manchas de azul pavo-real bordeadas de anaranjado; una de las zapatillas desechadas por Pnin las perturbó y, revelando el tinte celeste de su superficie superior, revolotearon como azules copos de nieve antes de volver a posarse.

—Lástima que Vladimir Vladimirovich no esté aquí —observó Chateau—. Nos habría hablado de esos insectos encantadores. —Siempre tuve la impresión de que su entomología era una mera pose.

—No —dijo Chateau—. Acabará por perderla — agregó, señalando la cruz católica griega colgada de una cadenita de oro que Pnin había retirado de su cuello y suspendido en una varilla. Su brillo intrigó a una libélula que pasaba.

—Quizás no lamentaría perderla —dijo Pnin—. Usted bien sabe que la llevo por razones sentimentales. Y el sentimiento se me está haciendo pesado. Después de todo, no es muy romántico este empeño de conservar una partícula de la propia infancia en contacto con el esternón.

—Usted no es el primero en reducir la fe a una sensación táctil — repuso Chateau, que era católico griego practicante y deploraba la actitud escéptica de su amigo.

Un tábano se adhirió con loca ceguera a la calva de Pnin y fue aturdido por un golpe de su gruesa palma.

Desde un peñasco más pequeño que el que servía de asiento a Chateau, Pnin entró con cautela en el agua azul y parda. Observó que conservaba su reloj-pulsera y lo dejó dentro de una de las zapatillas. Moviéndose lentamente los hombros bronceados, siguió vadeando mientras ensortijadas sombras de hojas se estremecían y deslizaban por su espalda. Se detuvo y, rompiendo el resplandor y las sombras que lo rodeaban, se mojó la cabeza, se restregó la nuca con las manos empapadas, se salpicó las axilas y luego, juntando las palmas, se echó al agua, nadando al estilo pecho y levantando pequeñas olas a su alrededor. Así nadó majestuosamente alrededor del estanque. Nadaba emitiendo un sonido rítmico, mitad resoplido y mitad gargarismo. Acompasadamente abría las piernas distendiéndolas en las rodillas, y flexionaba y enderezaba los brazos como una rama gigante. Después de dos minutos de ejercicio, salió y se sentó en una roca para secarse; en seguida se colocó la cruz el reloj-pulsera, las zapatillas y la bata de baño.

5

La comida fue servida en el porche enrejado. En el asiento vecino al de Bolotov, y mientras revolvía la crema agria en su *botvinia* (sopa helada de remolacha) haciendo tintinear los cubitos de hielo, Pnin continuó automáticamente una conversación anterior con Bolotov.

—Usted observará — le dijo—, que hay una diferencia significativa entre el tiempo espiritual de Lyovnin y el tiempo físico de Vronski. Por la mitad del libro, Lyovnin y Ketty se retrasan un año entero con respecto a Vronski y Ana. Cuando una tarde de domingo, en mayo de 1876, Ana se lanza bajo ese tren de carga, ya han pasado más de cuatro años desde el comienzo de la novela; pero en el caso de los Lyovnin, durante el mismo período, 1872 a 1876, apenas han transcurrido tres años. Es el mejor ejemplo de relatividad en la literatura que conozco.

Terminada la comida, alguien sugirió jugar una partida de croquet. Se prefería la disposición de arcos (técnicamente ilegal pero consagrada por los años), en la que dos de los diez se cruzan en el centro de la cancha formando la llamada Jaula o Trampa de Ratonés. De inmediato se evidenció que Pnin, que jugaba en compañía de madame Bolotov contra Shpolyanski y la condesa Peroshin, era, de lejos, el mejor jugador. No bien estuvieron clavadas las picas y el juego hubo comenzado, el hombre se transfiguró. Abandonando su personalidad habitual, lenta, reflexiva, y más bien rígida, se transformó en un jorobado de rostro astuto, terriblemente móvil, desbocado y mudo. Parecía que el turno fuera siempre suyo. Cogía muy abajo el mazo y, blandiéndolo con delicadeza entre sus piernas ahusadas (había causado una ligera sensación al ponerse un *short* expresamente para la partida), Pnin preparaba cada

golpe con ágiles oscilaciones avizoras de la cabeza del mazo; daba a la bola un golpe seco y luego, siempre jorobado y mientras la bola corría, caminaba rápidamente al sitio donde calculara que se iba a detener. Con geométrica fruición la hacía pasar a través de los arcos, arrancando gritos de admiración a los espectadores. Hasta Igor Poroshin, que pasaba por allí como una sombra llevando dos tarros de cerveza para celebrar algún banquete privado, se detuvo un segundo y movió la cabeza apreciativamente antes de perderse entre los matorrales. No obstante, con los aplausos se mezclaban quejas y protestas cuando Pnin, con brutal indiferencia, croqueteaba o, mejor dicho, «cohetecía», la bola de un adversario. Poniéndola en contacto con la suya, y aplastando esta última con su pie curiosamente pequeño, le asestaba un fiero golpe, cuya percusión lanzaba a la otra fuera de la cancha. Elevadas las quejas a Susan, ella dijo que estaba faltando a todas las reglas, pero madame Shpolyanski sostuvo que era perfectamente aceptable y agregó que cuando ella era niña, su institutriz inglesa llamaba Hong-Kong a ese tiro.

Cuando Pnin dio en la picota y todo hubo terminado, y Varvara acompañó a Susan a preparar el té de la tarde, aquél se retiró calladamente a un banco bajo los pinos. Le había sobrevenido una sensación cardíaca alarmante y desagradable en extremo, que ya experimentara varias veces en la madurez de su vida. No eran dolor ni palpitaciones, sino una impresión atroz de estarse hundiendo y fundiendo con el ambiente físico que lo rodeaba: la puesta de sol, los troncos rojos de los árboles, la arena, el aire quieto. Entretanto, Roza Shpolyanski, observando la soledad de Pnin y aprovechándose de ella, se dirigió allí (*¡sidite, siditel, ¡no se pare!*) y se sentó junto a él.

—En 1916 ó 1917 —dijo—, usted habrá tenido ocasión de oír pronunciar mi apellido de soltera, Geller, a grandes amigos suyos.

—No lo recuerdo —repuso Pnin.

—De todas formas, no tiene importancia. Creo que nunca nos encontramos. Pero usted conoció de cerca a mis primos, Grisha y Mira Belochkin. Ellos hablaban constantemente de usted. El vive en Suecia, según creo, y supongo que se habrá enterado del horrible final que tuvo su pobre hermana...

—Por cierto que sí —dijo Pnin.

—Su marido —prosiguió madame Shpolyanski— era un hombre encantador. Samuil Lvovich y yo lo conocimos en la intimidad, como asimismo a su primera esposa, Svetlana Chertok, la pianista. Fue internado por los nazis, separado de Mira, y murió en el mismo campo de concentración de mi hermano mayor Misha. Usted conoció a Misha, ¿verdad? También estuvo enamorado de Mira una vez.

—*Tshay gotoff* (el té está listo) —llamó Susan desde el pórtico en su gracioso ruso funcional—. ¡Timofey, Rozochka! ¡Tshay!

Pnin dijo a madame Shpolyanski que iría en seguida, y cuando ella se marchó continuó allí sentado, con las manos cruzadas sobre el mazo de croquet que todavía conservaba.

Dos lámparas de parafina iluminaban con un resplandor íntimo el pórtico de la casa de campo. El doctor Pavel Antonovich Pnin, oculista, padre de Timofey, y el doctor Yakow Grigorievich Belochkin, pediatra y padre de Mira, no podían desprenderse de su juego de ajedrez en un rincón de la galería, así que madame Bolochkin ordenó a la empleada que les sirviera, allí, en una mesita japonesa especial que tenían cerca, sus vasos de té de asas de plata, la nata con pan negro, las fresas silvestres, *zemlyanika*, y las otras especies cultivadas, *klubnika*, (*Hautbois* o Fresas Verdes), las mermeladas radiantes y doradas, y las distintas clases de bizcochos, barquillos, galletas saladas y pan tostado, en lugar de llamar a los dos absortos doctores a la mesa principal situada al otro extremo del atrio, donde estaba el resto de la familia y los huéspedes, algunos de ellos nítidos y otros envueltos en una niebla luminosa.

La mano ciega del doctor Belochkin cogió una galleta; la mano avizora del doctor Pnin tomó un alfil. El doctor Belochkin, masticando, miró de hito en hito el claro producido en sus filas. El doctor Pnin sumergió una abstracta tostada en su vaso de té.

La casa de campo que alquilaban los Belochkin ese verano se hallaba en el mismo balneario del Báltico cerca del cual la viuda del general N... arrendaba una cabaña de veraneo a los Pnin, en los confines de sus vastas posesiones pantanosas y escarpadas, llenas de bosques tenebrosos que cercaban un desolado castillo. Timofey Pnin volvía a ser ahora el muchacho torpe, tímido y obstinado de dieciocho años, que esperaba a Mira en la oscuridad; y, aunque el pensamiento lógico persistía en ver bombillas eléctricas en lugar de lámparas de parafina, y barajaba a los personajes convirtiéndolos en emigrados envejecidos, mi pobre Pnin, con la agudeza de un alucinado, imaginaba a Mira deslizándose por el jardín y viniendo a su encuentro entre las altas flores de tabaco, cuya opaca blancura se fundía en la oscuridad con la blancura de su vestido. Este sentimiento coincidía en cierto modo con la sensación de dispersión y difusión que sentía en el pecho. Suavemente dejó el mazo a un lado y, para disipar su angustia, se puso

a caminar por el silencioso jjosquecillo de pinos, alejándose de la casa. Desde un auto detenido cerca del cobertizo de las herramientas del jardín, que seguramente ocultaba al menos a los dos hijos de sus compañeros de visita, le llegaba con persistencia una música de radio.

—Jazz, jazz, siempre tienen que oír su jazz estos jovencitos — murmuró Pnin para sí, y torció por el sendero que conducía al bosque y al río. Recordaba sus juveniles entusiasmos y los de Mira: teatro de aficionados, baladas gitanas, la pasión que ella sentía por la fotografía artística. ¿Dónde estarían ahora esas instantáneas que solía tomar: animales regalones, nubes, flores, un bosque en abril con sombras de abedules en la nieve húmeda; soldados haciendo equilibrios en el techo de un furgón; la línea del horizonte en una puesta de sol, una mano sosteniendo un libro? Recordaba el último encuentro en los malecones del Neva, en Petrogrado, y las lágrimas, y las estrellas, y el cálido forro de seda encarnada de su regalía de caracol. La guerra civil de 1918-22 los separó; la historia había roto su compromiso. Timofey se marchó al sur para unirse por un tiempo a las filas del ejército de Denikin, mientras la familia de Mira escapaba de los bolcheviques a Suecia, y después se instalaba en Alemania, donde ella se casó con un peletero de ascendencia rusa. Al principio de la década de 1930, Pnin, que también estaba casado, acompañó a su esposa a Berlín, donde ésta deseaba concurrir a un congreso psiquiátrico y una noche, en un restaurante ruso, en el Kurfürstendamm, volvió a ver a Mira. Cambiaron algunas palabras; ella le sonrió como antes, por debajo de sus cejas oscuras, con su picardía tímida; y el contorno de sus pómulos prominentes, y los ojos alargados, y la finura de brazos y tobillos eran los mismos, inmortales; luego se reunió con su marido, que se estaba poniendo el abrigo en el guardarropas, y eso fue todo. Pero la congoja de su ternura persistía, como el fantasma de un verso conocido que no se logra recordar.

Lo dicho por la parlanchina madame Shpolyanski había conjurado la imagen de Mira con fuerza extraordinaria. Era perturbador. Sólo con el desprendimiento que produce una dolencia incurable o con la lucidez que precede a la muerte cercana, podría evocarse ese acuerdo por un momento. Para vivir racionalmente, Pnin se esforzó, durante los últimos diez años, por no recordar jamás a Mira Belochkin, no porque la evocación de un amor juvenil, banal y breve, amenazara por sí misma su paz interior (¡ay! los recuerdos de su matrimonio con Liza eran suficientemente imperiosos para desalojar cualquier romance) sino porque, para ser sincero consigo mismo, no era posible esperar que hubiera conciencia y conocimiento en un mundo donde podían suceder cosas tales como la muerte de Mira. Había que olvidar, pues era imposible vivir con la idea de que esa mujer graciosa, frágil y tierna, con esos ojos, esa sonrisa, rodeada de ese marco de jardines nevados, hubiera sido llevada en un carro para animales a un campo de exterminio y asesinada con una inyección de fenol en el corazón, ese corazón suave que había sentido latir bajo sus labios en el ocaso del pasado. Y como la forma exacta de su muerte no había quedado en los registros, Mira seguía muriendo en su mente un sinnúmero de muertes, y resucitando otras tantas veces para volver a morir, conducida por una enfermera profesional e inoculada con inmundicias, bacilos de tétano o vidrio molido; asfixiada con gas en un supuesto baño de lluvia de ácido prúsico; quemada viva en una pira de madera de haya impregnada de gasolina. Según el investigador con que Pnin había hablado accidentalmente en Washington, lo único cierto era que, siendo demasiado débil para trabajar (aún sonriente, aún capaz de ayudar a otras judías con su sonrisa), fue condenada a muerte y quemada pocos días después de su llegada a Buchenwald, en la bella región boscosa del Grosser, en Ettersburgo, como sonoramente se la designa. Buchenwald está a una hora de camino de Weimar, donde pasearon Goethe, Herder, Schiller, Wieland, el inimitable Kotzebue y otros.

«¿*Aber, Warum?* (¿Pero, por qué?)», solía gemir el doctor Hagen, el más manso de los seres vivientes, «¿por qué debían ubicar tan cerca ese horrible campo?». Porque por cierto que estaba cerca, a sólo cinco millas del corazón cultural de Alemania, «ese país de Universidades», como había expresado con tanta elegancia el rector de Waindell, famoso por usar siempre le *mot juste*, al reseñar la situación europea en un discurso reciente de apertura de clases, junto con la galantería que dispensara a otra sala de torturas: «Rusia, la patria de Tolstoy, Stanislavski, Raskolnikov, y otros hombres buenos y grandes.»

Pnin caminó lentamente bajo los pinos augustos. El cielo se moría. No creía en un Dios autócrata. Creía, opacamente, en una democracia de espectros. Acaso las almas de los muertos formaran comités y éstos, en sesión continua, atendieran los destinos de los vivos.

Los mosquitos empezaban a molestar. Era tiempo de beber el té. Tiempo para una partida de ajedrez con Chateau. Ese espasmo extraño había pasado; podía respirar de nuevo. En la cumbre distante de la colina, en el mismo sitio donde horas antes había estado el caballete de Gramineev, se destacaban ahora dos siluetas, de perfil contra el rojo de ascua del cielo. Estaban allí muy juntas, una frente a la otra. Desde el camino era imposible distinguir si era la hija de Poroshin y su admirador, o Nina Bolotov y el

joven Póroshin, o si no era más que una pareja simbólica colocada allí artificialmente en la última página de ese día de Pnin próximo ya a desvanecerse.

CAPITULO SEXTO

1

Había comenzado el trimestre de otoño de 1954. Otra vez el cuello de mármol de la vulgar Venus del vestíbulo de la Facultad de Humanidades apareció teñido con un lápiz labial para hacer creer que había sido besado. De nuevo el periódico *Waindell Recorder* comentó el Problema del Estacionamiento de Automóviles. De nuevo, en los márgenes de los libros de la Biblioteca, los diligentes novatos escribieron glosas tan útiles como «Descripción de la naturaleza», o «Ironía», y en una preciosa edición de los poemas de Mallarmé, un estudiantino aventajado ya había subrayado, con tinta violeta, la difícil palabra «oiseaux», garabateando arriba «pájaros». Otra vez los vendavales de otoño amontonaron hojas muertas a un costado del corredor que conducía de la Facultad de Humanidades al Hall Frieze. Nuevamente, en las tardes serenas, las mariposas monarca de color pardo ambarino, aletearon sobre el asfalto y los prados, emigrando hacia el sur, con sus negras patas semirretráctiles colgando de sus cuerpos rítmicamente moteados.

Y la Universidad seguía adelante. Los graduados más tenaces, con sus esposas embarazadas, continuaban escribiendo disertaciones sobre Dostoievski y Simone de Beauvoir. Los departamentos de literatura proseguían trabajando bajo la impresión de que Stendhal, Galsworthy, Dreiser y Mann eran grandes escritores. Palabras prefabricadas como «conflicto» y «boceto» seguían de moda. Como siempre, profesores estériles trataban, con éxito, de «crear» comentando los libros de colegas más fértiles. Y, como siempre también, un puñado de académicos afortunados se disponía a disfrutar, o ya disfrutaba, de diversos premios otorgados en el año. Fue así como una simpática recompensa procuró a la múltiple pareja Starr —Christopher Starr con su rostro de nene y Louise, su esposa-niña— del Departamento de Bellas Artes, la oportunidad única de recopilar cantos populares en Alemania Oriental, donde los sorprendentes jóvenes habían obtenido de algún modo permiso para entrar. Tristram W. Thomas (Tom, para sus amigos), profesor de Antropología, había recibido diez mil dólares de la Fundación Mandoville para hacer un estudio de los hábitos alimenticios de los pescadores y de los trepadores de pal. meras de Cuba. Otra institución caritativa había acudido en ayuda del doctor Bodo von Falternfels para que pudiera terminar «una bibliografía referente al material manuscrito dedicado en los últimos años a una estimación crítica de la influencia de los discípulos de Nietzsche en el pensamiento moderno». Y, finalmente, pero no menos importante, un donativo especialmente generoso permitía al renombrado psiquiatra de Waindell, doctor Rudolph Aura, aplicar a diez mil alumnos de escuelas primarias, el test llamado del Aguamanil, en el que el niño moja un índice en un recipiente de colores fluidos y después se mide la proporción entre la longitud del dedo y la paite mojada, trasladándola a una serie de gráficos fascinantes.

Había comenzado el Trimestre de Otoño y el doctor Hagen se hallaba abocado a una situación difícil. En el verano, un amigo le preguntó, extraoficialmente, si estaría dispuesto a aceptar al año siguiente una cátedra muy lucrativa en Seaboard, Universidad mucho más importante que Waindell. Esa parte del problema era relativamente fácil de resolver; pero, en cambio, quedaba el hecho escueto de que el Departamento que formara con tanto amor, y con el cual el Departamento de Francés de Blorengé no podía competir en impulso cultural, aunque dispusiera de fondos mucho más cuantiosos, caería en las garras del traidor von Falternfels, el mismo que él, Hagen, había traído de Austria, lo que no impidió que aquél le hiciera un trabajo de zapa y terminara apropiándose bajo cuerda de la dirección de *Europa Nova*, la influyente revista trimestral que Hagen había fundado en 1945. La proyectada partida de Hagen, que aún ignoraban sus amigos, tendría una consecuencia más dolorosa aún: el Profesor Asistente Pnin quedaría en la estacada. Nunca había existido un Departamento regular de Ruso en Waindell, y la existencia académica de mi pobre amigo había dependido de que lo ocupara el ecléctico Departamento de Alemán en una especie de extensión del curso de Literatura Comparada. Seguramente, y por pura ojeriza, Bodo acabaría con ese curso, y Pnin, que no tenía arraigo alguno en Waindell, se vería forzado a irse a menos que otro departamento de literatura e idiomas consintiera en adoptarlo. Los únicos departamentos que parecían tener la flexibilidad suficiente para hacerlo eran los de Inglés y Francés. Pero Jack Cockerell, Director del Departamento de Inglés, desaprobaba todo lo que hiciera Hagen, consideraba a Pnin un mamarracho y, de hecho, estaba manipulando, extraoficialmente, pero con

fundadas esperanzas, para obtener los servicios de un prominente escritor anglo-ruso, quien, si fuera necesario, podía enseñar todos los cursos que Pnin debía mantener para subsistir. Como último recurso, Hagen abordó a Blorengé.

Dos características interesantes distinguían a Blorengé, Director del Departamento de Literatura y Lengua Francesa: le disgustaba la literatura y no dominaba el francés. Esto no le impedía recorrer enormes distancias para asistir a convenciones de Idiomas Modernos, en las que se jactaba de su ineptitud como si fuera un capricho regio, y paraba, con fuertes estocadas de recio humorismo, cualquier tentativa de arrastrarlo a la sutileza del *parlé-vu*. Muy estimado como seguidor de dinero, había inducido recientemente a un viejo rico, a quien tres universidades adularan en vano, a que promoviera con un fantástico donativo una investigación realizada por graduados bajo la dirección del doctor Slavski, un canadiense, con miras a construir, en un cerro vecino a Waindell, un «Pueblo Francés» con dos calles y una plaza, copiado de la antigua municipalidad de Vandell, en Dordoña. A pesar de la grandiosidad que nunca faltaba en las inspiraciones administrativas de Blorengé, él era un hombre de gustos personales ascéticos. Había sido compañero de colegio de Sam Poore, el rector de Waindell, y, durante muchos años, aún después que éste quedara ciego, ambos salían juntos a pescar en un lago yermo, barrido por el viento, al término de un camino ripiado y bordeado de malezas espinosas, setenta millas al norte de Waindell.

Su esposa, una dulce mujer de origen humilde, se refería a él, en el club, como «profesor Blorengé». El dictaba un curso titulado «Grandes Franceses», cuyos apuntes hiciera copiar por su secretaria de una colección de *The Hastings Historical and Philosophical Magazine*, 1882-94, descubierta en una buhardilla y que no estaba clasificada en la Biblioteca de la Universidad.

3

Pnin acababa de alquilar una casita y había invitado a los Hagen y a los Clements, a los Thayer y a Betty Bliss a una fiesta de inauguración. En la mañana de ese día, el buen doctor Hagen hizo una visita urgente a Blorengé y le contó todo el asunto. Cuando dijo a Blorengé que Falternfels era un fuerte antipninista, Blorengé replicó secamente que él también lo era; en realidad, después de encontrarse con Pnin en funciones sociales, «había sentido, claramente» (es asombrosa la tendencia de las personas prácticas a sentir más que a pensar), «que Pnin no estaba calificado ni siquiera para merodear por los alrededores de una universidad americana». El porfiado Hagen manifestó que durante varios trimestres Pnin había tratado de manera admirable el Movimiento Romántico, y que, con seguridad, bajo los auspicios del Departamento de Francés, podría manejar a Chateaubriand y a Víctor Hugo.

—El doctor Slavski está a cargo de eso —dijo Blorengé—. En realidad, a veces pienso que exageramos un poco la parte literaria. Mire usted: esta semana comienza miss Mopsuestia con los Existencialistas; míster Bodo dictará un curso sobre Romain Rolland; yo doy una charla sobre el General Boulanger y De Béranger. No, decididamente; ya tenemos bastante.

Hagen, jugando su última carta, sugirió que Pnin podría dirigir un curso de francés. Como muchos rusos, nuestro amigo había tenido una institutriz francesa, y después de la Revolución había vivido más de quince años en París.

—¿Usted quiere decir —preguntó severamente Blorengé— que Pnin puede hablar francés?

Hagen, que conocía bien las originales exigencias de Blorengé, vaciló.

—¡Dígalo de una vez, Herman! ¿Sí o no?

—Estoy seguro de que podría adaptarse.

—Lo habla, ¿eh?

—Bueno... sí.

—En ese caso —dijo Blorengé—, no podemos ocuparlo en el Primer Año de Francés. Sería injusto para nuestro míster Smith, que este año tiene el curso Elemental y que, naturalmente, sólo tiene que llevar una lección de delantera a sus alumnos. Pero mire; sucede que míster Hashimoto necesita un ayudante para los retrasados de su curso de Francés Medio. ¿Lee francés su hombre tan bien como lo habla?

—Repito que se puede adaptar —repuso Hagen, escabullándose.

—Sé lo que quiere decir «adaptación» —dijo Blorengé, frunciendo el ceño—. En 1950, cuando Hashimoto estuvo ausente, contraté a un instructor suizo de *ski*. Este introdujo subrepticamente copias mimeografiadas de una vieja antología francesa. Nos costó casi un año volver a la clase a su nivel inicial. Ahora, si ese fulano no lee francés...

—Me temo que no —dijo Hagen, dando un suspiro.

—Entonces no podemos emplearlo. Como usted sabe, sólo creemos en los discos parlantes y otros dispositivos mecánicos. No se permite usar libros.

—Aún quedaría el Francés Avanzado — murmuró Hagen.

—Carolina Slavski y yo nos encargamos de ese curso —replicó Blorengé.

4

Para Pnin, que ignoraba por completo las tribulaciones de su protector, el nuevo Trimestre de Otoño principiaba extraordinariamente bien: nunca había tenido tan pocos alumnos de quienes preocuparse ni tanto tiempo para sus propias investigaciones. Su labor había alcanzado, hacía tiempo, la etapa encantada en que la pesquisa sobrepasa al objetivo, formándose así un organismo nuevo, el parásito — como si dijéramos — del fruto que madura. Pnin había desviado la atención de la meta de su trabajo. A su juicio; ésta se divisaba tan clara, que él podía entregarse a los detalles sin ningún temor. Las fichas iban llenando poco a poco una caja de zapatos. La correlación de dos leyendas; un detalle precioso en los modales o el vestido; una referencia que se controla, descubriéndose que ha sido falseada por incompetencia, por descuido o por fraude; el estremecimiento en la columna vertebral que produce una intuición acertada; los innumerables triunfos del estudio *bezkorinsky* (desinteresado y devoto); todo esto había corrompido a Pnin, había hecho de él un maniaco dopado con notas al pie, de esos que perturban a las polillas en un volumen tedioso para encontrar en él una referencia a otro volumen aún más tedioso. Y, en un plan más humano de su actual dicha, estaba la casita que alquilara en la Vía Todd, en la esquina de la Avenida Cliff.

Esta casa había pertenecido a la familia del difunto Martin Sheppard, tío del patrón anterior de Pnin en la calle Creek quien por muchos años, administró las propiedades de Todd, adquiridas por la ciudad de Waindell para instalar un sanatorio. La verja, siempre cerrada, estaba ahogada por yedras y abetos, cuyas copas podía ver Pnin desde una ventana que miraba al norte. La Avenida Cliff era el palo corto de una T, y en su intersección izquierda vivía Timofey. Frente a la casa y atravesando la Vía Todd, que era el pie derecho de la T, viejos olmos sombreaban la superficie arenosa de su asfalto parchado; por el este había un campo de trigo, y por el oeste un escuadrón de abetos nuevos, igualmente pretenciosos, que cubrían casi toda la distancia que mediaba hasta la residencia siguiente: la magnífica caja de habanos del entrenador de fútbol de la Universidad, media milla al sur de la casa de Pnin.

La sensación de vivir solo en una casa discreta tenía para Pnin un encanto especial y satisfacía un anhelo de su ser íntimo, ya cansado, maltrecho y aturdido por los treinta y cinco años que llevaba sin hogar. Una de las cualidades más atrayentes del lugar era el silencio angélico, rural, perfectamente seguro, en feliz contraste con las persistentes cacofonías que lo rodearan por seis lados en las habitaciones alquiladas de sus anteriores residencias. ¡Y la diminuta casa era tan espaciosa! Con agradecida sorpresa, Pnin llegó a pensar que no había existido una Revolución. Rusa, ni éxodo, ni expatriación en Francia, ni naturalización en América. Todo —¡en el mejor de los casos, Timofey! — habría podido ser igual en Rusia: una cátedra en Kharkov o en Kazan, una casa suburbana como ésta, libros viejos dentro, flores tardías fuera.

Para ser más preciso, la casa era de ladrillo rojo, color cereza; tenía dos pisos, postigos blancos y tejado de bardas. El prado verde en que se asentaba medía unos cincuenta arsbins de frente, y el fondo daba a una extensión vertical de rocas musgosas con arbustos leonados en la cumbre. Un paso de coches conducía al garaje pintado a la cal donde Pnin guardaba su auto de pobre. Una curiosa red parecida a un cesto, algo así como un bolso de billar, pero sin fondo, estaba suspendida, por algún motivo, sobre la puerta del garaje, en cuya blancura proyectaba una sombra tan nítida como su propio tejido, aunque mayor y más azulada. Algunos faisanes visitaban el terreno enmalezado entre el garaje y las rocas del fondo. Lilas —esas sonrisas del jardín ruso cuyo esplendor primaveral, todo miel y zumbido, esperaba ansiosamente el pobre Pnin— se agrupaban en hileras, sin savia, a lo largo de una de las paredes de la casa. Un árbol alto de hojas caducas, que Pnin no pudo identificar ya que sólo conocía los abedules, los sauces, los álamos temblones, los álamos blancos y las encinas, perdía sus grandes hojas acorazonadas y proyectaba su sombra de verano indio en los peldaños del pórtico abierto.

Una retorcida estufa de petróleo trataba de enviar su débil calor desde el sótano a través de los radiadores. La cocina era limpia y alegre, y Pnin se deleitaba con variedad de utensilios, ollas y cacerolas, tostadores y sartenes, que incluía la casa. Los muebles de la sala de estar eran pobres y escasos, pero había una atrayente ventana circular que albergaba un antiguo y enorme globo terráqueo, donde Rusia aparecía pintada de azul pálido y un parche descolorido y desgastado cubría toda Polonia.

En un comedor pequeñísimo, donde Pnin proyectaba disponer una comida fría para sus huéspedes, había un par de candelabros, cuyas lágrimas de cristal reflejaban encantadoramente sus iridiscencias sobre la alacena y recordaban a mi sentimental amigo los ventanales en las galerías de las casas de campo rusas, cuyos vitrales coloreaban la luz de anaranjado, verde y violeta. Un armario de cocina prorrumpía en murmullos cada vez que pasaba a su lado, murmullos que también le habían sido familiares en perdidos cuartos del pasado. El segundo piso se componía de dos dormitorios que antes habían albergado a numerosos niños y, ocasionalmente, a adultos. Juguetes de lata habían desgastado el suelo. De una pared de la habitación donde dormía, Pnin desclavó un cartón rojo en forma de banderín que ostentaba la enigmática palabra «Cardenales» pintada en blanco; pero una mecedora diminuta, para un Pnin de tres años, quedó en un rincón. Una máquina de coser desmantelada ocupaba el pasillo que conducía al baño, donde la tina acostumbrada, hecha para enanos en un país de gigantes, tardaba tanto en llenarse como los tanques y depósitos aritméticos en los libros escolares rusos.

Ya estaba listo para la fiesta. La sala de estar tenía un sofá en el que podrían sentarse tres personas; dos sillas con respaldo de alas; un sillón excesivamente relleno; una silla con asiento de junco; un cojín y dos banquetas. De pronto sintió un extraño desasosiego al recorrer la pequeña lista de invitados. Era representativa, pero carecía de bouquet. Sin duda Pnin profesaba gran afecto a los Clements, con quienes había sostenido estimulantes conversaciones cuando fuera su pensionista (eran seres reales, no como esos maniqués que encontraba en las aulas universitarias); sin duda sentía hondo agradecimiento hacia Herman Hagen por sus múltiples servicios, tales como el aumento de sueldo que poco antes le procurara; sin duda mistress Hagen era, en el lenguaje de Waindell, «una persona encantadora»; sin duda mistress Thayer le prestaba siempre ayuda en la Biblioteca, y su marido tenía una capacidad sedante que demostraba cuan silencioso puede ser un hombre cuando se abstiene de hacer comentarios sobre el tiempo. Pero no había nada de extraordinario en esa combinación de personas, nada original, y el viejo Pnin recordó las fiestas de cumpleaños de su niñez, la media docena de chicos invitados que siempre eran los mismos, y los zapatos apretados, y las sienes doloridas, y la opacidad pesada, infeliz, deprimente que se aposentaba en él cuando ya se agotaban los juegos y un primo ruidoso empezaba a dar usos vulgares y estúpidos a lindos juguetes nuevos; y también recordó el zumbido solitario cuando, en el curso de la prolongada rutina del escondite, salía de un ropero oscuro y asfixiante de la pieza de la empleada para descubrir que todos sus compañeros habían vuelto a sus casas.

En su visita a un famoso almacén entre Waindellville e Isola, se había encontrado con Betty Bliss; la invitó y ella dijo que seguía recordando aquel poema en prosa de Turguenev sobre las rosas, con su refrán *Kad horoshi, kak avezhi* (Cuán bellas, cuan frescas), y que acudiría encantada. Invitó al célebre matemático Idelson y a su esposa, la escultora. Ambos manifestaron que irían con placer, pero más tarde le telefonaron para expresarle su pesar: habían olvidado un compromiso previo. Invitó a Miller, que ya era Profesor Asistente, y a Charlotte, su linda y pecosa mujer; desgraciadamente ésta se encontraba a punto de dar a luz. Invitó a Carroll, el jefe del personal del Hall Frieze, y a su hijo Frank, el único alumno aventajado de mi amigo, autor de una brillante tesis de doctorado sobre la relación entre los yámbicos rusos, ingleses y alemanes; pero Frank estaba en el ejército, y el anciano Carroll confesó que «la vieja y él no se mezclaban mucho con los profesores». Telefoneó a la residencia del rector Poore (con quien hablara una vez sobre el perfeccionamiento del plan de estudios, en una función al aire libre, hasta que comenzó a llover) rogándole que fuera; pero la sobrina del rector Poore le repuso que su tío ya «sólo visitaba a unos pocos amigos íntimos». Estaba a punto de abandonar la idea de agregar alguien más interesante a la reunión, cuando se le ocurrió una idea nueva y realmente admirable.

5

Pnin y yo habíamos aceptado tiempo atrás el hecho perturbador, pero pocas veces comentado, de que en cualquier cuerpo docente universitario se puede encontrar no sólo una persona que se parezca extraordinariamente al dentista o al cartero de la localidad, sino también a «un doble» dentro del mismo grupo profesional. Conozco un caso de «trillizos» en una universidad relativamente pequeña donde, de acuerdo con el ojo agudo del Rector Frank Reade, la raíz de la troika — aunque ello parezca absurdo — era yo. Y recuerdo que la difunta Olga Krotki me dijo un día que, entre los cincuenta o más miembros de la Facultad en un Colegio intensivo de Idiomas de tiempo de guerra, donde una pobre señora que sólo tenía un pulmón debía enseñar letón y fenugreco, había no menos de seis Pnines, aparte del —para mí— genuino y exclusivo representante. No debe sorprender, en consecuencia, que hasta Pnin, que no era muy observador en la vida diaria, se diera cuenta (más o menos en su noveno año en Waindell) de

que un viejo esmirriado, de anteojos, con escolásticos mechones caídos al lado derecho de su frente pequeña y arrugada, lleno de surcos profundos que bajaban de cada lado de su aguda nariz a las comisuras de su largo labio superior, y al que conocía como el profesor Thomas Wynn, Jefe del Departamento de Ornitología, por haber conversado con él en alguna reunión sobre oropéndolas doradas, cucús melancólicos y otros pájaros de las campiñas rusas, no siempre era el profesor Wynn. A veces se transformaba en otra persona, a la que Pnin no conocía de nombre, pero a la que no obstante llamaba, con su afición rusa por los juegos de palabras, «Twynn» (*twin*: doble; o, en pniniano, *Tvin*). Pronto comprendió mi amigo y compatriota que nunca sabría con certeza si el caballero con cara de mochuelo que caminaba rápidamente y con quien se cruzaba día por medio en diferentes puntos de su recorrido, entre la oficina y la sala de clase, entre la sala de clase y la escalera, entre la piletta y el lavatorio, era realmente su conocido, el ornitólogo, a quien se sentía obligado a hacer una venia al pasar, o si era el extraño que se le parecía y que correspondía a su sombrío saludo con el mismo grado de urbanidad automática con lo que lo haría un conocido casual. El momento del encuentro era muy breve, ya que ambos, Pnin y Wynn (o Twynn) andaban con rapidez. A veces Pnin, para evitar aquel intercambio de educados ladridos, simulaba leer de carrera una carta o conseguía eludir a su colega y verdugo, que avanzaba rápidamente, doblando por una escalera y continuando por un corredor con un piso inferior; pero tan pronto como empezaba a regocijarse de la habilidad de su ardid, casi chocaba con Tvin (o Vin) que venía por el mismo pasillo. Cuando comenzó el nuevo Trimestre de Otoño, el décimo de Pnin, la molestia se agravó, pues las horas de clase de éste cambiaron, viéndose obligado a eliminar ciertas tretas ya estudiadas para evitar a Wynn y al imitador de Wynn. Parecía que tendría que soportarlo siempre. Porque, recordando otros casos similares en el pasado (parecidos desconcertantes que sólo él había descubierto) el intrigado Pnin se dijo que sería inútil pedir ayuda a alguien para deshacer el enredo de los Wynn.

El día de su fiesta, cuando Pnin terminaba de almorzar en el Hall Frieze, Wynn, o su doble, que nunca había aparecido por ahí, se sentó de pronto a su lado y le dijo:

—Hace tiempo que deseaba preguntarle una cosa. ¿Usted enseña ruso, no es así? El verano pasado estuve leyendo un artículo sobre pájaros...

(«¡Vin! ¡Este es Vin! », se dijo Pnin, e inmediatamente, descubrió una forma decisiva de acción).

—Bien — prosiguió el otro—, el autor de este artículo, cuyo nombre no recuerdo (creo que era ruso), mencionaba que en la región de Skoff (espero que mi pronunciación sea correcta) fabrican una especie de torta en forma de pájaro. Básicamente, el símbolo es fálico, por supuesto, pero me he preguntado si usted conocería tal costumbre...

Fue entonces cuando la idea brillante resplandeció en la mente de Pnin.

—Señor, estoy a sus órdenes —dijo, con una nota de júbilo que estremeció su garganta, pues al fin veía la posibilidad de conocer definitivamente la personalidad de (al menos) el Wynn que amaba a los pájaros—. Sí, señor. Conozco mucho sobre esas *zhavoronki*, esas *douettes*, esas...; tenemos que consultar un diccionario para el nombre inglés. Aprovecho entonces la oportunidad para invitarlo cordialmente a casa esta tarde. Ocho y media de la tarde. Una fiestecita de inauguración de mi casa, nada más. Lleve también a su esposa, ¿o es usted soltero?

Su interlocutor dijo que no era casado y que le encantaría concurrir. ¿Cuál era la dirección?

—Via Todd 999. ¡Muy sencillo! Al final del camino, donde se une con la Avenida Cleef. Una casita de ladrillo y una enorme roca negra.

6

Aquella tarde, Pnin casi no podía reprimir sus ganas de comenzar sus operaciones culinarias. Las empezó poco después de las 5, y sólo se interrumpió para ponerse, en honor de sus huéspedes, una sibirítica bata de seda azul con cinturón de borlas y solapas de raso, ganada en una fiesta de caridad de emigrados rusos, en París, veinte años antes (¡cómo vuela el tiempo!). Se puso esa chaqueta y unos viejos pantalones de *smoking*, también de procedencia europea. Se miró en el espejo trizado del botiquín y se caló las pequeñas gafas de concha bajo cuyo puente sobresalía su nariz de patata rusa; inspeccionó sus mejillas y su mentón para ver si el afeitado matinal aún servía. Con el índice y el pulgar cogió un largo pelo que le asomaba por una fosa nasal; lo arrancó al segundo tirón y estornudó a sus anchas, resonando después de la explosión con un «jah! » de bienestar.

A las 7,30 llegó Betty para ayudar en los toques finales. Betty enseñaba Inglés e Historia en el Colegio de Isola. No había cambiado desde los días en que era una rolliza graduada. Sus miopes ojos grises

ribeteados de rojo miraban con la misma simpatía ingenua. Usaba la misma trenza gruesa, a lo Gretchen, alrededor de la cabeza. Tenía la misma cicatriz en la suave garganta. Pero en su mano regordeta había aparecido un anillo de compromiso con un diminuto brillante que desplegó con orgullo y coquetería ante Pnin, y éste experimentó una vaga punzada de tristeza. Pensó que habría podido cortejarla en una ocasión; lo habría hecho si ella no hubiera tenido la mentalidad de una sirvienta, mentalidad que, por lo demás, persistía inalterable. Aún relataba una historia larga a base de «ella dijo—yo dije—ella dijo». Nada podía hacerle perder su fe en la sabiduría y el ingenio de su revista femenina favorita. Continuaba teniendo el curioso gesto (compartido por dos o tres muchachas pueblerinas conocidas de Pnin) de dar al interlocutor un golpecito retardado en la manga, como aceptación o, mejor dicho, como castigo por alguna observación mordaz, por nimia que fuese. Si se le decía: «Betty, olvidó devolver ese libro»; o: «Creí, Betty, que había dicho que nunca se casaría», antes de contestar, aparecía el gestecito recatado y retraído en el momento justo en que sus dedos tocaban el puño del interlocutor.

—Es bioquímico y ahora está en Pittsburgh —dijo Betty, mientras ayudaba a Pnin a arreglar rebanadas de pan francés con mantequilla alrededor de una fuente de caviar fresco, y a lavar tres grandes racimos de uva. Había también un azafate con tajadas de fiambres; auténtico pan negro alemán, y una fuente de ensalada especial donde los langostinos se codeaban con los pepinillos en vinagre y las arvejas; unas salchichas en miniatura, con salsa de tomate; *pirozhi* (tortas de setas, tortas de coles); cuatro especie de nueces, y diversos y exóticos dulces orientales. Las bebidas serían whisky (contribución de Betty), ryabinovka (un licor de la fruta del fresno), cócteles de brandy con granadina y, por supuesto, el ponche de Pnin: una potente mezcla de Chateau Yquem helado, jugo de pomelos y maraschino, que el solemne anfitrión empezó a agitar en una gran ponchera de cristal aguamarina con un diseño de cintas enroscadas y hojas de — nenúfar.

—¡Qué cosa tan linda! —exclamó Betty. Pnin miró la ponchera agradablemente sorprendido, como si la viera por primera vez. Era, dijo, un regalo de Victor. ¿Cómo estaba Victor? ¿Le gustaba Saint Bart? Más o menos. Había comenzado el verano en California con su madre; después trabajó dos meses en un hotel de Yosemite. ¿Un qué? Un hotel, en las montañas de California. Bien. Había vuelto al colegio y, de pronto, le envió esa ponchera.

Por una tierna coincidencia, la ponchera había llegado el mismo día en que Pnin principiara a contar las invitaciones y a planear su fiesta. Llegó en una caja dentro de otra caja, y ésta dentro de una tercera, envuelta en una cantidad extravagante de papel y paja de arroz, los que se habían diseminado por la cocina como una tempestad de carnaval. La ponchera que emergió era uno de esos obsequios cuyo primer impacto produce en la mente de quien lo recibe una imagen coloreada, una nubosidad heráldica, reflejando con tal fuerza la dulce naturaleza del donante, que los atributos tangibles del objeto se disuelven, por así decirlo, en ese puro resplandor interior, pero que de pronto, y para siempre, adquieren una brillante existencia si los elogia un extraño que ignora la verdadera importancia del objeto.

En la casita resonó un tintineo musical y entraron los Clements con una botella de champaña francés y un ramo de dalias.

Joan, de ojos azul marino, largas pestañas y cabello rizado, llevaba un viejo vesrido negro más elegante que cualquier cosa que pudieran idear las damas de la Universidad. Siempre era un placer contemplar al bueno, viejo y calvo Tim Pnin inclinándose ligeramente para tocar con sus labios la fina mano de Joan, la única que entre las señoras de Waindell sabía levantarla al nivel preciso para que la besara un caballero ruso. Laurence, más gordo que nunca, con un elegante traje de franela gris, se hundió en el sillón e inmediatamente cogió el primer libro que encontró a mano (un diccionario de bolsillo Inglés-Ruso y Ruso-Inglés). Sosteniendo los anteojos en una mano, miró a lo lejos para recordar algo que siempre había deseado imaginar, pero que ahora se le escapaba. Esta actitud acentuaba su sorprendente parecido con el Canónigo van der Paele, de Jan van Eyck, con su mandíbula ancha y aureola de cabellos, sorprendido en un acceso de distracción frente a una Virgen intrigada, hacia la cual dirige su mirada una soberbia figura vestida a lo San Jorge. No le faltaba nada: la sien nudosa, la mirada triste y pensativa, los pliegues y surcos del rostro, los labios delgados y hasta la verruga en la mejilla izquierda.

No bien se instalaron los Clements, Betty hizo pasar al hombre que se interesaba por las tortas en forma de pájaros; Pnin iba a decir: «Profesor Vin», cuando Joan, por desgracia, interrumpió la presentación:

—¡Pero si conocemos mucho a Tom! ¿Quién no lo conoce?

Pnin volvió a la cocina y Betty ofreció unos cigarrillos búlgaros.

—Yo creía, Thomas — observó Clements, cruzando sus gruesas piernas—, que usted estaba en La Habana entrevistando a los R pescadores que trepan por palmeras.

—Iré allí a mitad de año —dijo el profesor Thomas—. Por supuesto, la mayor parte de la investigación práctica ya ha sido hecha por otros.

—Pero fue agradable obtener ese premio, ¿no es verdad?

—En nuestra especialidad —replicó Thomas, con perfecta compostura—, tenemos que emprender muchos viajes peligrosos. De hecho, puede ser que yo siga a las Islas Windward. Si —agregó, con risa hueca— el senador McCarthy no se opone a los viajes al extranjero.

—Recibió un premio de diez mil dólares —dijo Joan a Betty, cuyo rostro hizo una venia mientras ejecutaba el gesto que consistía en un semi-saludo lento con tensión de la barbilla y el labio inferior, que sugiere automáticamente, de parte de las Bettys de este mundo, la apreciación respetuosa, congratulatoria y ligeramente sobrecogida ante cosas tan importantes como cenar con un jefe, figurar en un *Quién es Quién*, o conocer a una duquesa.

Los Thayer, que llegaron en un *station-wagon* nuevo, obsequiaron a su anfitrión una elegante caja de caramelos de menta. El doctor Hagen, que llegó a pie, sostenía triunfante, con el brazo estirado, una botella de vodka.

—Doctor Hagen — exclamó Thomas, dándole la mano—, espero que el senador McCarthy no lo haya visto deambulando con eso.

El buen doctor había envejecido perceptiblemente desde el año anterior, pero aún se veía robusto y cuadrado como siempre, con sus hombros bien rellenos, su barbilla angulosa, las ventanillas cuadradas de su nariz, su glabella leonina y el corte rectangular de sus cabellos grises, que tenían algo de peluca. Vestía traje negro y camisa de nilón blanca; cruzaba su corbata negra un rayo rojo. Mistress Hagen, en el último momento, no había podido acompañarlo debido a una jaqueca terrible.

Pnin sirvió los cócteles, «o, mejor dicho, colas de flamenco, especial para ornitólogos», dijo con ligero sarcasmo.

—¡Gracias! —canturreó mistress Thayer al recibir el vaso, levantando sus cejas dibujadas con esa gentil interrogación destinada a combatir las nociones de sorpresa, mérito y placer. Era una señora atrayente y estirada, de nacarados dientes postizos, cara sonrosada y cabello ondulado y dorado; tenía alrededor de cuarenta años; y era como la prima provinciana de la elegante y reposada Joan Clements, que había viajado por todo el mundo; incluso Turquía y Egipto, y que estaba casada con el erudito más original y menos querido de la Universidad de Waindell. Por cierto que el marido de Margaret Thayer, miembro mudo y lúgubre del Departamento de Inglés, merecía un elogio. Este Departamento, a excepción de su entusiasta jefe, Cockerell, era un nido de hipocondríacos. Exteriormente, la figura de Roy se destacaba. Si se dibujase un par de zapatones viejos, dos parches de color beige para los codos, una pipa negra y dos ojos abolsonados bajo cejas espesas, sería fácil completar el resto. Hacia el centro del dibujo habría una oscura enfermedad del hígado, y, en segundo plano, la Poesía del Siglo xviii, cuya especialidad era la de Roy, un tupido pastizal con un riachuelo y un macizo de árboles llenos de iniciales grabadas; una cerca de alambre de púas a cada lado de su especialidad lo separaba, por un lado, del dominio del profesor Stowe, representante del siglo precedente, donde los corderos eran más blancos, el césped más blando, el arroyo más susurrante, y, por otro, de los comienzos del siglo xix, propiedad del doctor Shapiro, con hondonadas llenas de niebla, brumas marinas y uvas importadas. Roy Thayer eludía hablar de su especialidad; esquivaba, en general, hablar de cualquier tema; había dilapidado una década de vida gris en una obra erudita dedicada a un grupo olvidado de poetastros innecesarios, y mantenía un diario de vida detallado, en criptogramas versificados, con la esperanza de que la posterioridad lo descifrara algún día y, con sobria retrospección, lo proclamara el mayor triunfo literario de nuestra época. De acuerdo con lo que sé de nuestra época, Roy Thayer podría tener razón.

Cuando todos saboreaban y elogiaban los cócteles, el profesor Pnin se sentó en la rechinante banquetta junto a su nuevo amigo y dijo:

—Tengo que informar, señor, sobre la alondra, *zhavoronok*, en ruso, sobre la que me hizo el honor de interrogarme. Lleve esto con usted a casa. Ye he aquí escrito a máquina una relación condensada con bibliografía. Ahora nos transportaremos a la otra pieza donde, según creo, nos espera una cena à la *fourchette*.

8

Un rato después, los invitados, con sus platos llenos volvieron al salón y tras ellos llegó el ponche.

—Timofey, ¿dónde ha podido encontrar esa ponchera tan dina!— exclamó Joan.

—Es obsequio de Víctor.

—¿Pero dónde la encontró?

—Tienda de anticuario en Cranton, según creo.

—Tiene que haberle costado una fortuna.

—¿Un dólar? ¿Diez dólares? Acaso menos.

—¡Diez dólares! ¡Qué absurdo! Doscientos, diría yo. ¡Mírela! Mire este dibujo en espiral. Debería mostrársela a los Coc. kerell. Son expertos en cristales antiguos. Tienen, por ejemplo, un jarro Lake Dunmore que parece un pariente pobre comparado con esto.

Margaret Thayer la admiró a su vez y dijo que, cuando ella era niña, se imaginaba que las zapatillas de cristal de la Cenicienta tendrían ese mismo tinte azul verdoso. Pero el profesor Pnin observó que, *primero*, desearía conocer la opinión de los circunstantes en el sentido de si el contenido era tan bueno como el recipiente, y *segundo*, que las zapatillas de la Cenicienta no eran de cristal, sino de piel de ardilla rusa, *vak*, en francés. Este era, según dijo, un caso evidente de la supervivencia de los fuertes entre las palabras, porque verre era más evocador que vair, palabra que no derivaba de varius, variado, sino de veveñtsa, vocablo eslavo para cierta piel de invierno, hermosa y pálida, que tenía un tinte azulado, mejor dicho *sizily*, de columbina, derivado de columba, palabra latina que quiere decir paloma, como alguien de los ahí presente bien lo sabía.

—De modo que usted, mistress Thayer, tiene, en general, bastante razón.

—El contenido es excelente —dijo Laurence Clements.

—Esta bebida es deliciosa —dijo Margaret Thayer.

(—Siempre había creído que columbina era una especie de flor —dijo Thomas a Betty, quien asintió ligeramente.)

Entonces se pasó revista a las respectivas edades de varios niños. Eileen, la nieta de la hermana de mistress Thayer, tenía cinco años. Isabel, veintitrés, y estaba contentísima trabajando en Nueva York como secretaria. La hija del doctor Hagen, veinticuatro, y pronto regresaría de Europa donde había pasado un verano maravilloso recorriendo Baviera y Suiza con una anciana muy distinguida, Dorianna Karen, famosa actriz de cine entre 1920 y 1929.

Sonó el teléfono. Alguien deseaba hablar con mistress Sheppard. Con una precisión desusada en él para tales asuntos, el impredecible Pnin no sólo suministró la nueva dirección y número de teléfono de dicha señora, sino también la de su hijo mayor.

9

A las diez, el ponche de Pnin y el whisky de Betty habían surtido efecto y hacían hablar a los invitados más fuerte de lo que creían. Una mancha rojiza había aparecido en un costado del cuello de mistress Thayer, bajo la estrellita azul de su arete izquierdo, y ella, muy erguida en su asiento, obsequiaba a su anfitrión con el relato de una pelea entre dos de sus compañeros de trabajo en la Biblioteca. Era una sencilla historia de oficina, pero sus cambios de tono de soprano a bajo profundo y la conciencia de que la reunión se estuviera desenvolviendo con tanto éxito, hicieron que Pnin agachara la cabeza y emitiera carcajadas extáticas detrás de su mano. Roy Thayer guiñaba el ojo mirando el ponche, al que acercaba su nariz larga y porosa, y escuchaba atentamente a Joan Clements, quien, cuando estaba un tanto achispada, como ahora, hacía Y un simpático gesto con rápidos parpadeos o cerraba sus ojos azules con pestañas negras e interrumpía sus frases para apuntar un párrafo o para acumular nuevo ímpetu con un profundo «¡ah!». —¿No cree usted, ¡ah!, lo que procura hacer, ¡ah!, en todas sus novelas, ¡ah!, es prácticamente, ¡ah!, expresar la recurrencia fantástica de algunas situaciones? — Betty seguía siendo la misma personita controlada, ocupándose en distribuir refrescos como una experta. En la ventana circular, Clements, con su expresión triste, hacía girar el globo terráqueo, mientras Hagen, evitando cuidadosamente las entonaciones tradicionales que habría usado en un ambiente más a tono, relataba al sonriente Thomas la última anécdota sobre mistress Idelson, contada por mistress Blorengé a mistress Hagen. Pnin se les acercó llevando una bandeja con *nougat*.

—Esto no es para sus castos oído, Timofey —dijo Hagen a Pnin, quien no hallaba graciosas las anécdotas escabrosas—. No obstante...

Clements se alejó para reunirse con las señoras. Hagen empezó a repetir el cuento y Thomas volvió a sonreír. Pnin hizo ante el relator un movimiento de la mano: el gesto ruso de disgusto equivalente a decir: «¡Déjate de eso!», y dijo:

—He oído la misma anécdota hace 35 años en Odessa y ni siquiera entonces pude comprender su comicidad.

En una etapa posterior de la reunión se formaron otras combinaciones. En un rincón del sofá, el aburrido Clements hojeaba un álbum de Obras Maestras Flamencas, regalado a Victor por su madre y que el muchacho dejara a Pnin. Joan estaba sentada en el piso junto a las rodillas de su marido, con un plato de uvas en la falda de su amplio vestido, pensando en qué momento podrían retirarse sin lastimar a Timofey. Los otros escuchaban a Hagen, que disertaba sobre educación moderna.

—Puede reírse —dijo Hagen, lanzando una mirada aguda a Clements, que se defendió de la acusación negando con la cabeza mientras pasaba a Joan el álbum y le indicaba algo que había provocado su risa súbita.

—Puede reír, pero afirmo que el único modo de escapar del pantano (una gota no más, Timofey; es suficiente) es encerrar al estudiante en una celda a prueba de ruidos y eliminar la sala de conferencias.

—Sí, eso es —dijo Joan por lo bajo a su marido, devolviéndole el álbum.

—Me alegro que esté de acuerdo, Joan —continuó Hagen—. No obstante, me han llamado enfant terrible por exponer esta teoría, y quizá usted no convenga con ella tan fácilmente cuando termine de oírme. A disposición del estudiante aislado habrá discos que abarcarán todos los temas posibles...

—Pero la personalidad del conferenciante —dijo Margaret Thayer — de algo valdrá, creo yo.

—¡No vale nada! —gritó Hagen—. ¡Esa es la tragedia!

¿A quién, por ejemplo, le interesa él? —e indicó al radiante Pnin—. ¿A quién le interesa su personalidad? ¡A nadie! Rechazarían la maravillosa personalidad de Timofey sin un estremecimiento. El mundo quiere una máquina, no un Timofey.

—Podríamos tener a Timofey televisado —dijo Clements.

—¡Oh! Esto me encantaría —dijo Joan, sonriendo a su anfitrión, y Betty asintió con entusiasmo. Pnin hizo una inclinación profunda y extendió las manos con el gesto que significa: «¡Estoy desarmado!»

—¿Y qué dice usted de mi plan? —preguntó Hagen » Thomas.

—Yo puedo decirle lo que piensa Tom —dijo Clements, siempre el mismo cuadro del libro que tenía abierto sobre las rodillas—. Tom cree que el mejor método de enseñar es confiar en la polémica en clase, lo que significa dejar a veinte cabezas duras y a dos neuróticos engreídos que discutan 50 minutos sobre algo que ni ellos ni su profesor saben. Durante los últimos tres meses —continuó, sin transición alguna— he estado buscando este cuadro, y aquí está. El editor de mi nuevo libro sobre la *Filosofía del Gesto* quiere un retrato mío. Joan y yo sabíamos que en alguna parte habíamos encontrado un parecido sorprendente pintado por un Viejo Maestro, pero no nos acordábamos ni del período al que pertenecía; pues bien, aquí está, aquí está. El único retoque necesario consistiría en agregarle una camisa de sport y suprimirle la mano de guerrero.

—Debo protestar... —comenzó a decir Thomas. Clements pasó el libro abierto a Margaret Thayer, quien estalló en una carcajada.

—Debo protestar, Laurence —insistió Tom—. Una discusión serena en un ambiente de amplias generalizaciones es una aproximación más realista a la educación que la anticuada conferencia solemne.

—Por cierto, por cierto— dijeron los Clements. Joan se incorporó y cubrió su vaso con su alargada palma cuando Pnin intentó llenarlo nuevamente. Mistress Thayer miró su reloj-pulsera y luego a su marido. Un suave bostezo distendió la boca de Laurence. Betty preguntó a Thomas si conocía a un hombre de apellido Fogelman, experto en murciélagos, que vivía en Santa Clara, Cuba. Hagen pidió un vaso de agua o de cerveza. «¿ A quién ¡me recuerda Hagen?», pensó Pnin, de pronto. «¿A Eric Wind? ¿Por qué? Físicamente son muy distintos.»

La escena final se desarrolló en el vestíbulo. Hagen no podía , tacontrar el bastón que había traído (se había caído detrás de un baúl, en el closet).

—Y creo que dejé mi cartera en el sillón —dijo mistress [Thayer, empujando ligeramente a su cabizbajo marido hacia la ala de estar.

Pnin y Clements, en una conversación de último momento, se hallaban cada uno a un costado del umbral de la sala, como dos cariátides bien alimentadas, y se apartaron para dejar libre paso al silencioso Thayer. En medio de la habitación, el profesor Thomas, con las manos cruzadas a la espalda y empinándose de vez en cuando, conversaba con miss Bliss sobre Cuba, donde un primo del novio de

Betty viviera un tiempo, según ella tenía entendido. Thayer recorrió asiento tras asiento y encontró una cartera blanca, sin saber de dónde la tomaba, con la mente ocupada por las frases que escribiría esa noche en su diario:

Nos sentamos y bebimos, cada cual con su pasado oculto en sí mismo y los despertadores del destino fijos en futuros incalculables; cuando, por fin, hubo un toque de manos y los ojos de los consortes se enfrentaron...

Entretanto, Pnin preguntaba a Joan Clements y a Margaret Thayer si les gustaría ver cómo había arreglado las habitaciones de los altos. La idea les encantó, y las condujo arriba. Su llamado *kabinet* se veía muy íntimo; el piso rayado estaba cubierto con la alfombra más o menos pakistana que adquiriera para su oficina y que últimamente había escamoteado, en drástico silencio, de debajo de los pies del sorprendido Falternfels. Un chal escocés, bajo el cual Pnin cruzó el océano desde Europa en 1940, y algunos cojines endémicos, disimulaban el lecho. Las repisas rosadas que antes habían soportado varias generaciones de libros infantiles (desde Tom, el Lustrabotas, y El Camino del Éxito, de Horacio Alger, Jr., 1889, y Rodolfo en los Bosques, de Ernest Thompson Seton, 1911, hasta una edición de 1928, de la Enciclopedia Pictórica de Compton, en diez volúmenes, con pequeñas fotografías brumosas) contenían ahora 365 volúmenes de la Biblioteca de la Universidad de Waindell.

—Pensar que he anotado todos esos libros —suspiró mistress Thayer, revolviendo los ojos con fingido espanto.

—Algunos los anotó mistress Miller —dijo Pnin, adicto a la verdad histórica.

Lo que más sorprendió en el dormitorio a las visitantes fue, primero, un gran biombo plegable que aislaba el lecho de las insidiosas corrientes y, segundo, la vista que ofrecía la hilera de ventanitas: una pared de roca negra elevándose abruptamente a unos cincuenta pies de distancia, y un tramo de cielo pálido y estrellado sobre la negra vegetación de la piedra.

—Por fin está usted realmente cómodo —dijo Joan. »

—¿Y sabe lo que voy a contarle? —repuso Pnin, con voz vibrante de triunfo—. Mañana por la mañana, envuelto en el misterio, ¡veré a un caballero que quiere ayudarme a comprar esta casa! Bajaron. Roy entregó a su mujer la cartera de Betty. Hagen encontró su bastón. Buscaron la cartera de Margaret. Laurence reapareció.

—Hasta luego, ¡hasta luego, profesor Vin! —dijo Pnin, con las mejillas encendidas y redondas a la luz de la lámpara del porche.

Todavía en el vestíbulo, Betty y Margaret Thayer admiraban el bastón del orgulloso doctor Hagen, recién enviado de Alemania; un garrote nudoso con una cabeza de asno por mango. La cabeza podía mover una oreja. El bastón había pertenecido al abuelo bávaro del doctor Hagen, un párroco rural. El mecanismo de la otra oreja se había roto en 1914, según una nota dejada por el Pastor. Hagen lo usaba, según dijo, para defenderse de cierto perro alsaciano de la Plaza Greenlawn, porque los perros americanos no están habituados a ver peatones. Prefería caminar a andar en automóvil. La oreja no podía restaurarse, al menos en Waindell.

—Me he quedado pensando por qué me llamó así —dijo T. W. Thomas, profesor de Antropología, a Laurence y Joan Clements, mientras caminaban a través de la oscuridad azul hacia cuatro automóviles detenidos bajo los olmos del otro lado del camino.

—Nuestro amigo Pnin —repuso Clements—, emplea una nomenclatura propia. Sus divagaciones verbales agregan una emoción nueva a la vida. Sus errores son múltiples. Sus lapsus linguae son oraculares. A mi mujer la llama John.

—Pero lo sigo encontrando un tanto raro —insistió Thomas.

—Es probable que lo haya confundido a usted con otro —dijo Clements—. Y bien puede ser que usted sea otro.

Antes de que atravesaran la calle los alcanzó el doctor Hagen. El profesor Thomas, siempre intrigado, se despidió.

—Bien —dijo Hagen.

Era una hermosa noche de otoño.

Joan preguntó:

—¿De veras no quiere que lo llevemos?

—Es una caminata de diez minutos. Y en esta noche maravillosa, caminar es un imperativo.

Los tres se quedaron un momento contemplando las estrellas.

—Cada una de ellas es un mundo —dijo Hagen, mirándolas.

—O un espantoso caos —dijo Clements, con un bostezo—. Temo que sean un cadáver fluorescente y que nosotros estemos dentro.

Del porche iluminado llegó la risa generosa de Pnin que terminaba de contar a los Thayer y a Betty Bliss cómo también él, en una ocasión, había tomado una cartera equivocada.

—Ven, mi cadáver fluorescente —dijo Joan—. Caminemos. Ha sido muy agradable verlo, Herman. Déle saludos a Irmgard. ¡Qué fiesta tan deliciosa! Nunca había visto tan feliz a Timofey.

—Sí, muchas gracias —dijo Hagen, distraído.

—Usted debiera haber visto —prosiguió Joan— su expresión cuando nos dijo que mañana hablaría con un corredor de propiedades para comprar la casa de sus sueños.

—¿Lo dijo? ¿Está segura de que lo dijo? —preguntó bruscamente Hagen.

—Completamente segura —dijo Joan—. Y si alguien necesita una casa, por cierto que es Timofey.

—Bien, buenas noches —dijo Hagen—. Me alegro de que pudieran venir. Buenas noches.

Esperó que llegaran al automóvil, vaciló, pero luego volvió al porche iluminado. Allí, de pie, como si estuviera en un proscenio, Pnin estrechaba por segunda o tercera vez la mano a los Thayer y a Betty.

(—Yo nunca —dijo Joan, mientras hacía retroceder el coche y maniobraba con el volante—, nunca habría permitido que mi hija fuera al extranjero con esa vieja lesbiana—. Cuidado —dijo Laurence—, está borracho, pero puede oír.)

—No lo perdonaré —decía Betty a su alegre anfitrión— por no dejarme lavar los platos.

—Yo lo ayudaré —dijo Hagen, subiéndolo los peldaños y golpeándolos con el bastón—. Ustedes, niños, márchense.

Hubo una última distribución de apretones de manos y los Thayer y Betty se alejaron.

12

—Primero... —dijo Hagen, mientras entraban a la sala—, creo que voy a beber una última copa de vino con usted.

—¡Perfecto, perfecto! —exclamó Pnin—. Terminemos mi cruchon.

Se arrellenaron, y el doctor Hagen dijo:

—Usted es un anfitrión maravilloso, Timofey. Este es un momento muy agradable. Mi abuelo solía decir que un vaso de buen vino debe ser bebido a sorbos y paladeado como si fuera el último antes de la ejecución. Me pregunto: ¿qué puso usted en este ponche? También me pregunto sí, como afirma la encantadora Joan, usted piensa comprar esta casa.

—No pienso, sólo atisbo la posibilidad —replicó Pnin, con risa gorgoreante.

—Pongo en duda la prudencia de la operación —continuó Hagen, calentando la copa entre las manos.

—Esperaré, naturalmente, a que me den mi título oficial —dijo Pnin astutamente—. Soy Profesor Asistente desde hace nueve años. Los años corren. Pronto seré Asistente por Mérito. Hagen, ¿por qué guarda silencio?

—Usted me coloca en una posición muy difícil, Timofey. Habría preferido que no planteara esa cuestión.

—No planteo ninguna cuestión. Digo simplemente que espero, no en el año próximo, sino, por ejemplo, para el centenario de la Liberación de Siervos, que Waindell me haga Profesor Asociado.

—Vea usted, querido amigo, tengo que comunicarle un triste secreto. No es oficial todavía y usted debe prometerme que no lo repetirá.

—Juro —dijo Pnin, alzando la mano.

—Usted no debe ignorar —continuó Hagen— con qué dedicación, con cuánto cariño construí nuestro gran Departamento. Yo tampoco soy joven. Usted dice, Timofey, que ha estado aquí nueve años. ¡Yo he dado mi vida durante veintinueve años a esta Universidad! Todo mi modesto aporte. Mi amigo, el doctor Kraft, me escribió, hace unos días: «Usted, Herman Hagen, ha hecho más por Alemania en América que lo que todas nuestras misiones han hecho por América en Alemania». Y ¿qué sucede ahora? He cobijado a este Falternfels, a este dragón, en mi seno, y él se ha dado maña para introducirse en una posición clave. ¡Le ahorro los detalles de la intriga!

—Sí —dijo Pnin, con un suspiro—, la intriga es horrible, horrible. Pero, por otra parte, el trabajo honrado siempre se reivindica. Usted y yo dirigiremos el año próximo espléndidos cursos nuevos que he planificado hace tiempo. Sobre la Tiranía. Sobre la Bota. Sobre Nicolás I. Sobre todos los precursores de la atrocidad moderna. Hagen, cuando hablamos de injusticia, olvidamos las masacres de Armenia, las torturas que inventó el Tibet, los colonizadores de África... ¡La historia del hombre es la historia del dolor! Hagen se inclinó hacia su amigo y le dio unos golpecitos en la nudosa rodilla.

—Usted es un romántico extraordinario, Timofey, y en circunstancias más propicias... No obstante, puedo decirle que en el Trimestre de Primavera haremos algo fuera de lo común. Vamos a presentar un programa teatral; obras que variarán desde Kotzebue a Hauptmann. Lo veo como una especie de apoteosis final... Pero no nos adelantemos. Yo también soy un romántico, Timofey, y, en consecuencia, no puedo trabajar con personas como Bodo, tal como lo desea nuestro Consejo. Kraft se retira de Seabord y me han ofrecido que lo reemplace a partir del próximo otoño.

—Lo felicito —dijo Pnin, calurosamente.

—Gracias, amigo mío. Es una posición hermosa y prominente, por cierto. Aplicaré a un campo más vasto de enseñanza y administración la inestimable experiencia que he adquirido aquí. Pero como sé que Bodo no lo mantendrá a usted en el Departamento de Alemán, mi primer paso fue sugerir que usted fuera conmigo. Desgraciadamente, me dicen que ya tienen bastantes esclavistas en Seabord. Hablé entonces con Blorengé, pero el Departamento de Francés también está completo. Es lamentable que Waindell considere antieconómico remunerar a usted por dos o tres cursos de ruso que ya han dejado de atraer alumnos. Las tendencias políticas en América, bien lo sabemos, desalientan el interés por lo ruso. En cambio, usted se alegrará de saber que el Departamento de Inglés ha invitado a uno de sus compatriotas más brillantes, un conferenciante realmente fascinador (lo oí en una ocasión); creo que es un antiguo amigo suyo.

Pnin se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Eso significa que me despiden?

—No lo tome así, Timofey. Estoy seguro de que su antiguo amigo...

—¿Quién es el antiguo amigo? —preguntó Pnin, entrecerrando los ojos.

Hagen nombró al conferenciante fascinador.

Echado hacia delante, con los codos en las rodillas, juntando y separando las manos Pnin dijo: hay para mí una cosa perfectamente clara: nunca trabajaré a sus órdenes.

—Más vale que lo consulte con la almohada. Quizá se pueda encontrar otra solución. En todo caso, tendremos amplias oportunidades de discutir estos asuntos. Seguiremos enseñando, usted y yo, como si nada hubiera sucedido, nicht wahr? ¡Hay que ser valientes, Timofey!

—Así que me han despedido —repitió Pnin, juntando las manos y bajando la cabeza.

—Sí, estamos en el mismo bote, en el mismo bote —dijo Hagen, jovialmente, mientras se incorporaba. Ya era muy tarde.

—Ahora me voy —agregó Hagen, quien, si bien era menos adicto al uso del presente que Pnin, también lo empleaba con frecuencia—. Ha sido una reunión espléndida y nunca me hubiera permitido estropear la alegría si nuestra mutua amiga no me hubiera informado acerca de sus intenciones optimistas. Buenas noches. ¡Oh!, a propósito... Naturalmente, usted recibirá su honorario por el Trimestre de Otoño completo, y en seguida veremos cuánto podremos darle en el de Primavera, especialmente si usted consiente en liberar mis viejos hombros de cierto trabajo estúpido de oficina y si participa vitalmente en el programa de teatro de New Hall. Creo que usted debería representar algún papel bajo la dirección de mi hija. Lo distraería de sus tristes pensamientos. Ahora, a la cama en seguida, y póngase a leer una buena novela de misterio mientras le viene el sueño.

En el pórtico, estrechó la mano inerte de Pnin con inusitado vigor. En seguida hizo molinetes con el bastón y bajó alegremente los peldaños de madera.

La puerta enrejada se cerró detrás suyo.

Der arme Kerh, pobre hombre, murmuró para sí el bondadoso Hagen, mientras caminaba hacia su casa. «Por lo menos, le he dorado la píldora.»

13

Pnin llevó al lavaplatos la vajilla de loza y los cubiertos sucios que había en la mesa principal y en la mesita y guardó la comida sobrante bajo la brillante luz ártica del refrigerador. El jamón y la ensalada no había tenido éxito y quedaba suficiente caviar y tortas de carne para una o dos comidas. «Bum-bum-bum» hizo el armario de la loza cuando Pnin pasó a su lado. Inspeccionó la pequeña sala y se puso a ordenarla. Joan había aplastado una colilla teñida con lápiz labial en su platillo; Betty no había dejado huellas, y había llevado todos los vasos a la cocina; mistress Thayer había olvidado una cajita de lindos fósforos multicolores en el plato, junto a un trozo de nougat; mister Thayer había retorcido, en toda clase de formas fantasmales, media docena de servilletas de papel; Hagen había apagado una colilla de cigarro sobre un racimo de uvas intacto.

En la cocina, Pnin se preparó a lavar la vajilla. Se quitó la chaqueta de seda, la corbata y la dentadura postiza. Para proteger la pechera de su camisa y sus pantalones de *smoking*, se puso un delantal de soubrette, cuajado de lunares. Raspó los platos guardando los bocados en un cartucho de papel para dárselos a un perrito blanco sarnoso que solía visitarlo por las tardes. No había razón para que la desventura de un ser humano interfiriera el placer de un perro.

Puso un poco de jabón en el lavaplatos, para limpiar la loza, los cubiertos y la cristalería, y con infinito cuidado introdujo la ponchera aguamarina en la espuma tibia. Su cristal resonante emitió un sonido de apagada suavidad cuando llegó al fondo. Enjuagó las copas ambarinas y los cubiertos de plata sumergiéndolos en el mismo jaboncillo. Luego sacó los cuchillos, tenedores y cucharas, los enjuagó y comenzó a secarlos. Trabajaba con suma lentitud, con cierto aire ausente que podría haberse confundido con distracción en un hombre menos metódico. Reunió las cucharas secas en un ramillete, las colocó en un jarro que había lavado pero no secado, y las volvió a retirar una por una para secarlas de nuevo. Buscó bajo las burbujas entre los vasos y debajo de la melodiosa ponchera por si quedaba alguna pieza olvidada y recuperó un cascanueces. El escrupuloso Pnin lo enjuagó, y estaba secándolo cuando este objeto, todo piernas, resbaló de entre el paño y cayó tal como se precipita un hombre desde un tejado. Estuvo a punto de cogerlo; sus dedos lo tocaron en el aire, pero sólo consiguió dirigirlo hacia la espuma terrorífica del fregadero, donde un crujido desgarrador de cristal roto siguió a la zambullida.

Pnin lanzó el paño a un rincón y, volviendo la espalda, se quedó un rato mirando la negrura exterior, a través de la puerta de servicio abierta. Un silencioso insecto verde, con alas de encaje, giraba alrededor del fuerte resplandor de una lámpara colgada sobre la cabeza calva y lustrosa de Pnin. Este parecía muy viejo, con su boca desdentada entreabierta y esa nube de lágrimas contenidas empañando sus ojos que no veían ni pestañeaban. Entonces, con un gemido de angustiosa ansiedad, volvió al lavaplatos y, armándose de valor, hundió la mano en la espuma. Una astilla de vidrio lo pinchó. Suavemente retiró una copa quebrada. La hermosa ponchera estaba intacta. Cogió un paño y prosiguió con el trabajo doméstico.

Cuando todo estuvo limpio y seco, y la ponchera, despectiva y serena, quedó guardada en la firme repisa de un armario, y la brillante casita se encerró bajo llave en la gran noche oscura, Pnin se sentó junto a la mesa de la cocina y, tomando del cajón una hoja de papel amarillo, destapó su estilográfica y comenzó a escribir el borrador de una carta:

Estimado Hagen — escribió, con su letra clara y firme—, permítame recapitular la conversación que sostuvimos esta noche. Debo confesar que ella me sorprendió un tanto. Si tuve el honor de comprender correctamente, usted dijo que...

CAPITULO SÉPTIMO

1

Mi primer recuerdo de Timofey Pnin está asociado con una partícula de carbón que se introdujo en mi ojo izquierdo un domingo de primavera de 1911.

Era una de esas mañanas ásperas, borrascosas y lustrosas de San Petersburgo, cuando el último trozo transparente de hielo del Ladoga ha sido arrastrado al golfo por el Neva, donde las olas índigo se hinchan y lamen el granito del malecón, mientras los remolcadores y las grandes barcas amarradas a lo largo del embarcadero crujen y entrechocan rítmicamente, y los anclados yates, de caoba y hierro, brillan bajo el sol cambiante. Yo había estado probando una bicicleta inglesa nueva que me acababan de regalar para mi duodécimo cumpleaños y, mientras me dirigía a nuestra casa de piedra rosada, en el Moskaya, la conciencia de haber desobedecido gravemente a mi preceptor me molestaba menos que aquel doloroso carboncillo instalado en mi ojo. Los remedios caseros, tales como aplicaciones de motas de algodón empapadas en té frío y las *tri-k-nosu* (fricciones del párpado) sólo empeoraban las cosas. Cuando desperté, a la mañana siguiente, el objeto que acechaba bajo mi párpado superior producía la sensación de ser un polígono sólido que a cada lacrimoso parpadeo se hundiera más y más. Por la tarde me llevaron a visitar a un famoso oftalmólogo, el doctor Pavel Pnin.

Uno de esos tontos incidentes que se fijan en la mente receptiva de un niño, dejó marcado para siempre el rato que mi preceptor y yo pasamos en la sala de espera de felpa y polvillo de sol del doctor Pnin, donde la mancha azul de una ventana de miniatura se reflejaba en la cúpula del reloj de la repisa de la chimenea, y donde dos moscas describían lentos cuadrados alrededor de un yerto candelabro. Una

señora de sombrero emplumado y su marido, de anteojos negros, se hallaban en el sofá, sumidos en conyugal silencio; luego entró un oficial de caballería y tomó asiento junto a la ventana para leer un periódico; poco después el marido pasó a la consulta del doctor Pnin, y entonces observé una expresión extraña en el rostro de mi preceptor.

Seguí con mi ojo sano su mirada. El oficial se inclinaba hacia la señora; en un francés rápido, la estaba reprendiendo por algo que había hecho o había omitido hacer el día anterior; ella le dio a besar su mano enguantada; él se adhirió al guante de la dama y, en seguida se fue, curado del mal que lo aquejaba.

Por la suavidad de las facciones, la estatura, la delgadez de las piernas y la forma simiesca de la oreja y el labio superior, el doctor Pnin se parecía mucho a su hijo Timofey, tal como éste llegaría a ser tres o cuatro décadas más tarde. Sin embargo, en el padre, una franja de cabellos pajizos poblaba la superficie craneal; usaba un *pince-nez* bordeado de negro, con una cinta también negra, como el difunto doctor Chekhov; tartamudeaba levemente y su voz era muy distinta a la que después tuvo su hijo. ¡Y qué alivio tan enorme fue cuando, con un instrumento diminuto como la patita de un elfo, el suave médico retiró de mi ojo la dolorosa partícula negra! Me pregunto dónde estará ahora esa partícula. Lo absurdo es que aún existe en alguna parte.

Es probable que durante mis visitas a compañeros de colegio hubiera visto yo otros departamentos típicos de la clase media, porque, inconscientemente, retuve una imagen del departamento de los Pnin que bien puede corresponder a la realidad. Posiblemente aquél consistiera en dos hileras de habitaciones separadas por un corredor largo: a un lado, la sala de espera y la consulta del doctor; tal vez un comedor y, más allá, un salón; al otro lado, dos o tres dormitorios, una sala de estudio, una sala de baño, el dormitorio de servicio y la cocina. Ya iba a marcharme con un remedio para los ojos, mientras mi preceptor aprovechaba la oportunidad para preguntar al doctor Pnin si el cansancio de la vista podía producir perturbaciones gástricas, cuando se abrió y se cerró la puerta de la calle. El doctor Pnin se dirigió, ágilmente al pasillo, hizo una pregunta, se oyó una respuesta apagada y volvió con su hijo Timofey, un *gimnazist* de trece años, con su uniforme de *gimnazicheskiy*: blusa negra, pantalón negro y cinturón negro de charol. (Yo iba a un colegio más liberal, donde vestíamos a nuestro antojo.)

¿Recuerdo, en realidad, su pelo corto, su inflada cara pálida y sus rojas orejas? Sí, con toda claridad. Recuerdo aún su manera de retirar el hombro debajo de la orgullosa mano paterna mientras la orgullosa voz paternal decía:

—Este niño acaba de obtener un cinco y medio en el examen de Algebra.

Desde el corredor llegaba un penetrante olor a budín de coles, y, a través de la puerta abierta de la sala de estudio, se divisaba un mapa de Rusia. Sobre la pared, algunos libros colocados en un estante, una ardilla de paño y un monoplano de juguete, con alas de tela y motor de elástico. Si se enrollaba la hélice más de lo debido, el elástico empezaba a retorcerse formando fascinantes remolinos que anunciaban el fin de su resistencia.

2

Cinco años más tarde, después de pasar el verano en nuestra finca cercana a San Petersburgo, mi madre, mi hermana menor y yo visitamos a una tía vieja y aburrida en un dominio rural extrañamente desolado y situado no lejos de un famoso balneario de la costa del Báltico. Una tarde, mientras con reconcentrado éxtasis estaba yo extendiendo un espécimen muy raro de *Paphia Fritillary* cuyas bandas plateadas se habían unido en una extensión pareja y de brillo metálico sobre sus alas traseras, un camarero me avisó que la señora deseaba verme. La encontré en el salón de recepciones hablando con dos muchachos orgullosos vestidos con uniformes universitarios. Uno, el de la pelusa rubia, era Timofey Pnin; el otro, de cabellos rojizos, era Grigory Belochkin. Habían ido a solicitar la autorización de mi tía abuela para representar una pieza teatral en una bodega vacía situada en los confines de su propiedad. La obra era una traducción rusa del *Liebelej*, en tres actos, de Arthur Schnitzler. Ancharov, un actor provinciano semi-profesional, cuya reputación se basaba principalmente en algunos recortes de diarios ya desvaídos, los ayudaría a preparar la función. ¿Quería yo participar? Pero a los dieciséis años yo era tan arrogante como tímido, y me negué a representar el caballero anónimo en el primer acto. La entrevista terminó con un mutuo malestar que no disminuyó al volcar Pnin, o Belochkin, una copa de *kvas* de pera; y yo volví a mi mariposa. Quince días después tuve que asistir a la representación. La bodega estaba llena de *dachniki* (veraneantes) y soldados convalecientes de un hospital cercano. Fui con mi hermano. Al lado mío se sentó el administrador de las propiedades de mi tía, Robert Karlovich Horn, hombre gordo y alegre, natural de Riga, de ojos inyectados color azul-porcelana, que aplaudía con

entusiasmo cuando no era apropiado. Recuerdo el olor de la decoración de ramas de abeto y los ojos de los niños campesinos brillando en los intersticios de las murallas. Los asientos de primera fila estaban tan cerca del proscenio que, cuando el marido traicionado exhibió un paquete de cartas de amor escritas a su esposa por Fritz Lobheimer, oficial de dragones y estudiante universitario, y las lanzó a la cara de Fritz, se vio perfectamente que eran tarjetas postales viejas. Estoy seguro de que el pequeño papel de este airado caballero fue desempeñado por Timofey Pnin (aunque también podría haber aparecido personificando a otro en los actos siguientes); pero un abrigo color ante, espesos bigotes y una peluca oscura con raya al medio, disfrazaban de tal manera, que el minúsculo interés que yo sentía por su existencia no habría podido garantizar una seguridad consciente de mi parte. Fritz, el joven amante condenado a morir en un duelo, no sólo tenía esa intriga misteriosa entre bastidores con la dama de terciopelo negro, esposa del Caballero, sino que jugaba también con el corazón de Christine, una ingenua joven vienesa. El papel de Fritz lo representaba el cuarentón y fornido Ancharov, que estaba maquillado y se golpeaba el pecho como quien sacude alfombras, y que con sus contribuciones improvisadas al papel que había desdeñado aprender casi paralizaba al amigo de Fritz, Theodor Kaiser (Grigoriy Belochkin). Una solterona, adinerada en la vida real, a quien Ancharov trataba de complacer, hacía malamente el papel de Christine Weiring, la hija del violinista. El papel de la pequeña sombrerera, querida de Theodor, Mizi Schlager, fue desempeñado en forma encantadora por una linda niña de cuello espigado y ojos de terciopelo, la hermana de Belochkin, que se llevó la mayor ovación de la noche.

No es probable que durante los años de la Revolución y la Guerra Civil que la siguió, haya tenido yo ocasión de recordar al doctor Pnin y a su hijo. Si he reconstruido con cierto detalle las impresiones precedentes; es sólo para fijar lo que pasó por mi mente como un destello cuando, en una noche de abril de principios de la década 1920-29, en un café de París, me encontré dando un apretón de manos a Timofey Pnin, entonces de barba rojiza y ojos infantiles, joven y erudito autor de varios artículos admirables sobre la cultura rusa. Los escritores y artistas emigrados acostumbraban reunirse en *Les Trois Fontaines* después de los recitales o charlas, tan populares entre los expatriados rusos; y fue en una de esas ocasiones cuando, afónico todavía por la lectura, no sólo traté de recordar a Pnin nuestros anteriores encuentros, sino de entretener a los que lo rodeaban con la extraordinaria fuerza y lucidez de mi memoria. Sin embargo, él lo negó todo. Dijo que recordaba vagamente a mi tía abuela, pero que nunca la había visto. Dijo que sus notas en álgebra habían sido siempre mediocres y que, en todo caso, su padre nunca lo había exhibido a sus clientes. Dijo que en *Zabava* (Liebele) sólo hizo el papel del padre de Christine. Nuestra pequeña discusión no pasó de una broma; todos rieron. Dándome cuenta de la resistencia que él oponía a reconocer su propio pasado, pasé a un tema menos personal.

Luego me percaté de que una muchacha llamativa, que llevaba una blusa de seda negra, se había constituido en mi mejor auditora. Estaba ante mí, de pie, con el codo derecho apoyado en la palma izquierda, sosteniendo un cigarrillo entre el pulgar y el índice de la mano derecha como lo habría hecho una gitana. Tenía los brillantes ojos azules semicerrados por el humo que escapaba del cigarrillo. Era Liza Bogolepov, estudiante de medicina y también poetisa. Me preguntó si podía enviarme un puñado de poemas para que los criticara. Un poco después, en la misma reunión, la vi sentada junto a un joven compositor repulsivamente velludo, Iván Nagoy. Estaban bebiendo *auf Bruderschaft*, lo que se hace enlazando el brazo con el del compañero de bebida; y unos cuantos asientos más allá, el doctor Barakan, un neurólogo de talento y reciente amante de Liza, la observaba con muda desespe—; ración. Pocos días más tarde ella me envió los poemas. Una gran parte de su producción pertenecía a la especie que las rimadoras emigradas escribían imitando a Akhmatova: poemitas lírico-sentimentales que comenzaban de puntillas, con tetrámetros más o menos anapésticos, y acababan por sentarse pesadamente, dando un suspiro melancólico.

*Samotsvétov króme ochéy
Net u menyá nikakíb
No esf roza eshchó nezhnéy
Rózovih gúb moih.
y uno sha tihiv skazál:
«Vashe sérdtse vsegó nezhnéy...»
I yá opustila glazá...*

He marcado los acentos tónicos y transliterado el ruso de acuerdo con la convención acostumbrada de que la «u» y la «i» son cortas, y de que la «zh» se parece a la «j» francesa. Rimas tan incompletas como

skazál-glazá eran consideradas muy elegantes. Obsérvense también las corrientes subterráneas eróticas y las sugerencias de *cour d'amour*. Una traducción en prosa diría así:

No poseo joyas aparte de mis ojos, pero tengo una rosa que es más suave aún que mis labios rosados. Y un joven tímido me dijo: «Nada hay más blando que tu corazón.» Y yo bajé la mirada.

Contesté a Liza diciéndole que sus poemas eran malos y que dejara de versificar. Un tiempo después la vi en otro café, sentada ante una mesa larga, floreciente y deslumbradora entre una docena de jóvenes poetas. Mantenía fija en mí su mirada de zafiro con persistencia burlesca y misteriosa. Hablamos. Le propuse que me dejara ver nuevamente esos poemas en un sitio más tranquilo. Lo hizo. Le dije que los encontraba aún peores de lo que me habían parecido en la primera lectura. Vivía en la habitación más barata de un ruinoso hotelito, sin baño, y con un par de jóvenes ingleses por vecinos, ambos enamorados de ella.

¡Pobre Liza! Tenía, por supuesto, sus momentos artísticos en que se detenía, arrobada, en una noche de mayo en una calle miserable, para admirar, no: para adorar, los restos abigarrados de algún afiche viejo a la luz de un farol, en medio del verde translúcido de las hojas de tilo que caían junto a él. Pero era una de esas mujeres que combinan una belleza sana con un espíritu vulgar, emanaciones líncas con una mente muy práctica y muy vulgar; el mal humor con el sentimentalismo, una entrega lánguida con una robusta capacidad para descargar en otros una serie de imposiciones absurdas. Como resultado de ciertas emociones, y en el curso de algunos acontecimientos cuya narración no interesaría al lector, Liza se tragó un puñado de píldoras somníferas. Al quedar inconsciente, desparramó un frasco de tinta roja con la que acostumbraba a escribir sus versos. Y fue ese hilillo vívido que escapaba por debajo de su puerta el que la salvó, al ser visto por Chris y Lew en el momento preciso.

Después de este percance pasé una quincena sin verla; hasta que, en vísperas de mi partida a Suiza y Alemania, me acorraló en el jardincillo en que remataba mi calle. Se veía esbelta y extraña con aquel lindo vestido nuevo del mismo color gris paloma que tiene París, y con ese sombrero, también nuevo y realmente fascinador, adornado con un ala de pájaro azul. Me entregó un papel doblado.

—Necesito un último consejo de usted — me dijo, con lo que llaman los franceses una voz «blanca»—. Esta es una propuesta matrimonial que he recibido. Esperaré hasta medianoche. Si usted no se hace presente, la aceptaré.

Llamó un taxi y partió.

Casualmente, la carta ha quedado entre mis papeles. Hela aquí;

Temo que mi confusión la lastime, querida Lise (el autor de la carta, aunque escribía en ruso, la llamaba con la forma francesa de su nombre, supongo que para evitar el «Liza», demasiado familiar, y el Elizaveta Innokentievna, excesivamente ceremonioso). *Siempre es doloroso para una persona sensitiva (chutkiy) ver a otra en una situación difícil. Y yo me encuentro, decididamente, en una posición muy difícil.*

Usted, Lise, está rodeada de poetas, hombres de ciencia, artistas y elegantes. Se dice que el célebre pintor que hizo su retrato el año pasado se ha entregado a la bebida (gevoryat, spilsya) en las tierras salvajes de Massachusetts. Se rumorean otras cosas. Y aquí me tiene, osando escribirle.

*No soy bien parecido; no soy interesante; no poseo talento; ni siquiera soy rico. Pero, Lise, le ofrezco todo lo que tengo. Y, créame, es más de lo que cualquier genio puede ofrecerle, porque un genio tiene que reservarse para sí, por lo que no puede ofrecerle todo su ser como yo lo hago. Es posible que yo no sea feliz, pero haré todo lo que pueda para que usted lo sea. Quiero que escriba poemas. Quiero que continúe sus investigaciones psico-terapéuticas, que no comprendo mucho, aunque dudo de la validez de lo que entiendo. Agregó, al pasar, que en sobre separado le envió un folleto publicado en Praga por mi amigo el profesor Chateau, quien refuta brillantemente la teoría de su doctor Halp: aquella que dice que el nacimiento es un acto suicida por parte de la criatura. Me he permitido corregir una errata evidente en la página 48 del excelente artículo de Chateau. Espero su... (probablemente aquí decía: *decisión*, pero el pie de la página con la firma había sido recortado por Liza).*

4

Cuando volví a visitar París, media docena de años más tarde, supe que Timofey Pnin se había casado con Liza Bogolepov poco después de mi partida. Ella me envió una colección publicada de sus poemas: *Suhie Gubi* (Labios Secos), dedicada en tinta roja oscura: «De una Forastera a otro Forastero» (*neznakomtsu ot neznakomki*). Los vi en una tertulia en el departamento de un emigrado famoso, un

socialrevolucionario, una de esas reuniones de confianza en que terroristas anticuados, monjas heroicas, hedonistas de talento, liberales, jóvenes poetas-aventureros, artistas y novelistas ancianos, editores y publicistas, filósofos libre-pensadores y eruditos representaban una especie de caballería andante el núcleo activo y significativo de una sociedad excitada que, durante un tercio de siglo, permaneció prácticamente ignorada de los intelectuales americanos, para quienes, gracias a la astuta propaganda comunista, el ser emigrado ruso equivalía a pertenecer a una masa vaga y perfectamente ficticia de los llamados «trotskistas» (quienesquiera que sean), reaccionarios arruinados, hombres de la cheka reformados o disfrazados, damas nobles, sacerdotes profesionales, dueños de restaurantes y grupos militares de la Rusia Blanca, desprovistos de toda importancia cultural.

Aprovechando la circunstancia de que Pnin estaba enfrascado en una discusión política sobre Kerenski en el otro extremo de la mesa, Liza me informó, con la brutal sinceridad que la caracterizaba, que «había dicho todo a Timofey»; que él era un «santo» y que la había «perdonado». Afortunadamente, ella no lo acompañó a recepciones posteriores en que tuve el placer de sentarme a su lado, o enfrente de él, en compañía de amigos queridos, en nuestro pequeño planeta solitario, dominando la ciudad negra y centelleante, mientras la luz de la lámpara se reflejaba en éste o aquél cráneo socrático y una rodaja de limón giraba en el vaso de té que revolvíamos. Una noche, en la que el doctor Barakan, Pnin y yo estábamos en casa de los Bolotovi, hice al neurólogo un comentario casual sobre una prima suya, Ludmila, ahora lady D, con quien había estado en Yalta, Atenas y Londres; de pronto, y a través de la mesa, Pnin gritó al doctor Barakan:

—No crea una palabra de lo que dice, Gorgiy Aramovich. Todo lo inventa. Una vez me inventó que habíamos sido compañeros de colegio y que preparábamos juntos los exámenes. Es un terrible mitómano (*on uzhasniy vidumshchik*).

Nos sorprendió tanto su estallido, que Barakan y yo nos miramos en silencio.

5

Al recordar antiguas amistades, las impresiones recientes tienden a empañar las primeras. Recuerdo haber conversado en Nueva York con Liza y su nuevo marido, el doctor Eric Wind, entre dos actos de una obra teatral rusa, a comienzos de la década 1940-49. Él dijo que «profesaba un sentimiento realmente tierno hacia el *herr* Professor Pnin», y me dio algunos detalles grotescos del viaje que hicieran juntos desde Europa, a comienzos de la segunda guerra mundial. Me encontré con Pnin varias veces durante esos años en diversas funciones sociales y académicas en Nueva York, pero el único recuerdo vivido que conservo es nuestro viaje en un ómnibus del barrio occidental de la ciudad, una noche muy festiva y luminosa de 1952. Acudíamos desde nuestras respectivas universidades para tomar parte en un programa literario y artístico ante un gran auditorio de emigrados, en el barrio bajo de Nueva York, en ocasión del centenario de la muerte de un gran escritor. Pnin estaba enseñando en Waindell desde 1945, más o menos, y nunca lo había visto de mejor aspecto, tan próspero y seguro de sí. Sucedió que ambos nos alojábamos en las calles ochenta del lado occidental, y, mientras colgábamos de nuestras respectivas manillas en el vehículo repleto y espasmódico, mi buen amigo lograba combinar una inclinación y una torsión enérgica de la cabeza, en sus continuas tentativas por comprobar los números de las calles atravesadas, mientras me hacía un relato magnífico de todo lo que no tuvo tiempo de decir en la charla sobre Homero y del uso que Gogol hacía de la «comparación no planificada».

6

Cuando me decidí a aceptar una cátedra en Waindell, estipulé que podría invitar a quienquiera yo necesitase para dirigir la Sección Rusa que proyectaba inaugurar. Cuando me lo confirmaron, escribí a Timofey Pnin pidiéndole en los términos más cordiales que encontré, que me ayudara en la forma que considerara conveniente. Su respuesta me sorprendió y lastimó. Me escribió, cortésmente, que había renunciado a enseñar y que ni siquiera se molestaría en esperar el término del Trimestre de Primavera. Luego pasaba a otros tópicos. Victor (por quien yo había preguntado) se hallaba en Roma, con su madre; ésta se había divorciado de su tercer marido, casándose con un italiano que comerciaba en objetos de arte. Pnin terminaba su carta expresando que, con gran pesar suyo, abandonaría Waindell dos o tres días antes de la conferencia pública que yo debía dar el martes 15 de febrero. No especificaba su punto de destino.

El «Greyhound» que me llevó a Waindell el lunes 14, llegó al anochecer. Me esperaban los Cockerell, quienes me obsequiaron con una cena en su casa, y descubrí que debería pasar ahí la noche en vez de dormir en un hotel, como habría preferido. Gwen Cockerell era una mujer bonita, con perfil de gato y miembros gráciles, que frisaba en los treinta años. Su marido, con quien ya me encontrara una vez en New Haven y al que recordaba como un inglés algo flácido, con cara de luna y cabello de un rubio neutro, había adquirido un parecido notable con Pnin, a quien estuvo imitando cerca de diez años. Yo estaba cansado y no tenía gran deseo de que me entretuvieran durante la comida con un espectáculo de salón de té, pero tengo que reconocer que Jack Cockerell imitaba a Pnin a la perfección. Durante casi dos horas, me lo mostró en todos sus aspectos: Pnin enseñando, Pnin comiendo, Pnin mirando de soslayo a una alumna, Pnin relatando la epopeya del ventilador eléctrico que imprudentemente instalara en una repisa de vidrio sobre la tina de baño, donde casi lo había hecho caer su propia vibración; Pnin tratando de convencer al profesor Wynn, el ornitólogo que apenas lo conocía, de que eran antiguos camaradas, Tim y Tom, y la conclusión a que llegó Wynn de que se trataba de alguien que imitaba al profesor Pnin. La reconstitución se basaba, por supuesto, en los gestos pninianos y en el desconcertante inglés pniniano; pero Cockerell lograba también imitar matices tan sutiles como el grado de diferencia entre el silencio de Pnin y el silencio de Thayer, mientras rumiaban, inmóviles y sentados en sillas adyacentes en el Club de la Facultad. Tuvimos a Pnin en la Biblioteca; a Pnin en la laguna de los jardines universitarios. Oímos a Pnin criticando las habitaciones que sucesivamente había alquilado. Escuchamos la relación de cómo aprendió Pnin a conducir un automóvil y de cómo reparó el primer pinchazo en su viaje de vuelta del «criadero de aves de algún Consejero privado del Zar», donde suponía Cockerell que Pnin pasaba los veranos. Llegamos por fin a la declaración de Pnin de que había sido «disparado», con lo cual, de acuerdo con su imitador, el pobre hombre quería decir «despedido» (error que dudo de que mi amigo pudiera haber cometido). El brillante Cockerell también comentó la extraña pelea entre Pnin y su compatriota Komarov, el mediocre muralista que seguía agregando retratos al fresco de Miembros de la Facultad en el comedor de Profesores. Aunque Komarov pertenecía a una facción política diferente, el patriótico artista había interpretado la expulsión de Pnin como un gesto anti-ruso, y comenzó a borrar un Napoleón malhumorado que había entre un Blorenge joven y gordinflón (escuálido ahora) y un Hagen joven y bigotudo (ahora afeitado), para pintar a Pnin. Y hubo una escena entre Pnin y el rector Poore durante un almuerzo; un Pnin furibundo y balbuciente, perdido, dominando apenas el inglés tan mal asimilado; indicando en el muro, con un dedo tembloroso, los bosquejos preliminares de un *mujik* espectral; gritando que entablaría un juicio a la Universidad si su rostro aparecía sobre esa blusa; y el imperturbable Poore, encarcelado en la oscuridad de su ceguera total, esperando que Pnin se agotara para preguntar a los comensales:

—¿Pertenece a nuestro personal este caballero extranjero?

¡Oh!, las imitaciones eran deliciosamente graciosas, y aunque Gwen Cockerell debía haber visto varias veces la función, se reía tan fuerte que su viejo perro Sobakevich, un *cocker* pardo con la cara bañada en lágrimas, comenzó a inquietarse y a olfatearme. Repito que la representación fue magnífica, aunque demasiado larga. A medianoche, el espectáculo empezó a decaer; sentí que la sonrisa que yo mantenía a flote comenzaba a desarrollar síntomas de calambre labial. Finalmente, el asunto se hizo tan tedioso que llegué a pensar que quizá esta imitación de Pnin se había convertido para Cockerell en este tipo de obsesión fatal en la que uno se convierte en víctima del ridiculizado.

Habíamos bebido bastante whisky y, después de medianoche Cockerell tuvo una de esas repentinas ocurrencias que parecen tan alegres y brillantes en cierta etapa de la borrachera. Dijo que estaba seguro de que ese viejo zorro de Pnin no había partido el día antes, sino que se mantenía agazapado. ¿Por qué no telefonar, entonces, y sorprenderlo? Hizo el llamado, y aunque no hubo respuesta a la serie de campanillazos insistentes, uno comprendía que ese teléfono, perfectamente sano, habría sido desconectado si Pnin hubiera evacuado la casa. Yo sentía una absurda ansiedad por decir algo amistoso a mi buen Timofey Pnin; por esto, después de un rato, intenté telefonarle. De pronto hubo un clic, luego una respiración fuerte y, por último, una voz mal disfrazada dijo:

—No está en casa, se ha marchado; se ha marchado completamente — y el que hablaba colgó el aparato. Pero nadie excepto mi viejo amigo, ni siquiera su mejor imitador, habría podido pronunciar en esa forma las palabras: *at* con la «a» alemana, *home* con la «o» francesa y *gone* con la «o» rusa. Cockerell propuso entonces ir en auto a la Vía Todd 999 y dar una serenata a su oculto ocupante. Afortunadamente intervino mistress Cockerell y, después de una noche que me dejó con el equivalente mental de un mal gusto en la boca, nos fuimos a la cama.

Pasé una mala noche en esa habitación encantadora, ventilada y muy bien amueblada, donde ninguna puerta ni ventana cerraba bien, y donde una edición de Sherlock Holmes, que me ha perseguido durante años, servía de base a una lámpara de noche tan débil y desvaída, que las pruebas de imprenta que había llevado para corregir no pudieron aliviar mi insomnio. Los atronadores camiones estremecían la casa cada dos minutos. Dormité a ratos; de pronto me senté, sofocando un grito: a través de la parodia de persiana, una luz proveniente de la calle se reflejó en el espejo y me deslumbró, haciéndome creer que tenía al frente un pelotón de fusilamiento.

Tengo una constitución tal, que necesito tragarme el jugo de tres naranjas antes de afrontar los rigores del día. Así fue como a las 7.30 me di una rápida ducha, y cinco minutos después, salí de la casa en compañía del deprimido Sobakevich, el de las largas orejas.

El aire era acre; el cielo parecía bruñido. Hacia el sur, el camino vacío ascendía un cerro azul entre manchones de nieve. Un álamo temblón, alto y sin hojas, tan amarillo como una escoba, se alzaba a mi derecha, y su larga sombra matinal cruzaba hasta el lado opuesto de la calle y llegaba hasta una casa de color crema; con motivos arquitectónicos festoneados, casa que, según Cockerell, mi predecesor había tomado por el Consulado Turco, dada la multitud de gente con fez que había visto entrar en ella. Torcí a la izquierda, luego hacia el norte, y caminé un par de cuadras cerro abajo, hasta un restaurante que había visto la víspera; pero éste aún no había abierto y regresé. Apenas había dado dos pasos cuando un gran camión que acarreaba cerveza pasó calle arriba, seguido, inmediatamente, por un pequeño sedán azul pálido del que asomaba la cabeza blanca de un perro, y después por otro camión enorme. El humilde sedán iba atiborrado de hatillos y valijas; su conductor era Pnin. Lancé un grito de saludo, pero él no me vio; mi única esperanza era caminar cerro arriba con suficiente rapidez como para alcanzarlo y que la luz roja de la bocacalle siguiente lo detuviera.

Pasé apresuradamente al camión de más atrás y volví a divisar a mi viejo amigo, su perfil tenso bajo un gorro con orejeras y abrigado con una trinchera; pero la luz se volvió verde en seguida; el perrito blanco que se asomaba ladró a Sobakevich y todo se precipitó hacia delante: el camión número uno, Pnin y el camión número dos. Desde donde estaba, los vi alejarse por el marco del camino, entre la casa morisca y el álamo de Lombardía. Después, el pequeño sedán pasó atrevidamente al camión delantero y, por fin libre, se lanzó por el camino resplandeciente que se estrechaba hasta convertirse en un hilo en medio de la suave neblina que, cerro tras cerro, convertía en belleza la distancia y donde ya no era posible predecir qué milagro ocurriría.

Cockerell, con bata marrón y sandalias, dejó entrar al *cocker* y me llevó a la cocina para darme un deprimente desayuno británico de riñones y pescado.

—Y ahora —me dijo— voy a imitar a Pnin cuando se levantó para dar una conferencia en el Club de Señoras de Cremona y descubrió que había traído el texto para otra conferencia.